Al correcto/a
Las palabras en inglés de uso común las pongo como suenan, solo señalando que es fonética poniéndolas en cursiva.
Uso muchos punto y seguido, se pueden cambiar por punto y coma o dejarlos pero no confundirlos con el punto y aparte.
Señalé varias que se pueden sacar y tengo un montón si hace falta alguna más.
El orden fue aleatorio, en principio la idea es que haya una de reflexión personal, una de humor, una de nostalgias o pinturas de Punta del Este, una sobre tecnología … y así para no aburrir con un tema pero este orden puede cambiar. La idea es que las de humor estén salpicadas porque a la segunda ya no causan gracia.. y las de indagación personal tb porque se repite la temática

Gracias

Las mil y una Alejandrinas

Un músculo llamado amor

La psicóloga me dijo que existe un sentimiento que se llama amor y que uno puede establecer una relación de pareja donde el único interés, el tema que los una, sea ese amor.
¿Nada más?-pregunté yo, asombrada. Siempre pensé que una debía buscar un compañero para algo: para hacer una familia, para armarnos un futuro, construirnos una casa, montar una empresa, escribir un libro, viajar o cambiar el mundo. Pero eso de estar uno para el otro, uno mirando al otro, me parecía egocéntrico y -confieso- bastante aburrido.
Días atrás, en un asado Roberto, hablando de nostalgias me dijo "Qué maravilla el amor. Uno no encuentra nada más apasionante en la vida que descubrir las distintas facetas del otro. Cuando yo me enamoré..." El cuento siguió pero esa frase me quedó retumbando en la cabeza: "...nada más apasionante en la vida que estar con el otro". ¿Y viajar? ¿Y nadar con ballenas? ¿Y publicar notas? ¿Sólo mirar al otro?
La psicóloga me explicó, con mucha paciencia, que luego surgen proyectos juntos, que se forman con el aporte de los dos y quizás ninguno lo tenía pensado antes pero lo más importante no es el proyecto sino el placer de estar con el otro.
Y me lo volvió a repetir.
Se ve que yo ponía cara de piedra porque buscaba adentro mío con que emoción conectarlo, con qué experiencia asociar lo que me estaba diciendo y nada. Reviso el pasado, sondeo en el presente, siento en el banquito de mi ser interior a cada persona que me interesó en la vida y.... sólo vacío, nada, silencio. Eso que ella dice, de lo que me hablaba Roberto, no aparece.

Entonces le dije. "Entender la entiendo, pero no puedo asociarlo con nada que me haya pasado".
Me hacer acordar - le expliqué- a lo que me pasó en fisioterapia. Me rompí un pie, hace un par de años, cuando me separé de mi marido, y como no hice una buena recuperación cada vez pisaba peor.
En el primer ejercicio la fisioterapeuta, Carolina, me dijo que tenía que mover un músculo de la pierna que yo no podía encontrar. "Posición de bailarina - me indicó- y estiro, estiro estiro..." Me puse en la posición correcta pero cuando tuve que estirar las dos piernas ¡Zas! solo estiré la pierna derecha, la sana, la que nunca se había golpeado. Con paciencia profesional Carolina volvía a indicarme: "estiro, estiro, estiro las dos piernas." Y vuelta otra vez. ¡Plaf! la pierna derecha hacía todo el trabajo y ocupaba el lugar vacío que dejaba la izquierda.
Ahí me di cuenta que me pasa lo mismo con el músculo del amor. Cuando aparece una relación posible que reclama la actividad de ese músculo maravilloso llamado amor, en mi se impone el aspecto "diestro", eficiente, activo y laburador de mi personalidad.
Entonces invento trabajos juntos, me meto a ayudarlo a construir su casa, le hago los trámites para que pueda estudiar, o ser becado o obtener la ciudadanía, le consigo los pasajes si tiene que viajar de urgencia, le busco médico para el hijo que tiene una complicada afección... en fin, hago cosas. En lugar de disfrutarlo, conocerlo y mimarlo, en lugar de dejarme mimar y cuidar, en lugar de que la relación sea el espacio del juego y el placer: hago cosas.
El sentido práctico avanza sobre los sentimientos. Lo incorporo como una tarea más: arreglar la casa, reclamar a la Intendencia, pagar la luz, ocuparme del jardín, arreglarle la vida a mi pareja...
No está mal hacer esas cosas por el otro, supongo, pero a veces se me va la mano. En lugar de contarle como me siento y hablarle de cuanto mucho o poco me gustaron sus caricias de la noche anterior, le pregunto cuál es su plan del día y reparto tareas como si su vida fuera mi responsabilidad. “¿Qué hay que hacer hoy?” pregunto, como si compartir la vida dependiera de la agenda.
Con la pierna izquierda algo cambió. De tanto practicar un día sentí que podía mover el músculo que me reclamaba Carolina. "Lo encontré"-grité- como si fuera un gol de Uruguay en el mundial, pero con esto del amor no me pasa nada.
El otro día chateaba con un colega de Buenos Aires, y le pregunté si él sabía dónde quedaba ese músculo llamado amor. Se rio como si fuera un chiste y yo quedé un poco avergonzada. Parece que la gente lo tiene claro.
La fisioterapeuta me explicó que lo del pie era al revés -todo lo científico es siempre al revés de lo que pensamos normalmente. Que no tenía débil la pierna por haberme roto el pie sino que por tener débil la pierna se me rompió el pie. Entonces, ante esa debilidad, ante esa falta, el resto del cuerpo, en especial mi pierna derecha, la sana, hizo un gran esfuerzo para cubrir las falencias y mantener el equilibrio, y por eso se volvió muy fuerte. Cada vez más la izquierda

se fue atrofiando, achicando, debilitando y la derecha creció y se fortaleció hasta que se pasó de vueltas y se produjo un desequilibrio tal que me caí y me rompí el pie.
Ahora entendí. Lo que me pasa en la pierna es una muy buena metáfora de lo que fue mi matrimonio, en donde el trabajo empezó a ocupar más y más lugar y el amor, que de por sí era débil, se fue atrofiando hasta que el equilibrio se rompió y nos separamos. En lugar de darle a mi marido un lugar en mi cama, le di un lugar en mi empresa.
Pero las cosas empezaron antes, mucho antes de mi matrimonio. Cuando me aparecieron los primeros rubores adolescentes, cuando me sentía acomplejada, tímida y me daba vergüenza mi cuerpo.
Me sentía "diferente a la demás". Me daba mucho miedo el rechazo y estaba tan asustada que empecé a atrofiar, esconder y debilitar ese aspecto de mi vida. Entonces creció mi pierna derecha, digo, mi aspecto profesional: buenas notas en la facultad, becas de investigación, trabajos con guionistas de televisión, corresponsal en Buenos Aires... Viajé, publiqué libros, hice entrevistas, inventé revistas y semanarios, organicé encuentros, exposiciones y festivales de cine.
Las relaciones pasaron a tomar el mismo carácter que los contactos. Conocía a alguien cuya actividad y su modo de ser me apasionaban y en lugar de arreglar para irnos a tomar una cerveza le pedía los datos para invitarlo a un festival o para hacerle una entrevista para un diario.
¡Un horror! Tengo una agenda llena y un corazón vacío.
Por lo menos fueron invitaciones a festivales y entrevistas porque si me hubiera dedicado a algo más comercial, serían números de cuentas corrientes, o de RUC.
Por eso, cuando me preguntan no puedo mentir. No sé, no tengo la menor idea de lo que es ni donde esta ese músculo llamado amor. Supongo que tengo que practicar, buscar adentro mío las emociones, dejarlas aflorar, animarme a sentir de nuevo. Supongo que alguna vez tuve el músculo del amor, que no nací mutilada. Tal vez me lastimaron, pero fue hace tanto o me da tanto dolor recordarlo que una capa oscura de olvido me impide contarles.
Tengo una pequeña luz de esperanza en esa oscuridad, el otro día, cuando lo vi entrar en el Teatro de la Casa de la Cultura se me erizó la piel y una cosquillita dulce me corrió por el brazo izquierdo hasta tocarme el corazón. Quizás ese sea el músculo del amor.

Amor y carne picada

No sé por qué a mi amigo Julio se le ocurrió comparar la relación que tengo con mi perro con lo que le sucede a él cuando quiere conquistar una mujer. Estábamos en un asado y le conté que me mudé a un chalecito en Maldonado que vino con perro incluido.
-Es muy cuidador, echa a los ladrones -me dijo una vecina, suponiendo que eso me tranquilizaría.

-La dueña se lo llevó, pero el perro volvió y no hay manera de sacarlo de la casa –me explicó el señor de la inmobiliaria.
El perro en cuestión, que todavía no tiene nombre, es un cuzco negro y peludo con un aire simpático, pero muerde. Por eso, - y por haberlo encontrado en la casa- mis amigas le llaman Dr. House.
Yo a veces le digo “Lobo feroz” y otras “Caníbal” (según mi animosidad hacia él) pero a las visitas lo presento como “El inglés” porque hay que tratarlo bien pero manteniendo la distancia.
Antes de mudarme, como me iba de viaje le compré dos de kilos de alimento balanceado para que le alcance por esos días. Cuando me acerqué me tiró dos mordiscones que me dejaron la mano sangrando.
Yo ironicé: “El pobre no sabe leer como para saber que era *Comida para perro*“.
Pero después confirmé que no era solo esa circunstancia casual. Él se acerca a la gente y cuando le hacen mimos en la cabeza tira el tarascón.
-Debe ser psicológico -comenté esa noche en el asado- seguramente es un perro golpeado y por eso reacciona así.
-Echalo, llamá a la perrera -me aconsejaron unos amigos sin darle más pelota al tema.
El único que me escuchaba atentamente era Julio.
-Creo que él es tan dueño de casa como yo - le dije- no lo puedo echar, la propiedad es un sentimiento, y los títulos un invento de nuestra cultura para evitar lo tan temido: que te echen de casa. ¿Cómo voy a echarlo si es más de la casa que yo?
-Además es un desafío para vos -acotó Julio y confirmé que hablábamos el mismo idioma.
-Como cualquier relación que no funciona propone un obstáculo a superar, y es un desafió al corazón -dije.
-Matalo -soltó alguien con pocas pulgas y algún vino de más. ¿Cómo vas a aceptar que tu perro te muerda? ¿Sos boba vos? Sonó casi a una denuncia de violencia doméstica y, por un instante, me sentí “mujer golpeada”.
Julio escuchaba. Luego dijo: “Salvando las distancias... a mí la conquista de una mujer me produce un desafío semejante“.
-Dale carne picada todos los días a la misma hora -le sugerí orgullosa de los buenos resultados de mi receta.
Algunos se rieron, pero yo sostuve la tesis. El amor tiene algo de “domesticación”, como decía el Principito, siempre a la misma hora, crear el hábito, la confianza, así se va construyendo un vínculo.
-Pero con la mujer es distinto -me dice Julio muy serio- a una mujer un día le regalo un flor y otro un poema.
-Mal hecho -le digo- todos los días carne picada, a la misma hora.
(Intentaba decirle que los seres humanos necesitamos depositar nuestro corazón en alguna parte, en alguna “casa” protegida y segura y la única verdadera “casa” para un corazón en retirada es otro corazón. Si bien es cierto que disfrutamos de poemas, flores, rock, cine... lo más importante es contar con el otro, saberlo presente, aliado, cómplice.)

-Carne picada -repitió, entonces, Julio, mientras saboreaba un vino y digería la idea.
Me embalé y le conté lo que había logrado avanzar en esa ríspida relación, luego de una batalla campal la tarde de Nochebuena, cuando intenté ponerle una pipa con anti pulgas en el cuello. Justamente así descubrí que su lugar más sensible era el cuello. (Probablemente lo agarraban de allí para pegarle o para atarlo).
Para mi sorpresa, cuando le pegué cuatro gritos para que no entrara en la casa -con el escobillón cerca por si acaso- entendió y ahora dejo las puertas de la casa abiertas y no entra.
Casi me muero de emoción cuando cambió su lugar de reposo. Del fondo de la cocina pasó a echarse junto mi ventana. Mientras escribo, de vez en cuando lo miro, me mira, y seguimos cada uno en lo suyo.
Cuando llego a casa, toco bocina media cuadra antes y él sale moviendo la cola de tal manera que parece que un poco más y se va a dar vuelta como un trompo. Nos vamos conociendo, nos vamos queriendo y vamos poniendo pautas de comportamiento. Como cuando uno se enamora y arma una pareja. Igual.
-La gente está acostumbrada a los vínculos familiares, con quienes nos conocen de toda la vida y saben cada una de nuestras manías y costumbres, gustos y ganas -acotó Julio ya embaladísimo con el tema- por eso se golpea cuando quiere que todo sea como si “nos conociéramos de toda la vida”.
-¿Sabés algo de la historia de la casa? ¿De los dueños anteriores? -me preguntó.
Mi amiga Ana, que iba por su tercer whisky, protestó: ¿De qué hablan? ¡Pasan de un tema a otro todo el tiempo! ¿Qué es esto? ¿Hablan de perros o de amores?”
(De “Amores perros“, pensé, recordando la película mexicana de Iñárritu, pero no dije nada) y le contesté a Julio contándole todo lo que sé de la casa y su anterior dueña.
-Hay que aprender a conocer la historia del otro -acotó con Julio.
-No estoy de acuerdo -saltó un comerciante amigo- Yo hago que mi perro me obedezca, yo soy el dueño y mando. Me tiene que obedecer, si no me hace caso, esa noche no cena. ¡Manejalo con la comida! Los animales tienen que tener claro quién manda! (Seguro que este piensa igual de los empleados, los hijos y la mujer: los maneja con la guita, con la comida -pensé y callé otra vez.)
-Además, este perro se acostumbró, en los dos años que la casa estuvo vacía, a arreglárselas solo. Anda por todo el barrio, donde algunos vecinos le dan de
, caza lauchas del jardín y se las come, es medio salvaje y eso no deja de resultarme atractivo. Siempre que tuve un perro le enseñé a salir y entrar solo en la casa, hasta a bajar escaleras para salir a la calle -dije continuando el único tema que oficiaba de guía en medio de tanto caos ideológico.
Julio cambió el tabaco de su pipa y confesó: “A mi me gusta dominar a mi perro, aunque no siempre lo consigo tanto como yo quisiera.”
-Yo trato que aprenda las consecuencias de sus actos. Si se queda afuera cuando cierro la reja, duerme en la calle. El otro día lo dejé

afuera y lo encontré a la mañana, sentado, en el umbral de la ventana, protegiéndose de la lluvia, - dije.
-¡Ah! ¿Era tu perro? Yo vi un perro sentado en una ventana y me pareció insólito -dijo mi amiga, que iba ya por el quinto whisky y seguramente no sabía si lo había visto o lo había soñado.
Entonces les conté la última experiencia: “Dormía afuera pero una noche llovía a cántaros y me dio pena verlo mojarse entonces lo dejé entrar. Justo hubo un apagón en Maldonado y me dio terror tener ese animal, medio salvaje, dentro de la casa. Cuando traté de echarlo, se escondía entre los muebles y las cajas de la mudanza, sorprendiéndome en la oscuridad y gruñéndome. Con una vela en una mano y una escoba en la otra lo perseguí por toda la casa. Los ojos le brillaban como el diablo. Él parecía un lobo en la montaña ¿y yo? ¡Una bruja escoba en mano!”
-Con el miedo nos salió lo peor de cada uno, como en las parejas”- pensé o dije, y me acordé de lo que decía Julio.
Terminé el cuento cuando ya servían el postre y alguno se quedaban dormidos sobre la mesa: “A la mañana siguiente, con el solcito, las cosas cambiaron, volvió a ser de nuevo mi amigo y a echarse junto a mi ventana. ¿Podremos ambos dar vuelta la página y olvidarnos de esa noche de terror?”

Este maldito camión de basura

“Entré en un camión de basura y salí en bicicleta” le dije a mis compañeros de yoga después de haber compartido una clase de hora y media el jueves a la tarde. Es que llegué arrastrándome, llevándome a mí misma como quien lleva una pesada valija de ropa vieja con piedras, zapatos y malolientes frascos de desperdicios, sintiéndome como adentro de un camión de basura.
Estaba en uno de eso días malos, claro, en los que todo parece confabularse para salir mal. No me podía poner a escribir y el trabajo se acumulaba en mi escritorio haciéndome sentir más y más culpable cada hora que pasaba. Me había olvidado de pagar la tarjeta de crédito, me acababa de perder el descuento de puntos que me hace el supermercado, mi mejor amiga tenía problemas con su hija, mi compañera de trabajo faltó y el teléfono no dejaba de sonar. Para colmo cuando fui a encender la estufa a gas pero por culpa de los largos meses en que estuvo apagada o por su propia destemplada vejez, no tuve manera de lograrlo.
La cabeza estaba a punto de estallarme y la chispa la encendieron los que tenían que venir a tomar las medidas para hacer una cortina en casa. Me llaman a la mañana y me dicen “señora, los técnicos acaban de llegar de Montevideo y pasarán por su casa a las dos de la tarde“. Era la hora en que tenía que salir, otra vez la cortina quedarían sin medir, como había sucedido ya un par de veces antes porque los técnicos sólo vienen a Maldonado los miércoles y los sábados. Veníamos demorando el tema desde hacía cuatro meses entonces, ese mediodía, me cayó la ficha y estalló el incendio.

Apenas llegaron les dije “¿Cómo puede ser que una empresa que está instalada en Maldonado necesite traer técnicos de Montevideo para medir una cortina? ¿Piensa qué no hay nadie en el Departamento que tenga talento como para ser capacitado en tan delicada y noble tarea? ¿Somos todos bobos acá como para no aprender a medir cortinas?”
Me los encontré en el pasillo del edificio por lo que Mary, que atiende la conserjería algunos días a la semana, me miró con sus redondos y muy abiertos ojos y una secreta admiración. Esto hizo que yo me entusiasmara y expresar la bronca que vengo acumulando respecto a nuestra forzada dependencia de Montevideo. Al problema de la distancia se suma cierta burocracia que cultivan los montevideanos como parte de su manera de ser.
Por ejemplo una vez Susy quería comprar un televisor en un supermercado montevideano que no tenía envíos a Maldonado, entonces decidió pagar un flete para que fuera a buscarlo pero no pudo, no se lo daban a la Agencia de Encomiendas o al señor del flete, tenía que ser ella que lo retirara.
Otra empresa a la que le pedí presupuesto para arreglar un piso me aumentaba considerablemente el precio porque el técnico colocador de pisos tenía que venir tres veces desde Montevideo: una a ver el trabajo y darme el presupuesto, otra a hacer la mitad del piso corriendo los muebles a un costado y la tercera, después que se secara esa parte, para volver a correr todos los muebles para el otro lado y hacer el resto. ¡De locos!
Sin duda tenía un día malo. Para colmo cuando entro a la cocina la heladera hacía un ruido como un Ford T arrancando a manija el siglo pasado. Con todo lo que hay que hacer cuando uno se muda de casa ahora se sumaba arreglar la heladera.
Mi cabeza como si fuera un volcán, apoyado sobre mis hombros, estalló. Salió fuego y lava mezclada con protestas, insultos, serpientes y sapos.
Yo, que hago ejercicios de respiración a la mañana, que medito con un mantra, que trato de aplicar aquellos diez mandamientos del Solo por hoy entre los que figura “solo por hoy hablaré en voz baja y actuaré cortésmente”, en fin, que trato de mirar con distancia y no enojarme por los traspiés que aparecen en la vida, perdí la calma, la paciencia y hasta el alma.
Se me llenó de basura tóxica la existencia. Sentí el peso de la edad, la soledad, los problemas propios y ajenos, el dolor por la muerte de los seres queridos, el miedo a la propia muerte, el final de todo lo que parece ahora tan vivo y tan real, tan querido y tan permanente... en fin. Se me llenó el camión de basura.
Con ese ánimo llegué a clase de yoga, más parecida a un renacuajo que a una persona y en los primeros momentos sentí que no iba a poder soportar eso de “sientan su respiración” (a mí me galopaban angustias en cada inspiración),“posición del guerrero, pie derecho adelante” (saltaría contra el primer compañero que se pusiera cerca), “estiraren, sostengan, aflojen.” (imposible, no iba a aguantar).

Sin embargo, poco a poco, me fui involucrando en la clase de yoga, no solo hice la posición del guerrero sino que me colgué de una cuerda dejando caer toda la basura atada a cada centímetro de mi piel, y dejé colgar mi cabeza sin presiones, como para vaciar el cargamento que se desparramaba por el brillante suelo del salón hasta desaparecer.
Y pude hacer un ejercicio con una compañera, en el que nos apoyábamos una en otra y el peso de mi cuerpo era al mismo tiempo su sostén, y viceversa, como nos pasa con los amigos como debe suceder en las parejas: me apoyo en ti pero no soy un peso sino un sostén y tu peso sobre mi espalda no me dobla sino que, al contrario, me impide caerme al vacío.
Con este ejercicio lo que podía quedar de basura en mí desapareció y mi cabeza volvió a contener mi cerebro, mis pies volvieron a querer llevarme por la vida, mis manos supieron que encontrarían otras manos cerca apenas se extendieran, y mi rostro volvió a distenderse en una sonrisa.
Ahora podía decir que de nuevo era yo.

Los gloriosos años sesenta

"*Hoy corté un flor/ y llovía, llovía/esperando a mi amor*…" cantaba Leonardo Fabio en Afrika, la boite de Pocky Evans, que funcionaba en el parador Zorba, en la playa Brava, donde desemboca la Avenida Chiverta.
El sol despuntaba la mañana asomando tímido sobre el horizonte azul de un intenso mar. Los jóvenes de entonces, que usábamos pantalones *oxford* y pelo largo, nos quedábamos hasta esa hora para disfrutar las caminatas por la orilla con la música a lo lejos, como una caja de resonancia que atesoraba los recuerdos de la noche. Aquí o allá, una pareja se besaba y hacían de ese día una fecha inolvidable.
Yo tendría quince o dieciséis años y mis padres estaban tan ocupados con el Hotel Gorlero, en la Parada 2, que no tenían tiempo de ver a qué hora llegaba, ni de controlar mi vida, por lo cual los veranos esteños fueron, para mí, mundos a descubrir sin límite alguno, que forjaron en mí este espíritu libertario y rebelde que tantas satisfacciones y tantos dolores de cabeza me trajo.
Por otra parte, Punta del Este de ese entonces era un balneario apacible, los jóvenes nos movíamos a dedo, la mayor parte se conocía de otros veranos, las chicas salíamos a bailar en pareja, nunca solas, y una copa con alcohol costaba tanto que nos manteníamos con una gaseosa toda la noche.
Al menos yo, que a los doce años había tenido una batalla campal con el alcohol porque decidí saber qué gusto tenía el vino y cuanto podía aguantar. Por supuesto, la damajuana me ganó la pulseada y al día siguiente, cuando me llevaron un vaso de leche a la cama, lo deposité confiada a diez centímetros de la mesa de luz. El estruendo que hizo al romperse contra el piso me terminó de alertar sobre las diferencias irreconciliables entre el alcohol y yo.

“Yo me puse a pensar/tantas cosas bonitas/como el día en la playa/ cuando te conocía/como jugaba el viento/con tu pelo de niña”, seguía cantando Fabio, que todavía no se había destapado como cineasta. Cantaba fuera de contrato, porque el show había sido mucho más temprano, cantaba por cantar, tal vez para seducir a una mujer, tal vez solo para recordar aquella con la que soñó con hijos que les robó la playa y ya lo había olvidado. Nosotros nos quedábamos embelesados, dejando que los rayos de sol se filtraran hasta las mesas con ceniceros repletos de puchos apagados y copas vacías, haciendo larga la mañana.

También en Zorba, recuerdo haber escuchado a Los Shakers, el famoso grupo uruguayo con los hermanos Hugo y Osvaldo Fattoruso, Roberto Capobianco y Carlos Vila. Me enteré mucho más tarde que había sido en Punta del Este, a mitad de la década de los sesenta, en I´ Marangatú, que un empresario argentino los escuchó y los llevó a Buenos Aires, donde influenciaron en el naciente movimiento de rock nacional y dieron un salto en su carrera.

Cuando yo los escuché, ya tenían algunos años de experiencia y el tema “*Rompan todo*” hacía levantar un muerto. Con ellos la pista de Afrika, o de “05” en el puerto, o del mismo I´ Marangatú, reventaban y sus acordes cuestionaban nuestras timideces quinceañeras: *“¿Por qué no soltás?/¿Por qué no salís?/¿Por qué me mentís / así sin razón?”* Las chicas delgadas, de pelo lacio, que inaugurábamos el bikini y la minifalda, éramos la inspiración. Y lo sabíamos.

“Muchacha ojos de papel/ ¿A dónde vas?/ quédate hasta el alba/Muchacha pequeños pies/no corras más/quédate hasta el alba”, nos decía a media voz Luis Alberto Spinetta, con su grupo Almendra, cuando vino a tocar a una boite en los bajos del Hotel Nogaró. Recuerdo que el grupo se alojaba en la Parada 2, en un chalet en el que nunca se ponía el sol, donde siempre había jóvenes probando tonos en alguna guitarra o escapando a los flashes de los fotógrafos. Andábamos de arriba para abajo en un jeep medio destruido de un amigo, o en el Fiat 600 de Silvia, que se distinguía porque estaba decorado con flores de colores.

“Y Facundo ha llegado al mundo a darnos un poco de felicidad”, cantaba el grupo “Banana” con los hermanos Pueyrredón. Ese tal Facundo, un sobrino de ellos que ahora debe tener cincuenta años, significaba mucho más que un niño recién nacido en un palacio de colores. Era el sueño de un mundo mejor que se estaba haciendo carne en esa juventud sesentista, era uno de los otros soles que nacían en todo el continente: *“todo está convulsionado/ a Facundo no le va a importar/ pues su mundo es una cuna/ solo vive allí para jugar”*, decía la letra.

En la playa, en la zona de La Olla, donde hacían surf los hermanos Litman y Adolfo Cambiazo (padre) entre otros, se encontraban cerca del mediodía los que habían trasnochado y corrían los Gin Cola y los Cuba libre. El grupo de amigos incluía los surfistas, pero también a los hermanos Pueyrredón, a Piero o a Pedro y Pablo que dejaban de ser estrellas para mezclarse con la gente de su edad.

Cuando el sol se escapaba a la Mansa, aparecían los sweaters, los pareos usados como abrigos, y alguna guitarra que con sus acordes volaba la imaginación a un universo de amor y paz.
Estaban terminando los sesenta, una década que se había iniciado con el triunfo de la revolución cubana, el 1 de enero de 1959, y se terminaba en las jornadas del viernes 15 al lunes 18 de agosto de 1969, en el festival de rock de Woodstock. Una década en la que la juventud protagonista le abriría paso a los convulsionados años setenta.
"*El mundo está cambiando / y cambiará más* (...)" , decían Los Iracundos y La Balsa, que algunos adjudican a Mateo, pero oficialmente quedó como himno de la juventud de los setenta interpretado por Los Gatos pedían a gritos "*una balsa para irme a naufragar*".
Volviendo a aquellos años adolescentes, en los que yo me ocultaba con un flequillo los granitos y me ponía una polera para ir a la playa, porque me daba vergüenza mi cuerpo, recuerdo una picardía. Fue en una tarde de esas, en La Olla, que me puse al costado de Piero, que entonces era un muchachito tímido, de pelo enrulado y lentes, y le pedí a un amigo fotógrafo que me sacara una foto. Lo hizo con tal habilidad que parecía que estábamos juntos, y eso que en esa época no había *fotoshop*.
Después, mucho después de los éxitos de Piero con "*Mi querido viejo*" y "Para el pueblo lo que es del pueblo", nos hicimos amigos y hasta me dedicó una canción cuando actuó en el Cantegril Country Club, en el marco de la elección de la Reina de Punta del Este. Entonces tuvimos oportunidad de sacarnos fotos juntos, con amigos y en entrevistas. Pero esa foto, esa foto en blanco y negro, robada en una tarde de calor en La Olla, nunca se la mostré, está en mi archivo, con los recuerdos más queridos, como un secreto que no me atrevo develar.
Tal vez con ella guarde el recuerdo de un amor que no pudo ser.
Tal vez yo lo recuerde ahora y él, él ya me olvidó pero sigo soñando poder decir, también como Fabio:

"Cuando llegue mi amor /
le diré tantas cosas /
o quizás simplemente /
le regale una rosa".

Rebelde
Cada vez que alguien me dice: "estás más flaca" automáticamente ese día, llego a casa y me hago una fuente de tallarines, o me como despacito, cucharita a cucharita, medio kilo de helado.
Como si dentro de mí hubiera un personaje rebelde que se opone de inmediato y por principio a todo lo que esté bien, a lo que corresponde, a las cosas hechas "como Dios manda".
¡Ni que hablar cuando me reconocen méritos! Mientras voy jugando de callada, de abajo, esforzándome por hacer todo bien, incluso con un poquitito de miedo de perder el trabajo, soy una campeona. Pero

apenas me pasan la mano por el lomo y me dicen esas cosas como “Te felicito”, “¡Buenísimo lo tuyo!” soné. De inmediato empiezo a hacer todo mal. Al revés del pepino: en lugar de tener un valor estimulante los halagos me juegan en contra. Puede ser que cuando me los dicen aflojo un cambio, me la creo y entonces pierdo ese tono discreto del controlado esfuerzo. o tal vez sea algo más profundo que vine de la infancia.
(De paso me pregunto por qué escribí “al revés del pepino” ¿Quién vio alguna vez un pepino que estuviera al revés si es igual de las dos puntas?)
Yo era la menor y no tenían como pararme: “Vení para acá”, “dormí temprano”, “apagá la tele”, “¿Hiciste los deberes?”, “¿A dónde fuiste que vino la profesora de inglés y vos no estabas?”, son las frases más cariñosas que recuerdo de mi madre.
Sin embargo, yo estaba convencida que había sido “la alegría del hogar”, con una hermana bastante más grande y más seria que yo, que escuchaba música clásica y estudiaba matemáticas y padres de más de cuarenta. De alguna manera sentía que mi rol en el mundo era desordenarles un poco la vida para romper la solemnidad.
Pero un día mi madre me dijo “lo que nos hiciste sufrir, eras la piel de Judas” y se me vino abajo la teoría.
(También me pregunto porque a los chicos traviesos les dicen “la piel de Judas”, cuando Judas puede ser un traidor o un héroe -según del lado que se mire la historia- pero no tiene nada de travieso, ni de divertido.)
No sé si es por esa rebeldía que cultivo desde la infancia o porque lo cierto es que lo que dicen los demás de mí me afecta en sentido inverso. Alguien me dijo que se había reído mucho con esta columna y al mes siguiente mi columna fue lacrimógena. El editor no sabía si enojarse porque la columna era un bodrio o llamarme para consolarme porque debía estar recontra deprimida para escribir así. Por suerte me lo dijo y pude hacer una nueva un poco más ligera.
Lo cierto es que dentro de mí habita ese personaje “anti” que se opone al libreto que, parado en el borde entre el adentro y el afuera, me mira y me dice. “Alejandrina: vos no sos una chica modelo, no te la creas”.

Yo soy trans

Travesti, palabra que para abreviarla usamos “trans”, es la persona que, por ejemplo, se siente y es en realidad es una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre o al revés.
Sebastián Slepovich tomó esta idea para hacer una divertida propuesta de unipersonal en el teatro: él se siente y es en realidad, un millonario que nació en un cuerpo equivocado, en el cuerpo de un pobre. De ahí en más desarrolla un show que no tiene desperdicio.
A mí, esta imagen me dejó pensando que casi todos los residentes en esta zona, en especial los que trabajamos, somos un poco trans sociales. Nos sentimos y en realidad somos, los dueños de este

paraíso terrenal pero estamos atrapados en cuerpos y mentes que trabajan para que los turistas disfruten del lugar dos meses.

Punta del Este y sus bellísimas playas, que van desde El Potrero a José Ignacio quedan a nuestra disposición de marzo a diciembre. En esos meses disfrutamos playas y bosques, y a veces también casas que quedan a nuestro cuidado, churrasqueras, piletas y jacuzzi de clubes y edificios semivacíos. Somos dueños y prestamos todo esto a los turistas que figuran en las escrituras como propietarios.

Pero además de mujeres en cuerpos de hombre, millonarios en cuerpos de pobres y dueños en cuerpos de rentadores yo descubrí otras especies de trans. Por ejemplo, tengo un compañero en el curso de fotografía que se siente tonto y es super inteligente o sea: está en un cerebro equivocado. Es tan inteligente que cuando los profesores explican algo lo entiende al vuelo y si lo vuelven a repetir -cómo lo hacen habitualmente los docentes- se pregunta "¿Será que hay algo que no entendí?".

Otra especie de trans son los que se sienten y en realidad son seres superiores, inteligentes, brillantes, que saben más que google, pero están en la mente de un idiota. A ellos se los conoce como necios. Justo el opuesto a mi compañero de curso.

Yo soy trans porque siempre me sentí y en realidad soy, fea, insegura y un poquito papanata y estoy en un cuerpo de un metro setenta y dos, tengo rasgos lindos, y suelo caer simpática.

Todavía cuando amanezco sigo sintiéndome y en realidad soy, un ser capaz de hundirse en un vaso de agua, que se asusta de los desafíos que tiene por delante y se esconde detrás de las vidrieras. Pero luego, cuando empieza a andar y corre el día, aparece el cuerpo equivocado que arremete ciegamente, que encara todo, que mete la nariz en todas partes, que opina dice y no deja de inmiscuirse en todo lo humano que le atraviese.

O sea soy una miedosa en el cuerpo de una valiente, casi intrépida. Un ser tímido en cuerpo de alguien seguro de sí mismo y hasta un poco pedante, yo diría.

Otra especie de trans son los que se sienten y en realidad son, altos pero están en un cuerpo equivocado de un petizo y de esa combinación nacen los petisos fanfarrones.

En cambio los que se sienten y en realidad son petizos, pero nacieron en un cuerpo de un metro noventa son esos lungos que andan siempre como encorvados.

Y así hay un montón de casos: los que se sienten y en realidad son buenos, pero nacieron en cuerpo equivocado dentro de una mala persona son esos que se quedan de brazos cruzados ante la desgracia y la injusticia, los que no hacen nada, los del "no te metás".

Conocí una modelo argentina que se sentía y en realidad era linda, pero estaba en un cuerpo equivocado porque era más bien fea, con cejas muy pobladas y dientes como salidos. El éxito de su carrera fue triunfar como "belleza exótica" y trabajó con los mejores diseñadores del mundo.

La mayor parte de los alcohólicos sienten y en realidad son personas que controlan perfectamente su ingesta de alcohol pero están dentro de un cuerpo equivocado que todos los días, cuando cae el sol, necesita prenderse a la botella.
Por eso cuando vean algo que les sorprenda en alguna persona cercana tengan piedad, es un trans, alguien que nació en un cuerpo equivocado y adentro hay otra persona, otro ser, al que tenemos que descubrir sin enojarnos.

El cambio

Desde que tengo uso de razón escucho hablar de cambios. Claro, me tocó crecer en los setenta cuando Mercedes Sosa cantaba “Cambia todo cambia…”, y a mi alrededor se hablaba de cambiar el sistema, de cambiar las estructuras sociales, las relaciones de poder, los roles anticuados en las parejas, los prejuicios hacia las diferentes orientaciones sexuales, las formas de enseñanza, las dinámicas del teatro, las leyes anticuadas…
Mucho de todo eso se cambió, y mucho quedó en el tintero, o mejor dicho en las letras de tinta escritas en páginas y páginas de libros que cada vez se leen menos. Pero cambiar, cambiar de verdad no cambió nada.
A ver, digamos por ejemplo uno de los más antiguos inventos del hombre, la cama, sigue siendo igual, un poco más ancha un poco más angosta, pero en definitiva igual: cuatro patas, metro ochenta de largo, a unos cuarenta centímetros del piso sigue siendo un rectángulo perfecto para cada uno y, si son dos, entonces dos rectángulos pegados. De creatividad, nada.
Mientras el hombre inventó el motor, los coches, los aviones, descubrió las ondas de radio, inventó el cine, la televisión, las computadoras e internet, la inseminación artificial, descubrió el ADN y la forma de clonar animales, entre otras cosas, en los apacibles dormitorios todo sigue más o menos igual. Al lado de cada cabecera de cama una mesita de luz, que en realidad no es de luz sino de madera, por lo general, y una portátil (que no es portátil) o un velador (sin velas). Camas simples, dobles, cuchetas, marineras, con colchón alto o bajo, duro o blando, de resortes o de espuma, pero siempre es igual. Algunos intentaron alguna variable. Una amiga, Miriam, tenía una cama redonda, (redonda no por el uso que le daba sino por la forma) y Juan y Silvia tenían un colchón de agua en el suelo cuando recién empezaron a vivir juntos, allá por los años setenta.
Pero no mucho más. A lo sumo colchón de aire para campamentos.
¿Qué espero? No sé, no lo inventé, pero supongo que podrían ser diferentes, podrían rotar, ser más altas como para sentarse y tener respaldos que cambien de lugar, podrían no ser del todo planas sino seguir las ondulaciones del cuerpo, tener agujeros para dejar pasar el aire, y alguna suerte de brazos flexibles para acercar mesas, pantallas y computadoras. Podrían colgar del techo o aplanarse contra la pared. En fin, ser diferentes.
Peor es lo de la mesa. Siempre odié tener que poner una mesa en mi casa que ocupa la mitad de mi espacio de esparcimiento,- como

verán no tengo una casa muy grande- y se choca con el escritorio que va a la misma altura y es de forma semejante y con la mesita ratona (pobre: llamarla ratona, sólo por ser bajita). ¡Tres mesas o tres plataformas con patas en un solo ambiente!
De ellas la más arcaica tradicional y, para mí, insoportable es la mesa. El escritorio lo uso seis a ocho horas por día, la mesita ratona invita al diálogo, a apoyar una copa, pero la mesa es un obstáculo en la mitad de la casa. Ocupa muchísimo espacio para ser usada poco y nada, como mucho una rato al mediodía una horita ala noche sino nos llevamos la cena a la cama.
Ya es hora de liquidar ese vetusto artefacto y poner, por ejemplo, sillas cómodas, acolchonadas, giratorias, con ruedas y dos brazos como los sillones que se usan para escritorio. En uno una pantalla para computadora o televisión y en el otro una bandeja rebatible para apoyar un plato.
Sillas que, por tener ruedas, puedan estar en el lugar de la casa que nos dé la gana, en el patio si hay sol, en el dormitorio, al lado de la estufa si hace frío… Podríamos, por ejemplo, a la voz da aura, juntarnos los miembros de la familia en un amable círculo para debatir algún tema que nos incumba o festejar un cumpleaños, en fin, esas cosas para las que todavía tenemos que encontrarnos personalmente, y luego cada uno en los suyo, moviéndonos sobre ruedas.
Otro de los inventos que se quedaron en el tiempo son los automóviles. No sé si han reparado en eso. Son todos de color liso, y la mayoría en la gama del blanco al negro pasando por todos los grises con sólo algunas excepciones. ¿No podrían pintarlos cuadrillé o a rayas, o con florcitas? Si decoramos la habitación del bebé recién nacido, la casa, el patio y el jardín, si tenemos miles de cachivaches para poner en la cocina y otros tantos para el baño y nos decoramos nosotras mismas con caravanas, collares, pintura para los ojos, para las pestañas, para las cejas, para los labios, para los cachetes…. si gastamos tanto, digamos, en decoraciones varias no entiendo por qué a los coches los dejamos así, pelados, tal como llegan de la fábrica. Podrían ponerles pelucas violetas, fucsia o amarillas, sobre el techo, pintarles sonrisas de labios rojos, dibujarles ojos en el capot, pegarles calcomanías en las puertas, ponerles cortinas con voladitos en las ventanillas, manoplas en las manijas de las puertas, alfombritas de piel en el piso. En fin, tantas cosas...
Pero lo que más me irrita es que desde que se inventaron, los coches tienen cuatro ruedas, dos faroles al frente y dos lucecitas rojas atrás. Todos. Me pregunto porque no tres o seis ruedas, porque no un círculo de focos blancos adelante y un cuadrado de luces rojas atrás. Acepto la convención de que sean blancas adelante y rojas atrás para saber en qué dirección van, pero ¿todo lo demás?
Tampoco tiene sentido eso de seguir poniendo los cambios cuando los autos automáticos funcionan en otras partes del mundo o seguir usando petróleo cuando ya está inventado el auto eléctrico.
El diseño de los coches no tiene semejanza con un elefante o con una jirafa, con un ratón o con un hipopótamo pero si imitan al tigre o al

feroz lobo salvaje, aludiendo a la velocidad. Como si los fabricantes estuvieran reconociendo que los coches, también son depredadores. Y podría seguir. En lugar de un cuadro en una pared podríamos tener una pantalla en la que se proyecten todos los cuadros de la humanidad y poder detenernos un tiempo en alguno que nos guste más, mientras nos dure el estado de ánimo que nos trasmite o programar un a paseo por las distintas corrientes, épocas y países . ¿No es un poco egoísta eso de cada uno con su cuadro en la pared de su casa o de su dormitorio?
Podría seguir, decía, pero justo tengo que hacerme la cena, y poner a hervir arroz en una cacerola como desde hace siglos hace la humanidad a esta hora, cuando cae el sol, el frio se cuela por las rendijas de las ventanas y empiezan a darnos ganas de irnos a acurrucar a esa cama calentita y que por suerte sigue siendo rectangular y midiendo un metro ochenta.

Me perdí
-Me perdí varias veces en la vida -le dije a mi amiga Sara.
-¿Cómo que te perdiste? Habrás perdido las llaves, el documento, seres queridos, pero a uno mismo no se pierde nunca -respondió casi ofuscada.
-Bueno -contesté tímidamente- eso también.
Siempre pierdo las llaves. En esta casa, en la que apenas hace un año estoy viviendo, ya cambié dos veces la cerradura. Como me conozco, dejo una copia en algún lugar seguro. El otro día cerré de un portazo y me di cuenta que no tenía la llave para poder abrir el portón de hierro y salir a la calle ni, obviamente, para volver a entrar. Quedé literalmente prisionera en el patio. No podía ir al fondo porque estaba puesta la alarma y no podía saltar la reja porque tiene cuatro metros de altura. Quedé cual monito enjaulado, mirando pasar la gente por la calle Dodera. Por suerte tenía el celular así que llamé a una persona que tiene una copia y me la mandó con un taxi. Todavía recuerdo la cara del tachero cuando me vio presa en mi propia casa y él abriéndome la puerta… Entonces decidí enterrar copias en el jardín. El otro día, después de meses, me puse a rastrearlas a ver en qué estado estaban. Encontré dos de tres. Todavía miro con desconfianza al limonero que creció en el lugar donde podría estar la tercera.
Más serio es el problema con la llave del coche, que tiene una combinación especial por lo cual cada copia cuesta un dineral. El otro día un vecino me tocó el timbre: “Vecina, se dejó la llave puesta en la puerta del coche“. Colorado el llavero y colorada yo. ¿Qué decirle? Ni siquiera tomo alcohol como para excusarme por una copa de más. Como me cansé de ver por la ventanilla cerrada la llave puesta en el arranque y de pagar cerrajeros que me abran, hice varios juegos. Puse uno en la billetera, otro en la puerta de la cocina con un imán, dejé dos en casa de amigos -por si alguno se va de vacaciones- y enterré una quinta en el jardín.
Del documento de identidad ni hablemos. Perdí siete veces el DNI argentino. Tan sorprendidos estaban que me iniciaron una investigación a ver si me dedicaba a traficar documentos y me

aseguraron que el séptimo era el último. No sé si será verdad pero por si acaso lo tengo guardado bajo llave, destruido por la humedad y varias idas al lavarropas adentro de un vaquero.
Pero claro, todo eso es difícil de explicar a la gente que ha vivido siempre en la misma casa, se ha dedicado siempre a lo mismo y nunca perdió el documento ni las llaves.
No puedo sacar la cuenta en cuantas casas viví. Apenas las ciudades en este orden: Buenos Aires, Mar del Plata, Buenos Aires, Montevideo, Punta del Este, Buenos Aires, Madrid, Barcelona, Punta del Este, Buenos Aires, Punta del Este y ahora Maldonado.
De los cambios de trabajo, mejor no hablo. Lo único que puedo decir es que cada emprendimiento en el que me metí, que cada trabajo que hice, lo hice con toda mi energía, mi voluntad, mis ganas y mi compromiso. Y quedaron por allí, a veces en manos de otros, a veces simplemente vacíos de mí, como vestidos del guardarropa de un museo de teatro. Vestidos que encarnaron personajes, que tuvieron, vida, palabra, voz, y ahora duermen un sueño de fantasías, en mi vitrina de cristal. A veces me divierte ver los vestidos que hice a mi medida y ahora se han puesto otros. En algunos casos tengo imitadores a los que solo les falta una peluca colorada para ser yo, pero representan el papel en el mismo escenario con el mismo traje y los mismos espectadores que aplauden desde la platea sin darse cuenta la diferencia. Tan vana es la existencia.
Por eso, también, siento que me perdí tantas veces. Me construí y luego abandoné el lugar y el traje que llevaba puesto como ropa vieja porque no me daba la talla o simplemente porque me gusta saber que no soy la cáscara, que no soy la carcasa, digo: la posición, el status, el “nombre”, la trayectoria, que como la carroza de la Cenicienta, siempre llega una hora en que se vuelven una calabaza. Por eso es un buen ejercicio saber desprenderse a tiempo, dejarlas, como dejan los gusanos de seda su caparazón para volverse mariposas.
A veces se me ocurre que tal vez este transcurrir de un personaje a otro, de una casa a otra, de un país a otro, tenga que ver con mis antepasados: una mamá inmigrante nacida en España, un bisabuelo Suizo que vino a América, un abuelo periodista uruguayo exiliado en la Argentina y mi padre periodista, también, nacido en Argentina y exiliado en Uruguay. Ir y venir generacional, empujados por el hambre o las guerras o las persecuciones políticas.
Pero tal vez sea sólo el placer de tener la capacidad intacta de volver a empezar, con la posibilidad de inventarme un nuevo vestido, una nueva vida, que volveré a dejar, colgada en la vitrina, un día. O tal vez sea, simplemente, un ansia de libertad que me vuelve mariposa y volará hasta que el sol me queme las alas.

Las 4 X 4

Les cuento lo que me pasó, escribo mensualmente en una revista local y la otra vez puse en mi columna *Estampas* que mi enemigo principal eran las cuatro por cuatro negras, porque yo tengo un Chevy

1000 blanco, el más chiquito del mercado, y por ende las 4 X 4 negras son el opuesto a mi coche.
Tantos me comentaron el asunto que me veo obligada a hacer algunas aclaraciones. Hagamos un poco de historia para que se entienda esta guerra personal e irreductible a las 4 X 4 negras.
Cuando terminó la Segunda Gran Guerra, en el ´45, yo no había nacido pero sí me tocó una infancia de postguerra, cuando en las tardes de domingo, de cine continuado, en el Casablanca de Pocitos, en todas las películas los malos eran los alemanes y los japoneses y, por supuesto, los americanos siempre eran buen mozos, simpáticos, bondadosos y, lo más importante: ¡ganaban!
Con los italianos no se metían, aunque habían sido la tercera pata del eje fueron los primeros en ser perdonados por los victoriosos sajones. ¿Por qué? ¿Porque somos muchos los descendientes de italianos en el mundo? ¿Porque en Italia está la sede del catolicismo: Roma? ¿Porque la cultura greco-romana es la madre de Occidente? ¿Porque la mafia italiana tenía sus redes bien montadas? ¿O porque nadie quiere renunciar al espagueti y la pizza? Me parece que por esto último: los tanos nos conquistaron por el estómago antes que por la cabeza... como suele suceder.
El mundo se limitó a decir algo así como que “los tanos eran cobardes y huían durante la guerra” con lo que parece que no son tan malos, sólo un poco.... Bueno, con la mala fama bastó como castigo y el mundo siguió festejando la victoria de los Aliados con el dios Baco como testigo. Luego, el manto de olvido cayó sobre los japoneses, que al ganar el mercado con su industria electromecánica, nos ganó el corazón y sobre los alemanes que pasaron a dividirse entre los buenos, limpios y lindos y los malos, feos y sucios y que estaban del otro lado del muro.
En mi adolescencia, la Guerra Fría me hizo cambiar la cabeza. Los yankees ya no eran héroes sino todo lo contrario: enemigos. Eran los imperialistas que habían proclamado: “América para los americanos” (y esa “América” era la nuestra, al sur del rio Bravo). Pero no sólo cuestionábamos la forma de explotación de nuestros recursos si no el mismo “modo de vida americano”, que trataban de imponernos por el cine y la televisión, con valores materialistas, individualistas y frívolos. Yankee era Coca Cola, Barbie, papa frita y hamburguesa. Yankee era: “yankee go home” era la consigna.
Pero en el ‘89 todo cambió: se cayó el muro.
Se cayó en Berlín y se cayó dentro de nuestra cabeza.
No hay otro sistema.
No hay más malos y buenos.
No hay enemigos.
¿Y los árabes?- dirá alguno. Bueno, en esa guerra no se discuten valores, principios, modos de vida o modos de producción de valor universal sino una sola cosa: petróleo.
Por eso me quedé sin enemigos. Sin enemigos grandes, en serio, con mayúscula y negrita. Enemigos.
Al principio me las agarré con personas: socios, socias, oscuros funcionarios que traban expedientes y ex maridos... berretines,

broncas y mala sangre. Hasta que me di cuenta de que nada de eso era importante. Por mucho que yo masticara odio en mis entrañas, nada cambiaba en ellos, y a mí me producía una gastritis de novela.
Entonces descubrí la gran verdad: NECESITO UN ENEMIGO.
Esto me recuerda el chiste que cuenta que un náufrago judío que vivió solo veinte años en una isla desierta, y cuando lo encontraron vieron que había dos sinagogas, entonces le preguntaron muy sorprendidos por qué dos y él contestó: “a una voy todos los días y a la otra no voy nunca porque estoy muy enojado con ellos”.
Como si hubiera una cuota de “enemigo” en la cabeza o en el corazón de cada uno de nosotros que tenemos que llenar con quién sea. Algo que nos permita tener aliados con los que comentar las malditas acciones del enemigo, y que nos ponga en ese lugar de “víctima-héroe” de la película. Una película que empezamos a hacernos desde niños, una película en la cual siempre somos el protagonista.
Pero estoy decepcionada de estos odios sin resultados. Por eso, si voy a odiar sin pena ni gloria, odiemos algo mucho más arbitrario e inútil como es odiar a las 4 x 4 negras.
Con eso no cuestiono el poder, no me meto en internas y no le hago mal a nadie.
¡Eso sí, a muerte contra las 4 x 4 negras!
¡Qué bueno tener este espacio de descontrol metafísico y existencial para expresarme!

Mi alma es un chicle

Admiro esa gente que es de una forma, que nació, creció, se está poniendo vieja y morirá un día siendo de la misma manera, con el mismo carácter, bueno o malo no importa, pero el mismo.
En cambio yo me parezco más un personaje de plastilina, que de madera o cerámica. Me he ido acomodando a las situaciones, según se fueron presentando y como no fueron pocas las vicisitudes de mi vida son innumerables las formas que ha tomado mi alma. Al parecer los seres humanos y las ratas somos los que más capacidad tenemos de adaptarnos a nuevas, difíciles y complejas situaciones. Yo, por lo que tengo de ser humano -digo- puedo dar fe de que es así. (De las ratas no opino porque no he sido rata aún).
De entrada no había ninguna expectativa de que yo naciera, algo que siempre me pareció muy favorable, porque para mí no hay nada peor que saber que los demás tienen muchas expectativas acerca de mi, aunque sea de mi nacimiento.
Esta fue la primera y temprana práctica de hacer de mi alma un chicle, me acomodé a la situación y crecí cómodamente en la ignorancia supina de mi familia. En esa época, como la mayoría de los bebés, fui solo panza, con pocas expectativas de que llegar a ser beba
Que naciera fue casi una sorpresa y tengo la secreta sensación de que fue puro esfuerzo mío, como ese niño al que querían abortar poniendo hielo en la panza de la madre y cuando hicieron una ecografía apareció el bebé haciendo flexiones y diciendo “no me van a congelar, no me van a congelar”.

Luego a mi madre, para que mi hermanita no tuviera celos, no se le ocurrió mejor idea que decirle que había encargado este bebé para ella y me puso en sus frágiles manos de niña para que jugara conmigo. Y así me convertí en muñeca.
A todo esto, confieso, mi alma un poco se enojó y se sintió con derecho a la protesta, entonces dejé de mamar. La única huelga que puede hacer una beba a los tres meses de edad. No estoy muy segura de cuanto me benefició tamaña protesta no sindicalizada, que me sumergió de lleno en el mundo del consumo de la leche adulterada pero sé que a mi madre le afectó muchísimo, no sólo porque le dolían los pechos sino por el rechazo que sintió de mi parte y que hirió su amor propio.
No tenía un año cuando mi viejo se fue del país, de un día para el otro, exiliado al Uruguay, y la familia entró en torbellino para poder comunicarse en forma clandestina, organizar la mudanza, y reencontrarse lo antes posible. La frontera con Uruguay estaba cerrada en ese entonces y no era fácil viajar.
Durante ese período a mí me consideraron un bulto más en el trajín donde contaban: documentos, pasajes, dinero, valija grande, bolso azul, beba, bolso de zapatos, (beba era yo). También sobreviví ese tiempo con forma de “bulto número cuatro”. Por suerte no me enviaron con el despacho de valijas. Viajamos a Montevideo pasando por Paraguay, en donde nos hacían un documento trucho dónde, cómo mi madre era española, nosotras estábamos en su pasaporte español como hijas de madre soltera. O sea pasé a ser española e hija de madre soltera de un día para el otro. Cómo para no tener confusiones después con la identidad.
Mi capacidad de transformarme en panza, muñeca o bolso fue dándole más flexibilidad a mi alma y adquiriendo, así, cierto entrenamiento que me resultó excelente para poder adaptarme a vivir en otros países, vestir con faldas, capazo y esparteñas en Cataluña, o tratar con el turismo en Punta del Este.
Todavía mi alma no ha podido tomar forma. Todavía digo sí cuando quería decir no, río cuando estoy triste y lloro cuando quiero gritar. La plastilina se escurre y escapa ante el dolor, la pérdida, o el enfrentamiento; entonces, cuando algo va mal, empieza derretirse y volcarse hacia donde el terreno viene en bajada, hacia donde algún agujero me deja acomodarme.
No me enojo pero le pregunto a mi alma cuándo va a encontrar su forma, echar raíces, crecer en tierra propia y ella me contesta que la única tierra dónde puede echar raíces es en otro corazón.

Mi casa es un nido

El otro día fui a la casa de mi amiga Gloria a pasar unos días. No sé qué habrá pensado de mí porque, apenas me instalé, empecé a husmear y rastrear, con verdadera pasión y desesperación, todos los rincones de la casa, como un oso hormiguero muerto de hambre ¿Buscando qué?: enchufes.

Necesitaba enchufar el secador de pelo, el celular de Buenos Aires, los dos celulares de Uruguay (tengo uno de cada compañía para hablar a números gratis o bajo precio), la máquina de fotos y la *notbuc*.
Cuando logré ubicarlos la casa parecía un circo: un celular colgaba de una cuerda en el baño, otro estaba haciendo un inestable equilibrio sobre el televisor y a la *notbuk* se llegaba por una serie de alargues que atravesaban el living para llegar a mi dormitorio. Había como quince cables en la vuelta porque, claro, también llevé el cable para pasar las fotos a la computadora y el que me permite actualizar la agenda desde el celular.
En mi casa la lista de cosas que necesitan enchufes, pilas o transformadores es mucho más larga: cocina (con encendido automático), heladera, microondas, licuadora, pica no sé que, exprimidor, aspiradora, enceradora, lavavajillas, lavarropas, secarropas, tv x2 (living y dormitorio), DVD (dos), conector a la tv por cable (dos), conector a Apple para comprar o alquilar películas, equipo de música, aire acondicionado (por dos), manta eléctrica, secador de pelo, cepillo de dientes a pila, plancha, calefones (dos), estufas, ventiladores, alarma, sensor para detectar el movimiento de personas, timer para prender la luz del frente a la noche, computadora, *notbuk* , tablet, impresora, pen drive (no puedo contar la cantidad que hay en la vuelta porque se mezclan propios y ajenos), cámaras de fotos, (la nueva y las dos viejitas) celulares varios que se van acumulando cuando pasan de moda y da pena tirarlos…y timbre, el viejo y querido timbre de casa que sigue siendo tan arcaico como siempre y tan sencillamente útil.
Mi casa parece un nido, y no lo digo como cómodo y acogedor, sino por la cantidad de cables que se entrecruzan como ramitas traídas por un boyero. De vez en cuando me enredo, me tropiezo y me enojo mucho con esta tecnología de mitad de camino.
Sí, porque estamos a mitad de camino entre la era mecánica y la tecnológica en donde las empresas pujan por inventar cosas nuevas y nosotros, los consumidores, por comprarlas.
Pero a nadie le importa cómo funciona todo eso luego, en la vida cotidiana, en el todos los días, como compatibilizarla con el perro, que pasó su cachorra infancia mordiendo cables en vez de huesos.
Antes los adolescentes nos encerrábamos en el cuarto “a prueba de padres”, pero de vez en cuando teníamos que salir obligados a atender el teléfono cuando nos llamaba una amiga o un noviecito y no había otra que compartir la tele con el resto de la familia. Ahora, en cambio, se encierran en su cyber dormitorio con compu, tv y celular propio, y viven ajenos a lo que pueda pasar en el resto de la familia.
Los que inventan estas nuevas tecnologías tampoco se preguntan qué hacer con la abuela, por ejemplo. Juanita, mi madre, a sus noventa y tantos años cada vez que sonaba uno de los celulares me lo traía en la mano, casi temblando, como si hubieran encontrado un sapo muerto. “Tengo que aprender computación - se despachó un día

- si no, no entiendo lo que dicen los noticieros". Y empezó un curso de computación.
Avanzó bastante, abría sus mails y pasaba sus poesías con prolijo cuidado hasta que un día las páginas del Word, como hojas en otoño, se le iban de la pantalla sin que pudiera controlarlas y no lograba que el *maus* acertara al renglón a pesar de poner mucho empeño como si se tratara de enhebrar una escurridiza aguja. Abandonó, y nunca más se sentó en la computadora ni prendió la tele para ver un noticiero. Ya no entendía el mundo en que vivía.
Las tecnologías actuales están dejando fuera a mucha gente: a los viejos, a los discapacitados, a los pobres, a los que no pueden o no quieren entender las nuevas reglas del juego.
Porque hay quienes no pueden acceder pero también quienes no quieren y se oponen a estar enchufados horas a una computadora, que se oponen a dejar sus datos en las redes "porque esa información la capta la CIA" y se opone a vivir pendientes del intempestivo llamado de un celular. Esos, para mí, son nuestros Quijotes del siglo XXI, que a pesar de las burlas y las críticas más mordaces, se mantienen férreos en sus posiciones de combate frente a lo que consideran el gran enemigo de su mundo interior: la hiper-comunicación.
Pero además de dejar fuera gente están dejando afuera actitudes. El café compartido para saber del otro se transformó en una serie de mensajitos con "emotions" que nos ahorran palabras. Y me pregunto: ¿Cómo se secan las lágrimas de una amiga por celular? ¿Cómo se le pone la mano en el hombro? ¿Cómo se acaricia? ¿Cómo se besa? ¿Nadie extraña el abrazo de oso que dan los viejos amigos cuando se encuentran?

¿El amor existe?
Días atrás recordé una historia de amor que vale la pena contar. La relató Irvin Yalom, en uno de sus libros. Seguramente los detalles, las edades, los tiempos, los nombres de los personajes y de las ciudades, se me traspapelaron en la memoria pero lo sustancial no lo olvidé. Bueno, lo olvidé durante mucho tiempo, o lo archivé en el rincón más oscuro de la memoria, pero en alguna parte quedó. No me había olvidado lo esencial que tiene que ver con ese tema que me tiene obsesionada: saber si el amor existe y, si existe, ¿qué es?: un músculo, un sentimiento, algo inconfundible y transformador o sólo un estado de ánimo.
Y en el caso que exista, ¿dónde está radicado: en el alma, en el corazón o en estómago? Porque yo -no sé a usted - cuando siento amor lo siento en el estómago y nunca entendí por qué ponen atravesado un corazón por una flecha para referirse al amor cuando lo que a uno se le atraviesa, cuando se enamora, es el cerebro. Se pasa pensando día y noche en el otro obsesivamente. A mí, por lo menos, me pasa que todo tiene que ver con la forma en que sonrió antes de salir de casa o la hora en que me llamó por teléfono, si leyó o no mi mensajito de texto, en fin, con cuánto y cómo me ama. Como

si estuviera redefiniendo el mundo, en todas y cada una de sus palabras, con las letras de su nombre.
Bueno, va la historia: Irvin cuenta que atendió a una mujer de casi setenta años que estaba obsesionada con un hombre veinte años menor que ella, que vivía en otra ciudad y al que hacía años que no veía. Hizo los mil malabares, aplicó todas las técnicas psicoanalíticas, ortodoxas y heterodoxas para que logre salir de esa obsesión.
Hasta que un día, antes de darse por vencido, se le ocurrió una idea: tal vez estuviera enamorada. Entonces ubicó al hombre en cuestión lo llamó por teléfono y lo citó. El hombre le confesó que también estaba sufriendo porque la amaba y no podía olvidarla. Había dejado de verla cuando ella tuvo una crisis psiquiátrica y los médicos le recomendaron que no la llamara más.
Hasta ahora, cuando me puse a hablar del amor tomé ejemplos de películas, novelas, obras de teatro en la que es lógico que se apueste a que existe el amor, así, como sentimiento inequívoco que puede convertir la vida de una persona. Pero este es un ejemplo de la vida real, contado por un profesional y, convengamos que pone los pelos de punta.
Digo hablar de amor; de amor, no de compañía; de amor no de "peor es nada".
El otro día fui al cine con Nicolás y Woody me vino a hacer pensar en el tema con sus ideas sobre el amor en la última película "Si funciona". De entrada dice algo así como: "si usted cree que el amor le va a solucionar la vida y va durar para siempre, se equivoca", pero después, cuando empieza a rodar, el amor se cuela por entre los fotogramas de la película y termina trasformando la vida de los personajes de las maneras más insólitas, como en la vida: nunca de la manera que uno podía prever.
Veo, detrás de muchas parejas, pactos oscuros, negociaciones bochornosas, acuerdos explícitos o implícitos que son una bofetada al sentimiento y me aterran; parejas a las que, como dijo el poeta, "no las une el amor sino el espanto" y eso me llena de desconfianza.
Pero la historia de Irvin me deja pensando en que el amor es, en efecto, un sentimiento inequívoco, profundo, transformador. Ahora pienso en que el amor existe y sólo pasa que yo no lo encontré.

El linyera y yo

Me detuve en un semáforo. Eran más de las once de la noche de un día de semana, en pleno invierno, en la Avenida Joaquín de Viana llegando a Camino Lussich. La calle estaba desierta. Alguien me golpeó la ventanilla y me asusté. El hombre tenía barba negra y pelo largo. Me pidió una moneda. Busqué en la guantera, en el bolsillo de la campera, en el cierre de la cartera hasta que, por fin, encontré unos pesos, bajé la ventanilla y se los di.
Todavía bamboleaba su sonrisa en el vidrio, reflejada por la luz del semáforo, cuando arranqué. Tal vez era una sonrisa por los cinco pesos, tal vez por la copa de vino que los antecedió, pero yo también reí.

De golpe aparecieron todos los consejos de los buenos amigos: nunca pares de noche si te hacen señas, nunca bajes la ventanilla, nunca, nunca, nunca…. y yo sentí que el corazón se me agrandaba porque nunca me iba a reír así, cómplice de un desconocido, en medio de una noche negra, con blancas sonrisas amigas.
Creo que ambos reímos, porque, como chicos traviesos, sabíamos que eso no se hace.
Claro, eso digo ahora, que no me cortaron el cogote, ni me robaron la cartera, ni me afanaron el coche.
Tal vez mi alegría -no sé la de él- fue porque supe que había estado muy arriesgada y sentí la felicidad de haber zafado, de estar viva.
Hay relaciones que duran toda la vida, y esas -parafraseando a Bertolt Brecht- son las indispensables. Pero hay otras, como la de esa noche, que duran un instante, que apenas nos tocan alguna fibra del alma y sin embargo, nos dan una felicidad única.
Feliz por el milagro de estar viva, claro, pero feliz -más allá de eso- por reírme con un desconocido, sin saber su nombre, ni sus datos, y sin embargo sentirnos tan idénticos en el mar de diferencias que nos separaban.
¿O fue el atrevimiento lo que me enamoró? Seguramente una mujer embarazada, un hombre lisiado, alguien sin trabajo no se atrevería a pedir a esas horas, en esa esquina, a una mujer sola. Por promedio, no más, las negativas deben superar a montones a la estrafalaria posibilidad de abrir la ventanilla y buscar en la cartera.
Pero él no era un desocupado. Era un linyera y yo me siento linyera, aunque viva en una casa, tenga coche, me encante comprarme ropa y usar tacos altos.
Linyera es un estado del alma.
Conozco un linyera que está siempre en la Terminal de Punta del Este. Es pintón, joven, lúcido… podría trabajar en cualquier parte, pero estoy segura -nunca le pregunté, claro- que no busca trabajo porque quiere vivir así. Jugado a su suerte.
Si llueve y no hay trabajo entonces come arroz y se queda escuchando la lluvia bajo las chapas de la casilla del Hotel Gorlero, ahora abandonado.
Si sale el sol y es fin de semana largo en Buenos Aires, hace unos mangos, porque los porteños son *propineros*, y entonces se compra un buen vino y un pollo en la rotisería de la esquina.
¿Guardar para mañana? ¿Qué es eso? ¿Y si mañana estamos muertos?
Yo también soy linyera porque me despierto así cada mañana. Con la sensación de que puede pasarme algo mucho mejor que lo que jamás soñé. Lo importante es que seguro este día va a ser distinto del anterior y que nada se va a repetir. La vida, al fin, es saber que no se aprende nada apenas se mejora la intuición.
Eso de ser dueño del mundo y desposeído al mismo tiempo, de sentir que lo propio y lo ajeno, no tiene fronteras, que la humanidad no se acaba en mi piel, ni en mi familia, eso es lo que me hace sentir linyera. Transeúnte de la vida. Esquiador de este planeta.

Como los jóvenes sobre las tablas de surf, que nunca saben cuándo van a caer, ni cómo, ni siquiera si será la última vez. Hago equilibrio entre las olas, vivo sorprendiéndome cada vez que llego viva a alguna orilla.
Y algo más.
Algo más que no sé cómo decirlo.
El linyera -y yo- siempre podemos mirar la casa desde la puerta, el auto desde la ventana, la vida desde un escalón invisible que está fuera del mundo.
El linyera y yo vemos pasar a cada uno dentro de su tubo de preocupaciones, llenos de obligaciones, agendas, compromisos, historias pasadas que están seguros que los han marcado para toda su vida, historias en las que son los “protagonistas”. Cabezas enormes, pesadísimas, llenas de planes, proyectos, suposiciones y estrategias que no los dejan sonreír, que no los dejan contemplar un pájaro que canta en la estación, una ballena que juguetea en la playa o una simple bolita que atraviesa la calle hasta perderse en el alcantarillado.
Tal vez sólo sea que el teclado se puso entre mis dedos y hoy me hace ver las cosas de igual manera que un linyera. Tal vez.

Enamorarse

Mi editor está podrido. ¡Basta de hablar del amor! -me dice. En realidad no es que me lo diga así pero lo sugiere y pone cara de “otra vez hablando de lo mismo“. Pero yo busco, rebusco y en la literatura, el cine, la tele, el arte y la vida no se habla de otra cosa. Y aunque se digan otras cosas, en realidad todos están hablando del amor o del desamor que para el caso es lo mismo. ¿Más desamor que la pobreza, que la educación solo para los ricos, que la falta de vivienda, que la guerra? Sin embargo hablar de los problemas sociales y políticos del mundo es “serio” y hablar del amor una tontera, cosas de Corín Tellado, chismes de mujeres.
Sí, no me produce ninguna confusión la intervención de la OTAN en Libia, ni la protesta de los chilenos, ni la condena a los culpables de crímenes de lesa humanidad en Uruguay y Argentina pero el amor… ¡Huy! El amor sí me confunde.
Ahora mismo, miren lo que me pasa: estoy bien con una persona, salgo, me divierto, compartimos espacios, arte, amigos, familia y yo me pregunto: ¿Eso quiere decir que estoy enamorada?
No sé. No tengo la menor idea. Me da la sensación que tuviera el «enamorarme» colgado de un hilo en alguna parte de mi interior, ese interior al que de vez en cuando me asomo y lo veo lleno de abismos insondables. En fin, un territorio que nunca me animé a recorrer, un espacio en el que apenas me adentro con estas líneas que ponen en palabras una mínima parte de mis descubrimientos.
Lo que sé es que el amor, así como un todo, como un paquete que incluye al otro como es y con la sensación de “para siempre” está ahí, colgado de un piolín. En cualquier momento yo puedo cortarlo y, chau, caigo enamorada de esa persona. En ingles se dice “caer en el

amor” y me parece muy adecuada la expresión aunque con el inglés -y todo lo que venga en ese idioma- tengo muchos prejuicios.
Uno cae, o sea: pierde pie; o sea: deja de estar parado sobre su propio eje; o sea… sonó. No tiene marcha atrás, no hay escalera para salir de ese pozo.
Me recuerda a una de las imágenes iniciales de la película Pina, de Wim Wenders, en la que una bailarina empieza a moverse con mucho erotismo sobre un paño rojo y lo pasa de mano en mano, entre las bailarinas, sin que ninguna se atreva a entregárselo a él, a el hombre, a ÉL (así, con mayúscula). Finalmente una se lo da y queda apasionada y aprisionada entre sus brazos.
Por eso una -yo en este caso- me sostengo al borde del abismo para evitar el vértigo que me da ese tipo de caída.
Me digo: si él me amara, si él se mostrara desnudo y enamorado, “caído”, quebrado por este amor entonces sería como una red y yo me animaría. ¿Y si él está esperando lo mismo de mí?
¿Quién da el paso? Y dije bien porque no es un “primer paso” que puede acordarse y así ir negociando el segundo, el tercero… no, es el paso. El salto al vacío. Sin red.
Cada vez que me patino hasta el borde del abismo, cada mañana que me despierto con sensación de amor entrando por mi ventana y el piolín tambalea, y se afloja como a punto de romperse, me contengo.
Derivo esa fuerza, ese tsunami, que puede involucrarme para siempre con el otro, hacia cosas más manejables, hacía mi misma, por ejemplo, y me arreglo las manos, me depilo, me cepillo el pelo, me paso treinta veces el cepillo de dientes en cada parte en cuarenta y cinco grados, sobre las encías, me paso piedra pómez en los pies… o derivo la energía hacia el arreglo de mi casa y me pongo a limpiar y ordenar estantes, vaciar cajones, planchar ropa, lavar platos, hasta que todo queda brilloso e impecable.
A veces lo derivo hacía la creación y entro a mandar notas a la revista, cuentos a los talleres literarios, e informes a una agencia de noticias, desenfrenadamente, cuestión de no volver atrás, de no caer en el abismo.
Y otras veces, al fin, derivo hacia algo mucho más abarcador, hacia Dios, o la humanidad, o el mundo entero con todas sus criaturas, con toda la vida que palpita en las hojas de un trébol ante cuya magnificencia lo que sienta mi pequeño corazón es una insignificancia. Asi descanso, un tiempo.
Cuando pienso en que amar es un largo viaje que uno emprende sin señales, ni planos me doy cuenta que ya elegí otro camino y me acuerdo de aquel piolín de “Sueño de barrilete”, de Eladia Blázquez, que dice: “Yo quise ser un barrilete/buscando altura en mi ideal,/tratando de explicarme que la vida es algo más/que darlo todo por comida. Y he sido igual que un barrilete,/al que un mal viento puso fin,/no sé si me falló la fe, la voluntad,/o acaso fue que me faltó piolín.”

Las cosas también se enojan

“A las cosas les pasa lo mismo”, me dijo una amiga escribana y vecina de la Parada 2, cuando le conté que el año pasado, cuando empezó el verano, escribí en esta misma revista lo que nos pasaba a los que vivimos aquí todo el año. De golpe, de un día para el otro, entre el 26 y el 30 de diciembre -con más precisión- dejamos de vivir en un pueblito tranquilo, frente al mar, para ser parte de una ciudad cosmopolita de altísimo nivel. La civilización, los coches último modelo, la moda, el jet set y lo mundano se instala aquí, alrededor nuestro, casi en nuestra propia casa.
“Y, a veces, una reacciona como enojada por la sensación de invasión” dije. Ella me contestó: “No solo la gente, las cosas también reaccionan. Los calefones que estuvieron sin funcionar todo el invierno, al segundo día revientan.”
No lo había pensado, pero todo se rompe justo en esta época. Cuando estamos enloquecidos, tratando de alquilar la piecita del fondo y terminar de pintar la vereda. Lo del calefón puede tener una explicación racional, un aparato, sea cual sea, que está sin funcionar todo el año, en un clima marítimo, donde la humedad y el óxido penetran hasta la médula… pero ¿Mi secador de pelo? ¿Mi sandalia amarilla? ¿El teléfono inalámbrico?
Podría pensarse que se usa más, pero yo uso teléfono y secador de pelo todo el año. ¿Será que una está alterada, nerviosa, preocupada por cómo le irá en la temporada? ¿Será que los dedos le trasmiten al botón de frío/calor, del secador, la tensión que produce la llegada de doscientas mil personas en una semana?
Puede ser. Pero a mí me parece que hay una Ley de Murphy, esa que afirma verdades como que “el último en llegar es el que vive más cerca”. Una ley que dice “las cosas se rompen cuando no hay quien las arregle”. Se rompen al comienzo de temporada cuando todos están trabajando a full: Humberto, el hombre orquesta que durante el invierno nos arregla una lámpara, nos corta el pasto, pinta la biblioteca y nos ayuda a trasladar muebles a mí, a mi amiga Lía, a mi hermana, a mi vecina Marina, en fin, el único hombre insustituible de nuestras vidas ahora está trabajando en José Ignacio cobrando un jornal que es cuatro veces más que el que nos cobra a nosotras.
A Pedro, el electricista, le están pagando dos mil pesos por día en un edificio que tienen que entregar antes de Año Nuevo y Juan, que nos resuelve todo problema sanitario ni siquiera contesta el celular.
No hay quién clave un clavo en Maldonado. Y lo curioso es que estos aparatos parecen darse cuenta y, como los chicos cuando saben que la maestra no está, empiezan a hacer cualquier cosa y entran en desorden, en caos y se produce un “Viva la Pepa” de la electrónica y de la informática (porque las computadoras y sus subgéneros también entran en las generales de la ley) como si estuvieran encantados de que no haya quién los arregle.
¿Y yo? desesperada, con los pelos parados, las sandalias rotas, un alargue que atraviesa media casa para poder enchufar el lavarropas, sin computadora, y por supuesto… sin calefón!

A puñaladas contra mí misma

Hoy, literalmente, me agarré a puñaladas. Sí, arremetí con un afilado cuchillo de punta fina contra una tapita de Coca Cola y, si bien el durísimo precinto saltó por el aire, la cuchillada se incrustó en la palma de mi mano, haciendo saltar un chorro de sangre.
¡Horrible! No, la sangre no; lo horrible fue derramarla por una tapita de Coca Cola. Sin duda el colonialismo cultural ha avanzado sobre mi heladera y mis gustos de una manera pavorosa.
Apenas me pasó el dolor -y el susto- me pregunté: ¿Qué me hace estar tan enojada conmigo para venir a agarrarme yo misma a puñaladas? Mi vida no tiene alteraciones graves: poco a poco estoy poniendo las cosas en orden, tengo casa, trabajo, amigos…
¿Qué me tiene tan enojada como para atacarme de esa forma? Es la tercera vez que me lastimo las manos en unos meses. Una vez me caí, con todo el peso de mi cuerpo sobre mi mano derecha paseando el perro de un vecino, el mes pasado me agarré con la puerta de una camioneta el dedo de “haga click aquí”, el del celular, el del control remoto de la tele, el de la computadora. Y ahora la puñalada atravesando la palma de la mano izquierda. Es mucho.
Como si algo se me escapara de las manos. Y enseguida pienso que se me están escapando muchas cosas como agua entre los dedos: la vida, la juventud, las ganas y las fuerzas, como a todos después de los cuarenta.
El tiempo no pasaba nunca cuando queríamos pasar el hombro de mamá o cumplir los dieciocho para sacar el carnet de conducir pero cuando una pasa la barrera de “la mitad de la vida”, viene la bajada de la montaña rusa a toda velocidad y sin freno. Por más nos estiremos para atrás y hagamos fuerza para detenerlo el final está allí, ineludible, a minutos de nuestro recorrido.
En mi última sesión le dije a mi psicóloga que le agradecía porque, cuando me divorcié, ella insistió en que saliera y probara, que no me quedara encerrada en casa, y ahora, gracias a eso, por fin sabía qué tipo de hombre quería.
Digo, no es que lo conociera sino que lo podía definir: alto, lector, en lo posible periodista, ideológicamente afín, buen tipo, solidario, como para caminar juntos el próximo trecho de vida, que presiento lleno de gratas sorpresas.
Pero yo sé que no es así, que la vida hace que uno termine enamorándose perdidamente de alguien por esos nudillos que trasmiten fuerza, por el color transparente de sus ojos o por la manera de cuidar a su perro, aunque sea mecánico de automóviles, chupandín, petizo, e iracundo.
Algo del otro nos conmueve y, como un anzuelo tirado al azar sobre el mar, engancha a nuestro corazón y lo sacude, volviéndonos presa de esa tanza a través de ríos y mares, de tiempos y profetas.
Peor, una busca un hombre que la acompañe en sus proyectos y realizaciones, que le haga “piecito” para poder mirar del otro lado de su hombro, que empuje el otro pedal de la bicicleta de la vida para poder subir esa loma que no nos deja ver el valle del otro lado.

Y termina, casi siempre, tirando cuerdas para sacarlo del pozo y poniendo el propio cuerpo como puente para que él pase al otro lado, se limpie los pies, y siga su camino. Destino de mujer.
Tal vez la puñalada fue por eso. Por darme cuenta de que no se trata de estadísticas, ni de mediciones, de cálculos y cuentas, de especulaciones, de decisiones razonadas y meditadas largamente, sino de la palabra justa dicha a tiempo, del gesto, de la necesidad de amor que el otro esconde detrás de una oleada de palabras vacuas
Por ahí es tan simple como una rosa en el día de San Valentín.
Entonces me pregunto si no es hora de renunciar al hombre de mis sueños y mirar alrededor. Tal vez encuentre a alguien que siempre estuvo al lado y yo no me di cuenta, a alguien a quien le conmueva mi sonrisa, o perciba mi tristeza honda detrás del chiste y la ironía.
Tal vez, pueda aceptar enamorarme de alguien no conveniente, a trasmano de mi vida, incorrecto bajo todo punto de vista, pero en cuyo hombro pueda acurrucarme y mi cuerpo se deshaga entre sus brazos.
Por eso, tal vez por eso, por sentir que la vida se me fue entre las manos tras las palabras que vuelan sin pista de aterrizaje, siempre escapando a lo único importante, por eso, digo, tal vez por eso, esté tan enojada con mis manos.

Los ventiladores son feos

Los ventiladores son, como todos los electrodomésticos, feos. Ayer, mi amiga brasilera Silvie, me llamó desesperada pues había recorrido todos los comercios de Maldonado buscando un ventilador y no había podido encontrar ninguno.
Por casualidad, yo estaba caminando por el centro, haciendo algunas gestiones, entonces me metí en el primer negocio que encontré y resultó que había ventiladores normales, metálicos, de plástico, extra chatos, blancos, grises de pie, de techo de madera, dorados, y *tutti quanti* se puedan imaginar.
La llamé desde mi celular y me explicó que ella también los había visto pero ninguno “le combinaba con la decoración de su casa”.
Corto y muero -pensé-, pero me repuse y traté de encontrar alguno que tuviera el estilo de su casa. Hasta que me di cuenta: los ventiladores, como todos los electrodomésticos, son una raza aparte. Uno no puede pedir una licuadora Luis XV o un microondas estilo rústico para un decorado “country”.
“Lo vas a usar tres o cuatro horas al día y luego lo metés adentro del ropero, debajo de la cama o detrás del bargueño” -le dije y ahí se terminó la conversación.
Pero me di cuenta que los electrodomésticos, como casi todas las cosas que funcionan a electricidad, nafta o batería, tienen una estética propia vinculada al plástico y al metalizado.
Un televisor en cualquier ambiente bien decorado es una patada al hígado. Ni hablar de la computadora con pantallas adicionales tan cómodas para leer, las impresoras y todo el negro equipo que se acumula en un lugar de trabajo

Un aire acondicionado es imposible que tenga que ver con la decoración de nada: es un plástico arriba de la cama o del sillón del living que uno termina asumiendo como el cordón de la vereda o el semáforo de la esquina. (Sería mejor un arbolito en lugar del semáforo y un jardín con césped en lugar de un cordón de vereda). El asfalto y el cemento inundan la ciudad con su propia dinámica y los electrodomésticos nos inundan la casa.
Uno se acostumbra. Ahora, por ejemplo, estamos fascinados con las pantallas plasma y hasta nos parecen un objeto digno de admiración y tener una "*laptop*" arriba de una mesa es casi como tener un jarrón chino: un objeto valioso que da status. Pero, convengamos, combinar, lo que se dice "combinar" no combinan con nada.
También uno termina preguntándose si es necesario que "combinen". Un jarrón chino, como decía, es un objeto valioso, casi una obra de arte, que puede tener su espacio sin que toda la casa mantenga esa línea. En esta época, con el estilo ecléctico que impuso el postmodernismo, hasta un enanito de jardín queda bien, según donde se ponga.
En realidad, los ventiladores varían mucho más que las heladeras, los microondas, las cocinas y las licuadoras, que como contrapunto de la electrónica son todos blancos ya hora, algunos metalizados.
Hay bastantes cosas que no entiendo en la estética doméstica.
Lo único que ha avanzado muchísimo contra la dictadura de lo "blanco" son las bachas de los baños. Este invento de hacer las piletas apoyadas sobre las mesas ha sido toda una revolución. Nos permite usar mesas antiguas, mesas lustradas, mesas laqueadas o, como en mi caso, usar el pie de una antigua máquina de coser; y las mismas bachas son de colores, de cerámica, de vidrio transparente, en fin, son objetos bellos en sí mismos. También algo de la revolución entró en el baño. Ahora se suelen pintar las paredes de colores, se usan espejos antiguos con marcos en roble y se cuelgan cuadros o láminas variadas, pero con los inodoros y bidés no hay nada que hacer: siguen siendo pulcramente blancos, incólumes ante el avance de las nuevas formas, del color y de la ruptura de lo clásico.
Y eso es una verdadera dictadura sobre la forma de armonizar la casa. Cada uno debería tener la libertad de hacerlo a su manera, para tener casas que hablen de sus habitantes, que cuenten sus sueños, sus viajes y sus amores. En cambio las marcas imponen su estética que monopoliza el mercado del gusto. Y nosotros nos adaptamos. Menos las plantas, claro, que por suerte a nadie se le ocurrió -todavía- que tenían que "combinar" con el decorado.

Mi Pequeña casa

Un amigo me preguntó si mi casa era "realmente" tan chiquita como yo siempre digo. ¿Qué contestarle? A mí me pareció muy chica cuando llegué porque yo soy grande -mido un metro setenta-, porque mis muebles son grandes, y porque venía de una vieja casa familiar muy grande. Pero ahora me acostumbré y hasta he encontrado

algunas ventajas como, por ejemplo, poder apagar la hornalla que calentaba el agua del mate desde la ducha sin tener que estirarme demasiado.
Al principio estaba “realmente” incómoda. No podía sacarme el sweater en el pasillo porque me golpeaba los codos contra las paredes, y tenía que abrir la ventana del baño, que está justo en el lugar de la ducha para poder enjabonarme debajo del brazo.
El ser humano se acostumbra a todo en esta vida. Ahora, como no puedo cepillarme las uñas de los pies mientras me ducho, puse un felpudo de plástico que me sirve de antideslizante y al mismo tiempo me permite “cepillarme” las uñas sólo con un leve movimiento de tobillo.
En la cocina, que es el ambiente más chico y abarrotado de la casa, logré aprender el circuito óptimo de preparación de comida, que consiste en empezar la vuelta de izquierda a derecha.

Paso 1: Cierro la puerta y giro 25º para poder abrir la heladera y sacar la sopa.

Paso 2: Coloco la sopa en el microondas, que está arriba de la heladera, y, como dejé la heladera abierta, puedo sacar el bife.

Paso 3: Cierro la puerta de la heladera y giro 25º. Abro la puerta del horno, saco la plancha (no tengo otro lugar donde guardarla), prendo la hornalla y pongo el bife. Opción 2 de este paso: saco una cacerola, le pongo agua, tomo arroz o fideos de la alacena que está arriba de la cocina y procedo con lo demás.

Paso 4: Giro 25º y agarro del secaplatos lo necesario: un plato, un tazón para sopa, cubiertos y un vaso, que quedan siempre allí para evitar hacer más movimientos.

Paso 5: Retiro el bife de la plancha retrocedo 25° y saco la sopa del microondas.

Paso 6:, Otra vez, 25º y le quito el agua al arroz y los sirvo en el mismo plato.

Paso 7: Giro 25° y quedo en dirección de salida, nuevamente.

Después de comer hago el mismo circuito, pero en dirección inversa, claro.
Lo que no entra en la alacena ni en el horno cuelga en forma decorativa por las paredes: ganchos para la escoba, un clavo para la bolsa de basura, el típico soporte para los utensilios de cocina, un perchero en la puerta para bolsas varias, otro clavo para el ajo, otro para el colador, otro para el rallador… Hay más cosas colgando que en la cuerda de la ropa.
Todavía no traje mi biblioteca. Me asusta un poco la posibilidad de que, cuando termine de acomodar mis libros, tenga que irme a dormir a la plaza. En cambio, logré una buena sincronización con la computadora puesta sobre una mesa de vidrio que tiene de soporte una vieja máquina de coser Singer, lo que me permite ejercitar mis tobillos ahora que no tengo que caminar casi para nada.
Perpendicular a esto, la mesa del comedor, que hace que mi escritorio sea “extensible” y, cuando los papeles comienzan a invadirme, la tapan por completo.

En lugar de teléfono inalámbrico, le puse cuatro metros de cable al teléfono de línea y ya está, me alcanza para llevarlo a todos lados. También es cómodo tener la tele tan cerca, porque giro la butaca que uso cuando escribo y veo tele. ¡Muy práctico!
El circuito del baño también lo tengo aprendido. Si se acaba el papel, sólo me estiro un poco y saco un rollo nuevo del armario que está enfrente, y si la toalla se mojó, con el pie hago caer una del estante de abajo del lavamanos. Todo sincronizado.
El placard sigue con las puertas inservibles y los cajones enganchados unos con otros, pero ya me acostumbré. Ahora tengo la ropa interior en la mesita de luz, las medias y remeras en la cómoda, los pantalones en el perchero, detrás de la puerta del dormitorio, y sólo habilito una puerta con un estante para sweaters y el barrote para colgar camperas; las botas van en el piso. Lo demás lo uso como depósito. Para la cartera, la bufanda y el gorro puse un perchero en el pasillo y ¡listo!
No puedo dejar nada desordenado porque enseguida la casa se convierte en un caos. Pero, eso sí: tengo una vista maravillosa y, cuando las cosas de la casa parecen cobrar vida e invadirme, me asomo al balcón y me quedo horas mirando los techos interminables de la ciudad, salpicados de múltiples colores, que se vuelven rojos a la puesta del sol.

Soy bilingüe

Soy bilingüe uruguayo- argentino. ¿Se ríen? ¿Qué es lo mismo? ¿Qué hablamos igual? No, no es cierto. Es muy diferente ser uruguayo que ser argentino desde la manera de hablar a la de vestirse y comportarse.
No solo por el uso de algunas palabras como *pibe* para los argentinos y *botija* para los uruguayos, pava y caldera, velador y portátil, pancho y frankfurter, o la diferencia en el sentido de la misma palabra como *fiaca* que en esta orilla es hambre y en argentina no tener ganas de hacer nada. Ni de comer.
Pero decía, además de las palabras hay un estilo, una manera de decir las cosas, una actitud que acompaña con el gesto. En mi caso la cosa viene un poco atravesada porque nací en Argentina pero me crié en Punta del Este; entonces aprendí el “argentino”, sus modismos, sus “tics” no de mi núcleo de pertenencia, ni de mis tíos o primos, sino de los que veranean allí. Así aprendí, desde chica, que en Maldonado hay dos lenguajes, uno para locales y otro para turistas.
A ver si me explico. Por ejemplo, si voy al cerrajero, frente al Campus, que me conoce desde chica y sabe que vivo en Maldonado, le pregunto por la familia, cómo le fue la temporada, y esas cosas. Recién después le pido la copia de la llave y le explico lo que me pasó: la copia que me hizo en octubre ¿se acuerda? -él miente que sí- se la presté a una amiga que vino a turistear y me la perdió. ¿Vio como es la gente? Y así vamos, él haciendo saltar chispas de bronce por los aires y yo barajando anécdotas.

En cambio, cuando se me presenta una urgencia, recurro al lenguaje corporal y textual argentino. El otro día tenía que cambiar un juego de sábanas en una tienda muy, pero muy, burocrática, de esas que tienen vendedoras, jefas, cajeras, despachantes y un gerente escondido en algún lugar que nunca aparece. Esos, que como Dios, están en todas partes y nadie los puede ver.
En uruguayo hubiera tardado una hora: ¡Ah, no! ¡Haga cola! ¿No ve que estoy atendiendo a otra persona? Entonces me armé de coraje y saqué a luz mi más noble y firme argentinidad. Me paré derecha, tomé aire y entré taconeando, a paso acelerado, revoleando el bolso de mano y la bufanda azul. En el medio del salón y a los gritos, empecé ¡Ay! ¡Estoy desesperada! ¡Se me va el Buquebus! ¡Ay, ay, ay! ¿Quién puede atenderme ? Y a la primera vendedora un poco libre que encontré le dije como si la conociera de toda la vida “¡Ay!, querida, te lo pido por favor, no sabés qué tragedia si pierdo el Buquebus, me está esperando mi marido que tiene la mamá muy mal en Buenos Aires! ¿Te das cuenta?” Al instante tenía tres vendedoras revoloteando alrededor mío y hasta sospecho que el oculto gerente asomó la nariz para ver de qué se trataba semejante escándalo.
“¡Gracias querida, te quiero mucho, los uruguayos son tan buena gente, sos divina, gracias, muchas gracias!” En cinco minutos estuve afuera con mi sábana cambiada y un gusto horrible a hipocresía.
Acá, en estas tierras del Este, sabemos que a una argentina en estado de pánico hay que contenerla de inmediato sino puede tirar la tienda abajo. Difícil que una uruguaya se arriesgue al escándalo. Y menos por una sábana.
El otro día, en Punta del Diablo, me paró un agente de tránsito porque estaba entrando muy rápido al pueblo y volvía desempolvar mi argentinidad. “¿Sabe? En Punta del Este no pasa esto. Por eso no me di cuenta” -dije con la peor de las pedanterías. El agente se sonrió. Si a mí me contestan eso los mato -pensé- pero el hombre me respondió en forma tan gentil y amable (Rocha tenía que ser) que terminamos riendo los dos de la ocurrencia.
En Buenos Aires las cosas son más complicadas, porque ser porteño no es una característica de turista sino un modo de vida permanente. La primera vez que fui a una redacción a pedir trabajo ofrecí una nota sobre el Che Guevara, ya que acababa de terminar un libro de divulgación sobre su vida, y me pasó por arriba un porteño típico que solo dijo “¡Ah! ¡Yo amo al Che! ¡Qué divino, che, qué divino! Yo te hago la nota querida, si a mí no me cuesta nada! Y la jefa, claro, se la dio ara hacer a él, mucho más llamativo que mi humilde pero consistente presentación.
De chica, en el hotelito de mis viejos en la Parada 2, me colaba en las habitaciones de las chicas “bien” de Buenos Aires para aprender cómo vestirse, cómo maquillarse, cómo hacer la valija. Mi madre -una típica Mafalda- consideraba superficiales todos esos temas.
Y así fue como me quedó un porteñismo mistongo, que me aparece en momentos de extrema necesidad, que me permite, como Zelling, el personaje de Woody Alen, mimetizarme con los turistas en verano, y que se va de mí –o yo de él- durante el resto del año, cuando troto

por las calles de Maldonado, vacías de temporada, cuando hablo con el cerrajero o con mi vecina, Marina, o cuando simplemente me siento a leer en el bar de la esquina de la Plaza .

Vida de perros

La gente dice “vida de perros”, como si fuera terrible. Se nota que nunca fueron
perros y que ni siquiera se pueden poner en nuestro lugar. A mí me gusta mucho deambular por las calles de Punta del Este a mi aire, y tener como tarea de cada día encontrar algo que comer. Es cierto que a veces se pone duro, puedo pasar uno o dos días sin encontrar ni un pedazo de pan, pero la voy llevando.
En invierno es un poco peor, reconozco. Pero siempre encuentro un lugar más o menos protegido del viento y la lluvia en donde acomodar mis huesos, y por suerte soy bastante peludo como para abrigarme solo. Cuando veo esos perros de apartamento con mantitas a cuadros, se me da vuelta el estómago. ¡Mirá que son complicados los humanos!: primero los rapan y luego les ponen abrigos tejidos a mano. Bueno, mejor no hablar de la vida de los congéneres domesticados, es la tragedia a la que estamos expuestos por nuestra propia naturaleza, por tener este vínculo tan especial con los humanos. Nos sentimos responsables, no solo de ellos sino también de su territorio y sus pertenencias, los cuidamos, los defendemos y ¿cómo nos devuelven ese amor incondicional?: esclavizándonos, recluyéndonos en el fondo del patio, atándonos, o dejándonos deambular en el patio de adelante mirando pasar la vida entre los barrotes
de las rejas.
Nos adiestran, nos hacen cumplir órdenes…
Pero no vale la pena hacerse mala sangre. Yo me siento muy bien así, siendo un perro callejero. Me enteré que una sociedad de humanos que aman a los perros quiere encontrar una solución para nosotros. Les diría que lo único que necesitamos es que no envuelvan la basura en bolsas de nylon, que nos dejen olfatear y rescatar lo que podemos comer, de una manera natural, sin tanta complicación.
Hace días que deambulo por el barrio sin pasar por la puerta de la casa de Nilda y Oscar. Mientras ella vivió, yo fui su compañero fiel, su amigo, su confesor. Era a mí al que abrazaba de noche para quedarse dormida cuando Oscar se quedaba en el boliche hasta cualquier hora; era yo el que la acompañaba a hacer las compras y la esperaba manso y tranquilo en la puerta del Supermercado; no necesitaba atarme con una correa a algún poste como hacen algunos, yo sabía muy bien dónde podía entrar y dónde no, y si tenía alguna duda esperaba a que Nilda me diera la orden.
Ni un sí ni un no. Fenómeno lo pasamos juntos, hasta que un día ella se murió, y la vida dejó de ser la misma. Como si el mundo empezara a girar en dirección contraria, como si el cielo se abriera a mis pies,

empujándome al vacío y la tierra no tuviera límites ni senderos. Nada fue igual sin ella.
Quedamos solo Oscar y yo, en una casa llena de muebles, pero vacía de gestos, de palabras, de olores, de rutinas, de puertas de heladera que se abren y se cierran, de hornallas apagadas, sin fuego, ni ollas echando su hervor, sin vaho caliente que sale de la ducha, sin ropa colgada en la cuerda en patio al sol, sin escobas barriendo, sin vidrios limpios, sin albahaca creciendo sobre la mesada, sin risas, en fin, sin ella.
Y las cosas se complicaron. Oscar decidió enterrar a Nilda en el jardín y a mí me pareció una barbaridad. Su olor me llegaba desde el fondo y no me dejaba dormir, hasta que un día me levanté medio entre sueños aún, inconsciente, enloquecido de dolor y de amor y empecé a escarbar y excavar hasta que encontré su mano, la misma que me acariciaba. Y lloré, lloré hasta el amanecer empujando con el hocico hasta meter mi cabeza debajo de eso dedos blancos, ahora amarillentos y rígidos, que tanto me habían acariciado, esas manos que yo sabía que nunca más me iba a sentir sobre mi cabeza, huérfana de sus caricias
A la mañana, cuando Oscar se despertó, se puso loco. Yo había hecho lo que él hubiera querido hacer, lo que toda su alma y su cuerpo deseaban hacer aunque estuviera muy mal visto: quedarse dormido junto a Nilda, una vez más, al menos una vez más.
Por eso fue, -yo sé que por eso fue-, que me pegó tal paliza, me pegó con todo lo que encontró a mano, me rompió una ceja y la sangre empezó a dejarme ciego, con lo cual el horror se volvió mucho más tremendo, porque escapaba sin dirección, sin saber dónde esconderme. Sentía las patadas en mi lomo, en mi cabeza, una me pegó de manera diferente, fue un golpe seco en un costado, y el ruido a hueso roto, a costilla que se quebraba. Lo sentí clarito, sí, la costilla se rompió aunque yo no sentía el dolor porque eran tantos los golpes, tal el calor de la sangre adentro y afuera, que ya no sentía nada más.
Yo sé que Oscar se arrepintió. Me llevó a la veterinaria esa misma tarde. Me cosieron la ceja y la oreja, también partida y que desde entonces me cuelga sin gracia, sin poder volver a retomar su posición atenta con la que alardeaba de vigilante guardián.
Esa noche no pude dormir. Cuando pasó el susto y la tensión de estar en la camilla del veterinario, me empezó a doler la costilla, casi no podía respirar. Y también me empezó a doler más la ausencia. Nilda se me aparecía entre sueños, me alzaba, me dejaba subir al sillón para ver tele con ella, aunque a mí la pantalla con formas de colores me pareciera un juguete para adultos. Yo me quedaba con la cabeza apoyada en su regazo, o acurrucado a su costado, disfrutando el calor de su cuerpo y ese olor de mujer que parecía inundarlo todo.
Me quedé varios días tirado en mi cucha, me arrastraba hasta la comida, que Oscar religiosamente -debo reconocer- ponía en el lugar de siempre, en mi plato redondo y blanco con una carita de perro dibujada en negro.
Pasaron los días y fui mejorando pero ya no volvería a ser el que era.

Para que no volviera a suceder, Oscar plantó un hibisco arriba del lugar en donde estaba Nilda, pero yo sentía igual su olor, y me echaba bajo su sombra, aún sin flores, largas horas.
Un día Oscar se fue a la playa, con la matera y bajo el brazo una novela que nunca terminaba de escribir. Cuando salió, dejó la puerta entreabierta. Un descuido que no había tenido nunca. Un descuido que me llenó de malos presentimientos, que me hizo pensar que nunca iba a volver a verlo.
Tal vez porque presentía algo malo, tal vez porque no era cierto que lo había perdonado, aunque me hubiera pedido perdón con lágrimas en los ojos y abrazándome.
Tal vez porque yo era fiel a ella y con ella había aprendido a guardar ese callado odio hacia él, que se presentaba como el amo, el macho alfa, el poseedor de nuestras vidas y de nuestra suerte.
Tal vez porque la lealtad no sea tan incondicional como la pintan en los libros.
Lo que sé es que cuando vi la puerta semi abierta no tuve la menor duda. Salí y me fui, sin mirar una sola vez hacia atrás, sin el menor cargo de conciencia. No me importaba nada de la vida de Oscar.
Me enteré después que volvió a los pocos días y me estuvo buscando por el barrio, como si de verdad yo le importara. Qué raros los hombres, che, a veces diría “pobres, qué vida de hombres llevan.”
(Inspirado en el cuento “Acá estoy” del libro “Entre Jíbaros”, de Valentín Trujillo)

La licuadora

La gente la ve ahí, tan tranquila, en la mesada de la cocina, al lado del microondas, y pegada a la heladera. Toda blanca. Blanca como vestido de novia, como copo de crema chantilly o de merengue: empalagosa.
Blanca: virgen, hospital, higiénico, limpio, incorrupto y aburrido.
Parece indefensa, mira sin mirar, y solo acciona cuando le tocan el botón.
Pero mi licuadora, la otra, la interna, la instalada en mi cabeza, la que hace añicos amores y poemas, esa no es tan simple de describir. Ni es tan silenciosa y es, sin duda, menos, aburrida.
Lo peor es que no tiene un botón para echarla a andar de manera tan fácil. Ni siquiera tiene control de velocidad. Tritura en dos segundos lo más amado, lo más difícil de conseguir, aquello en lo que más empeño, voluntad y esfuerzo puse.
Se prende sola. Salta como si hubiera un resorte automático en alguna parte de mi cerebro. Por ejemplo anoche, sin ir más lejos, saltó cuando una amiga me dice “Por favor, llamala vos a Menganita, pero no le digas…”
Grrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!! Se prendió la licuadora. “Si hablo, yo digo lo que me parece y si no, llamala vos” -contesté. Y corté.
Mi amiga quedó electrocutada del otro lado del tubo.

Así, cada tanto, sin que pueda predecir en qué condiciones se salta el botón de encendido y la licuadora tritura todo lo que encuentra.
No solo me pasa cuando me dan con órdenes, eso sería muy fácil y mi psicólogo me lo arreglaría en dos minutos. Anoche, por ejemplo, una amiga del alma, cuando estábamos por irnos de la casa de Javier, después de una buena cena -y mejor charla- de domingo por la noche, me dice: “¿Me esperás un minuto y medio a que termine el pucho?”
“Sí, claro -dije-. Y me senté con la campera puesta y la cartera colgada del hombro a esperarla, mientras seguimos la charla.
Cuando me doy vuelta la veo que subrepticiamente agarra otro pucho. Grrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr!!!!! Saltó la licuadora.
Noooooooooooooo!!. Otro pucho no!
-¡Me pediste por favor Un cigarrillo, no dos!-le dije, me parece que le grité,
Agarré mis cosas y me fui. Mi amiga, que por suerte tenía los cables conectados, me siguió y no hablamos más del tema.
Algo había caído en las cuchillas de mi licuadora. Esa noche ninguna de las dos pudo dormir. Al el día siguiente la llamé y le escribí un mail con lágrimas y perdones. Por suerte, como pasa con los buenos amigos o con la familia, todo se arregla sin decir agua viene o agua va, porque explicaciones no podía dar.
Y así tantos ¿para qué contarles? Mi última pareja se rompió porque en lugar de discutir se me prendió la licuadora, agarré mis cosas y me fui a la casa de mi mamá.
Lo que sé es que siempre que se prende sale algo teñido de rojo sangre, porque cada cuchilla me abre el corazón, una y otra vez, cuando da vueltas y vueltas sin parar.

Mi gata me dejó

Esta vez no voy a hablar de un amor que me abandonó, lo cual me podría llevar páginas y páginas. Voy a hablar de un abandono mucho más profundo y triste. El de Penélope, mi gata. Al menos mucho más enigmático, porque con mi pareja discutíamos, me daba celos a propósito, intentaba manipular mi vida… en fin, había muchas y buenas razones para que la relación se desinflara hasta parecer uno de esos globos de cumpleaños que al día siguiente siguen colgados en la pared, ya sin aire, lánguidos, apenas una caricatura de lo que fue la noche anterior cuando, inflado y a punto de reventar, despertaba sonrisas.
Con mi gata fue diferente. Teníamos buenos y sólidos acuerdos -o al menos eso creía yo-, a tal punto que el año pasado, cuando fui a Buenos Aires unos meses a trabajar a una revista, ella siguió cuidando la casa, durmiendo en su cucha, y comiendo lo que mi vecina, Marina, le daba cada día.
Apenas yo llegaba, al menos una vez al mes, saltaba dentro de la casa remoloneaba contra la botamanga de mis pantalones y llenaba

de pelo mis mangas cuando mis brazos, al fin, no aguantaban la tentación de alzarla.
Así fue todo el invierno. Con lluvia y truenos.
Cuando al fin llegó el calor y volví a los pagos, sucedió lo menos esperado.
En general, en diciembre, los gatos del barrio desaparecen por unos días. Yo me imagino que se trata de una suerte de “cosecha” a lo gatuno. Así como los constructores, viveros y pintores hacen la cosecha de octubre a diciembre cuando la gente viene a preparar la casa, y los que trabajamos en servicios la hacemos de diciembre a marzo, los gatos tienen su propia cosecha en los primeros días de diciembre.
Es cuando los restaurantes vacían los *frisers*, en donde fueron acumulando restos del verano anterior, que no terminaron nunca de vender o de comer en familia.
La mayor parte tiene la fecha vencimiento recontra pasada así que antes de empezar a comprar mercadería fresca, para el verano, hay que tirar todo lo viejo. Un poco lo que hace uno cuando se va de viaje y vacía la heladera, o cuando quiere olvidarse de alguien y tira todas las fotos y cartas que puedan traerle recuerdos.
Esos días son la gran temporada de los felinos civilizados, porque apenas las cosas empiezan a descongelarse llenan de aromas el barrio y para ellos se vuelve irresistible el festín.
Así fue, al menos, todos los años que estuvo Penélope en casa. Desparecía en los primeros días de diciembre y como mucho en año nuevo ya estaba de vuelta en casa, un poco más rellenita, cuando no embarazada.
Pero este verano no fue así. Este verano se fue como siempre pero no volvió el primero de enero, ni el dos, ni el tres, ni el cuatro. Simplemente, Penélope no volvió más y eso fue lo extraño. Yo estoy segura que anda por ahí, por los techos vecinos. Convencida que alguna abuelita se encariñó con ella o que un niño espera verla cuando vuelve de la escuela.
Pero lo cierto es que no sé, que todavía la espero, que cada vez que llego a casa aún miro hacia donde le había inventado una casita, debajo de la churrasquera, y no está. El otro día vi un cachorrito que regalaban en una plaza y casi me quedo con él, pero pensé “¿Y si vuelve Penélope? Mejor espero un poco”. Y seguí de largo.
Ya vuelve el verano, se va a cumplir el año. Cada tanto le pregunto a Marina o a Humberto, que de reojo siempre cuidan la casa, si no la han visto. Y hoy, por primera vez, tal vez porque la tarde es gris y llueve afuera, pienso: ¿Habrá muerto?
Si hay un cielo, debe haber un lugar para los animales porque no creo que a Dios se le ocurra discriminar y dejarlos afuera. Pero si no murió y alguien la ve, esa gata moteada en amarillo y negro sin haber elegido ser de Peñarol, esa gata delgada que debe haber sufrido raquitismo de chiquita porque nunca creció, esa gata un poco distante y sofisticada que sin embargo se arregla para demostrar su amor, si alguien la vio, digo, que por favor, no la traigan de vuelta a casa si no quieren, pero al menos, al menos díganme que es feliz en

otra casa, debajo de otra churrasquera, acurrucada en otro regazo, acariciada por otras manos. Por favor.

La lucha de clases

No, no voy a hablar de la lucha de clases como motor de la historia, ni me voy a referir a Marx o a su teoría sobre la trasformación de la sociedad. No, esto es algo más íntimo y más personal aunque, por suerte, me enteré de que no soy la única que lo vive, porque le pasa lo mismo a una amiga, y sé que algunas teorías psicológicas hablan del tema.
No lo leí en ningún lado porque si algo me cuesta es leer piscología, cada vez que agarro un libro que trata sobre traumas y esas cosas, me empiezo a identificar con los pacientes (que nunca son tan pacientes como parecen) y siento que todo me pasa a mí también.
Alguien dijo que “nada de lo humano me es ajeno” pero me parece que estaba refiriéndose a otra cosa, más humana, amplia y generosa.
Bueno, no importa, el tema es otro, el de la lucha de clases en mi interior o mejor dicho, en mi familia pero que, de tanto verlo, se me ha metido adentro. Mi padre, hijo de un periodista de Montevideo, amigo de Constancio C. Vigil y casado con una bella descendiente de italianos del Norte (altos y rubios), se sentía miembro de una clase social “distinguida”. (¿Será distinguida porque se quieren distinguir de los demás?). A él le gustaba saber francés, que en ese entonces era el idioma de la diplomacia, del buen gusto, del saber hacer y del saber vivir. La comida francesa era la suma de las delicias y el idioma marcó el punto dejándonos herencias como la palabra “chef” o la expresión “savoir faire “.
Mi madre, en cambio, venía de un origen muy humilde. Su padre vendía trapos de piso en Galicia. Eran de Valladolid y perseguidos por la pobreza que les comía los talones, llegaron a Galicia buscando una salida en tierra o atravesando mares. Así llegaron a Buenos Aires en los años veinte, tras el sueño de los inmigrantes de una América que se prometía al mundo como un paraíso de riqueza e igualdad.
Mi abuelo materno, el “ganaduros”, no tardó mucho en darse cuenta de que América no era lo que le habían contado, pero llegó a tener su boliche, mezcla de bar y de almacén, donde cocinaba mi tía Paula y donde los demás hermanos atendían detrás del mostrador. Además del hambre, los expulsó de su patria la posibilidad de que el hijo mayor, el Alfonzo, tuviera que hacer la mili y ser reclutado para luchar en Marruecos en una inútil guerra contra las tribus rifeñas de la zona montañosa, a riesgo de morir, como tantos, peleando por sostener el alicaído imperio colonial español, o más bien, lo que quedaba de él.
Juanita, mi madre, la menor de los seis hermanos, estudió en contra de la voluntad paterna. Leía poesías a escondidas, a la luz de una vela, y logró terminar el secundario con formación comercial y entró a

trabajar en una Agencia de Noticias. Así conoció el atractivo de las redacciones y pronto se convirtió en periodista. En ese ámbito profesional, de puchos y vinos hasta la madrugada, conoció a mi padre. Se casaron, comieron perdices, tuvieron dos nenas y fueron felices... o casi.

Entre ellos estaba desatada una verdadera lucha de clases, cuyo episodio más dramático fue la oposición de mi bellísima y distinguida abuela Ángela a que su hijo, mi padre, se casara con una “inmigrante española”. A tal punto la oposición, que no fue a la boda, cosa que para su sorpresa no afectó mucho a mi viejo, enamorado como estaba de los ojos claros y la sonrisa alegre de mi madre.

Igual las diferencias se notaron en los casi cincuenta años que vivieron juntos, hasta que de hecho la muerte los separó: obreros o burgueses, españoles o italianos, escuela laica o colegio de monjas, inglés o francés, nacionalismo o socialismo, todo podía ser motivo de conflicto, si no hubiera habido amor como para sobrellevar las diferencias.

Mamá tenía un corazón lorquiano y el alma pegada a Unamuno y Hernández, amaba lo sencillo, lo colorido, lo alegre y lo popular. Traía a casa, por ejemplo, objetos que para mi padre eran una pesadilla como un banderín del país vasco o un reloj cucú. Mi padre, que no quería ser violento, no sé si por filosofía o por educación, los pasaba de inmediato a la cocina. El prefería deambular por los remates comprando lámparas de caireles y sillas que hacia tapizar en terciopelo bordó.

Yo, la pequeña, salía en defensa de mi madre, a lo que mi padre respondía llamándome, con un poco de ironía y mucho afecto, “Tabaré”. Tabaré sí, por el héroe de la leyenda patria de Zorrilla de San Martín, el indio de ojos verdes, hijo de dos razas, que muere por salvarle la vida a una mujer que, como su madre, era “blanca y hermosa”. Yo, como él, parece que tenía el destino de reivindicar el origen materno, pero esa es otra historia.

Volviendo a ellos, la batalla se daba en todos los campos: de etiqueta o en camiseta, y en mi interior sigo siempre dudando si portarme “como una señorita” como me enseñaba mi papá y comer en la mesa sin levantar los codos como una mariposa o seguir aquella poética consigna que aún resuena en mí, lanzada en los versos de Vicente Neira que recitaba mi españolísima madre: “¡Juega, brinca y destroza, hija mía!¡Tu madre lo gana!”

Bichos en los dichos

“Más caro que alimentar un burro a bombones”, dice el refrán popular y como ésta hay muchísimas formas en que los animales aparecen en nuestro lenguaje cotidiano para señalar virtudes y defectos humanos y para expresar situaciones sociales o personales.

Pero algunos animales tienen más rating que otros. Hay memoria de elefante y la gente, a veces, se reproduce como conejo pero entre todo el reino animal el chancho parece ser el que más imágenes nos despierta.

Además de las “chanchadas”, término que se usa para señalar algo sucio ya sea una traición o una pizza que se cayó al suelo, está el “chiquero”, que también puede referir a un revoltijo humano o al estado en que suelen dejar su dormitorio los adolescentes.
Tenemos los “chanchos burgueses” y está el “comer como un chancho”, el hacerse amigo de alguien y estar “como chanchos” y ni hablar de “romper el chanchito” para comprarse algo con los ahorros, en referencia a las viejas alcancías. “Difícil que el chancho vuele”, decimos cuando no vemos a alguien con posibilidades de hacer lo que se propone y también usamos el “jamón del medio” para expresar lo mejor de su carne como nuestro alimento.
Un lugar aparte merece la historia popular de los Tres chanchitos, con la cual nos inculcaron que las casas sólidas, las que no se lleva el viento, son las de ladrillo, aunque hoy la casas de construcción en seco, prefabricadas o con el sistema de Steel framing demuestren otra cosa.
Los perros tienen lo suyo: “te sigue como perro” y “es fiel como un perro” indican condiciones casi de sumisión que no tienen nada que ver con la idea de ser “malo como un perro” o estar enfurecido “como perro rabioso” y para verificar que estos animales domésticos dan para cualquier comparación se puede estar “contento como perro con dos colas”.
La vida de perros tiene sentidos contrapuestos: la visión plácida de dormir, comer y rascarse o la de pasarlo muy mal, en una “vida de perros” y el aspecto dramático y deshumanizante: “lo mataron como a un perro”.
Hasta el alimento de nuestro mejor amigo encontró su metáfora en nuestro lenguaje cuando decimos que algo resultó “un hueso duro de roer” y recordemos eso de pelearse “como perro y gato”.
Entre los perros famosos de la tele, Lassie logró perdurar en la memoria colectiva para señalar que alguien es “más bueno que Lassie”, en cambio las heroicas Aventuras de Rin Tin Tin, que competía en franja horaria con la buena collie, no pasó al lenguaje.
La “gata Flora” convengamos que es más común entre la gente que entre las gatas. “Gato con guantes no caza ratones” dicen pero estoy segura que los ahuyenta. El dicho: “¿Quién le pone el cascabel al gato?” se refiere a que es muy fácil encontrar una solución para evitar un peligro, en este caso, si el gato tenía un cascabel los ratones tendrían tiempo de huir, pero también señala que no es tan fácil ponerlas en práctica sin morir en el intento. ¿Imagina a un ratón subiendo al lomo de un gato para ponerle un cascabel? Tan famosa como mal entendida se hizo la historia, que ahora las veterinarias nos venden cascabeles para ponerle a nuestras mascotas con lo cual le quitamos su mayor virtud: el sigilo.
Las ratas vienen con varios dichos a cuestas “Salió como rata por tirante”, “Sos un rata”, “Esto es una ratonera” y fulano se comportó como “rata de albañal”.
“Entre bueyes no hay cornadas” dicen, pero no se lo cree nadie; los intereses del préstamo son “leoninos” cuando los pobres leones nunca pisaron una financiera y esas mujeres hablan como “cotorras”

o “ cotorrean” todo el día son algunos de los tantos dichos populares que nos identifican con actitudes animales.
Quedarse como un “pollito mojado” nos estruja el corazón. La paloma de la paz nos honra y Pablo Picasso le hizo un bello homenaje, aunque las palomas reales se pongan molestas de noche y ensucien la ciudad.
Las lechuzas son de mal agüero para unos y símbolos de la filosofía para otros. La víbora es una mujer con lengua viperina que destruye la fama del más conspicuo. Pero la serpiente que tentó a Eva ha hecho derramar mares de tinta y no termina de ganarse el infierno. Sigue teniendo un halo de sabiduría como si nadie creyera que la manzana es algo tan malo como dicen.
¿Y las pequeñas hormigas? Esas que producen un hormigueo por todo el cuerpo pasaron a ser protagonistas de la fábula de Esopo, recreada por La Fontaine, que alababa a las hormigas que trabajan todo el verano para tener comida en el invierno, mientras la cigarra se la pasa cantando y en el invierno moría.
Eso fue así hasta que apareció la versión moderna y mediática de esa fábula: cuando llegó el invierno y las hormigas disfrutaban tener las alacenas llenas y hasta gozaban un poquito con lo que sufriría la cigarra, sintieron una bocina: era la cigarra con una estola de piel y un cigarrillo en un larga boquilla, en un elegante coche super sport descapotado que les: “Hola chicas, vengo a despedirme. En el verano me escuchó cantar un productor de espectáculos y me voy a cantar a Paris; ¡Besos! ¡Las quiero mucho!”.Las hormigas, estupefactas, le contestaron: ¿Vas a París? ¿Le podés decir a La Fontaine que…no escriba más fábulas?”.
Ya que estamos despidiendo a la Cigarra en su viaje a Paris, hagámoslo con esa maravillosa canción de María Elena Walsh que dice
“Tantas veces me mataron/ tantas veces me morí,/ sin embargo estoy aquí /resucitando./ Gracias doy a la desgracia/ y a la mano con puñal/ porque me mató tan mal,/ y seguí cantando./ Tantas veces me borraron, tantas desaparecí,/ a mi propio entierro fui sola y llorando./ Cantando al sol como la cigarra/ después de un año bajo la tierra, /igual que sobreviviente/ que vuelve de la guerra./...
Dedicada a todos los que estuvieron en la guerra, en alguna de las tantas guerras que nos da la vida y supieron volver cantando, como la cigarra.

Mi casa no me ama

Mudarse es mucho más que trasladarse a otra casa. Suele ser, casi siempre, una propuesta de vida diferente; pero en mi caso yo me mudé a nada, sin deseo, sin proyecto, sin ganas. Simplemente me mudé de la casa dónde había vivido mi madre hasta sus últimos días, porque había terminado de ponerla en orden y me fui a un apartamento muy chiquito que tenía de soltera.

Pero se ve que el apartamento estaba enojado conmigo, tal vez por haberlo abandonado tanto tiempo. Las casas tienen alma, a veces acogedoras y receptivas y a veces frías y expulsivas. Y tienen estados de ánimo como cualquiera, se ponen de mal humor y en esos días se rompe todo al mismo tiempo, como si corriera una especie de gripe que afectara todo lo que se cierra o se abre, se prende o se apaga.
El otro día, a la mañana, vino Bruno a arreglar la cocina y me anunció que va a quedar sin horno y con solo una de las cuatro hornallas funcionando, porque es una cocina “para alquilar”. ¿Cómo? -exclamé azorada sin poder imaginar que tenía de diferencia una cocina para inquilinos de una cocina para propietarios. “Es una cocina muy barata que dura un año -me aclaró. Si el inquilino piensa quedarse, compra una nueva y archiva esta hasta el día que tiene que entregar el apartamento”.
Además de la cocina “unihornalla”, tengo un extractor de aire que hace muchísimo ruido y, lo que es peor, hace temblar las precarias estanterías, haciendo que las copas se acerquen peligrosamente hacia el abismo.
Bruno también tenía que poner un soporte para colgar el duchero, que revoloteaba en el aire como una víbora cascabel cada vez que abría la ducha.
“Señora, tengo una mala noticia” –me dijo. Yo respiré hondo y me senté en el inodoro. “Escuche” - me ordenó mientras golpeaba la pared dónde iba el soporte. Yo escuché atentamente los golpes en la pared sin sacar ninguna conclusión, para mi todos eran iguales. “Está hueco y los azulejos tienen que ir sobre una pared porque si se apoyan sólo en los bordes se aflojan y tarde o temprano se caen. Hay que sacar todo, hacer la pared y volver a poner azulejos.”
Con ese diagnóstico casi me desmayo. No pregunté cuánto iba a costar, ni cuándo lo podía hacer, sólo atiné a poner el tema en el cajón de “cosas a resolver más adelante”, para poder seguir de pie.
Llovía a cántaros. Me despedí de Bruno, que me había dejado esas malas noticias revoloteando, y cuando me doy vuelta el living de casa estaba inundado. El viejo ventanal de hierro se había oxidado y, al arreglarlo, algo pusieron mal porque el agua entraba a chorros, formaba una suerte de arroyito que se deslizaba por debajo de las patas de la mesa, salteaba los cables de la computadora y se acomodaba en forma de lagunita en el medio del living.
No me puse a llorar porque hubiera sido echar más agua al río. Sequé todo lo que pude y puse trapos y toallas para detener el agua. De todas maneras el daño estaba hecho y, al poco rato, las tablitas del parquet hinchadas empezaron a desprenderse aquí y allá.
Sin cocina, con la ducha movediza, el parquet estropeado y el living en campamento, miro hacia el techo, tal vez buscando a un dios que me consuele, cuando veo que la pequeña mancha de humedad había pasado a ser un collar de burbujas de pintura a punto de caer y decoraba todo el rincón hasta meterse en el placard.
Un agujero negro me indicaba el lugar donde va la puerta de la baulera, arriba del pasillo y el viento, que entraba por la ventana del

baño a la que se le rompió la traba, golpeaba las puertas del placar, que con la pintura no se podían cerrar.
Me fui al cuarto, casi desesperada y me golpeé con el aire acondicionado que estaba estacionado en el pasillo. Tres técnicos habían huido despavoridos ante el vértigo que produce colgarse de la ventana de un piso catorce.
Por suerte no había mucho más espacio dónde producir destrozos. Todo el apartamento es apenas un baño chiquito, una cocina en donde solo entra una persona de pie, el living te obliga a elegir entre mesa comedor o sofá con sillones y en el dormitorio sólo podés poner mesas de luz del ancho de una caja de zapatos.
Estaba por irme a dormir convencida que nada más podía sucederme en ese día cuando los mosquitos invadieron la casa. No llegan palomas ni gorriones pero estos vampiros de la noche salpicaron el techo, y me atacaron en manos, cuello y piernas. Busqué infructuosamente un repelente en todos los armarios cuando un ruido me sobresaltó: la pileta de la cocina se había desplomado con vasos, copas, platos y cacerolas que se desparramaron por el piso. Había, siempre hay, algo más por romperse.
Me hubiera metido debajo de la cama, pero ni eso. Con el asunto de los sommiers ni siquiera se puede pensar en ese refugio. (¿Quién inventó eso del sommier que no permite meter valijas y trastos debajo de la cama y menos aún, esconderse?
Ya en la cama, con la almohada bajo mi cabeza, di gracias. Sí, gracias a la vida por tener un lugar en el mundo, un baño con una ducha loca, una cocina con una hornalla, un ropero que golpea sus puertas con el viento, un extractor que hace ruido y un balcón donde se vuelan las macetas y los malvones derrapan de lado a lado en las tormentas. Gracias por el techo y la cama, por el agua y el jabón, por tener sábana y mantel, como decía aquella canción de María Elena Walsh: *“Sábana y mantel. No te los dan en la cárcel, y por más que te los den, en el destierro no suelen aliviar sueño ni sed, porque no saben la historia escrita sobre tu piel.”*
Gracias por poder escribir en esta piel de papel una historia, que alivia sueño y sed.

Cupido llegó a mi jardín

Mi gata está en celo. “Tenés que castrarla -me alertaron amigos y vecinos- mirá que el celo dura muchos días y no te va a dejar dormir”. Sin embargo, por ahora, estoy fascinada. Mi gatita, jaspeada en amarillo y negro como un felpudo, ha resultado de lo más exitosa.
El otro día, mientras tecleaba en mi computadora, la veo revolcándose en el suelo para aquí y para allá, acariciando las baldosas con sus mejillas y mirando hacia mi ventana.
Ahí descubrí, a un costado, un robusto gato gris, perfectamente sentado, con sus dos patitas hacia adelante, de tal forma que las rayas pasaban de una pata a otra con la prolijidad de la obra de un eximio dibujante.
El gato gris miraba alternativamente las expresiones seductoras de la gata -que ya no sabía que hacer para atraerlo- y a mí. Sin duda mi

presencia lo intimidaba porque está acostumbrado a que lo eche de mi jardín, cada vez que lo veo rondando por allí, para que no se coma la comida de mi gata.
Entonces, con discreción, cerré la cortina. “Las parejas necesitan su intimidad”, pensé. Pero como buena “mamá de la nena” dejé entreabierta apenas la cortina, como para vichar qué pasaba.
Fue como una señal. Él avanzó sobre la gata mordiéndole el cuello, una y otra vez, hasta que por fin pudo subirse. Ambos buscaban el encuentro con frenesí (diría una novela de Corín Tellado), hasta que por fin lo lograron.
La gata gimió tan hondo, tan profundo, tan doloroso y tan dulce, que el sonido atravesó los cristales, subió por la ramas de los árboles, se introdujo en los balcones vecinos y llegó a golpear las campanas de la Catedral que sintieron celos de su agudeza.
Entonces fue cuando empecé a pensar si la gente se queja porque los gemidos no dejan dormir o por envidia.
Mi tesis es que, en las ciudades, los sonidos de la noche que hablan de libertad y de amor, se chocan contra las paredes, se distorsionan y penetran en los apacibles, sosegados -y por qué no, dominados- vecinos como un escalofriante llamado a volver ser lo que fuimos: seres en libertad.
Me fui en estas elucubraciones y cuando volví a mirar por la ventana la gata lo estaba echando como enojada.
“Me parece muy bien“-me dije, como si a mi gata podría importarle algo mis opiniones. A mí no me gustan nada los gatos grises. Para “la nena”, me gusta un gato negro con pechera blanca, grande y peludo, que se pasea, de vez en cuando, por los muros de mi jardín, con estilo elegante y porte digno y orgulloso.
Como si me hubiera escuchado y quisiera complacerme, al otro día, cuando el sol se filtraba por las ramas del níspero, dándole un color casi rosado al patio, veo al espléndido gato negro sentado junto a ella.
Ambos miraban hacia el parrillero como si fuera una televisión o una estufa de leña. El banco de plaza gris cemento, donde se habían ubicado, venía a ser el sillón del living. Las cabezas, a poca distancia uno del otro, parecían unidas dibujando el perfil de una cordillera o una guarda para ser pintada en un jarrón artesanal: oreja, cabeza, oreja -espacio- oreja, cabeza, oreja.
Vistos desde atrás, donde yo estaba, con las orejitas paradas, y la cola hecha un ovillo, daban la impresión de una simétrica y sensual escultura de Auguste Rodin.
Nada más parecido a una escena hogareña. ¡Me hice una ilusión! Seguro que tendrían gatitos negros y blancos, peludos y mullidos, como a mí me gustan.
Ahí me di cuenta que estaba “gagá”, pensando como una típica suegra.
Si me pasaba eso con la gata, a la que quiero elegirle el novio pensando en los nietos que voy a tener, no quiero imaginarme lo que haría con una hija.

“Es exactamente así -me contestó Susana cuando le conté- una siempre tiene un “candidato” para la nena y la nena siempre elige a cualquier otro”.
Me acordé de mi amiga Mirtha. Ella quiere casar a “la nena” con alguien estable y trabajador y la nena, claro, siempre elige lo contrario. Si por casualidad elige a alguien que cumple con todas las condiciones, seguro que le cae mal.
No sé si hay una ley de Murphy, pero podría ser: ”los yernos nunca son lo que nosotras esperamos y cuando lo son: nos molesta muchísimo más.”
Hay un viejo y sabio chiste judío que dice:”¿Sabe por qué se dice nuera? Por que ***no era*** lo que yo quería para mi hijo.”
Sufro por mi gata. No solo por lo del candidato, que bastantes zozobras me produce, sino también porque las vecinas se quejan de sus maullidos y la critican diciendo: “no tiene hora para hacer esas chanchadas”.
¿Será posible que hasta a la gata la critiquen por hacer el amor a cualquier hora y en el lugar que más le de la gana?
Ya decía William Reich, allá por los años treinta, que hacer el amor era la única manera de hacer la revolución.
En fin, no me molestaron los ruidos, al contrario, me hicieron reflexionar.
El amor complace, entretiene, divierte, incentiva, ayuda, consuela pero también hace sufrir, digámoslo más precisamente: duele.
Casi siempre construimos una caparazón para ocultarnos del otro y de uno mismo, jugamos a que estamos pero no estamos. Y cuando se rompe ese caparazón y brota el amor, algo se desgarra, esa estructura que nos sostiene en el cada día se desmorona. Y eso: duele.
O tal vez sea que duele simplemente saberse dos, necesitarse, perder el límite de nuestro cuerpo, echar raíces en un corazón ajeno, depender del otro como del oxígeno, sentirse al borde de la muerte ante un posible abandono, o un descuido.
No sé, me parece. En realidad, de estos temas del amor no sé nada, y por eso voy a la psicóloga: para que me explique y me enseñe dónde está ese famoso músculo del amor.

Las mayúsculas

- Yo escribo todo en mayúscula para no complicarme -dijo Patricia mientras mirábamos el atardecer en Punta Ballena, compartiendo un mate.
-¡Pero parece que estuvieras gritando! –protesté-. En los textos solo se usa mayúscula cuando es una sigla, o para resaltar un grito como ¡PAREN! , por ejemplo.
-A mí no me importa -respondió tan dueña del idioma como de su casa o de la manta tejida a mano sobre la que estábamos sentadas.
Me quedé pensando si eso de escribir todo en mayúscula era una nueva moda y yo una retrógrada, de la época de los dinosaurios, o

era sólo un capricho de ella. El idioma cambia con el tiempo, se adapta a las nuevas costumbres, refleja los cambios sociales. ¿Me habría quedado yo en el pasado?
Al fin y al cabo, me acababa de enterar de algo que me dejó mucho más perpleja. Alguien me comentó que en algunas escuelas no se enseña más a escribir con letra cursiva. ¿Qué de aquellos cuadernos que nos marcaban con un sub renglón hasta dónde debía llegar la curva de la “a” o las de la “n”? ¿Y qué de los ejercicios de caligrafía que nos hacían hacer para que tanto la “t” como la “l” tuvieran la misma inclinación? Pasaron a la historia; seguramente, si pregunto en una librería, se reirán de mí como la última vez que fui a comprar un papel “secante”.
-¿Un qué? -preguntó el vendedor apurado por una larga fila de estudiantes que salían de clase.
-Un papel secante para cuando se me cae una mancha de tinta -expliqué-; y al mismo tiempo, me daba cuenta de que la única lapicera a tinta que tenía me la habían regalado unos diez años atrás y ya no había repuestos para recargarla.
Pero volviendo al tema de usar letra de imprenta. Yo me quedé aterrorizada con la noticia. ¿Cómo podía ser que la humanidad no volviera a escribir en letra cursiva? ¿Qué pasaría con los manuscritos que guardan las bibliotecas de los más grandes escritores de la humanidad? Las nuevas generaciones no podrían leerlos, peor, no podrían disfrutarlos y distinguir, en el trazo, el estado de ánimo, la personalidad, hasta la bronca o el amor que inspiraban al autor. Apenas entenderían las frases o las palabras acotadas en los bordes de los libros, ya no digo por los grandes pensadores, sino por sus propios padres o abuelos. ¡Qué tristeza tanta letra desvaneciéndose en el olvido de la gente!
En mi caso, las notas escritas a mano que dejó mi padre en artículos periodísticos o en libros, me han sido de enorme ayuda. A veces tengo que escribir sobre un tema para un diario y voy a los libros que él leyó, subrayó y comentó en sus márgenes. La nota se escribe sola, salteo tranquila todo lo que no lo motivó y voy al grano. Pero sobre todo, sucede algo maravilloso: es como si estuviera charlando con él, como si escuchara sus consejos y opiniones, después de tanta ausencia. Una charla entre dos mundos por un puente que sólo se puede tender entre dos almas gracias a esa letra cursiva que se lee mal y cuesta interpretarla.
Y siguiendo con la duda. ¿Qué será de la correspondencia? Mi hermana mantuvo una relación de amistad durante muchos años con un matemático hindú, y casi veinte años después, ya casado y con hijos, vino al Río de la Plata y se conocieron personalmente. Para mí era como un milagro que existiera en la vida real.
Mi amigo Javier pertenecía a un grupo cuyo fin era enviarse cartas y así encontrar amigos en otras partes del mundo. Él tenía uno en París que le contaba de la ciudad y sus costumbres y hasta se mandaban fotos para conocerse. Una suerte de *feisbuc* a pedal.
Ahora, escribiendo con tantas nostalgias del pasado, me doy cuenta. Hoy los chicos no se escriben cartas sino que “chatean” o entran en

las redes y conocen la infancia, la familia, los amigos y hasta al perro del otro. Ven las fotos del cumpleaños y de las últimas vacaciones. No necesitan que nadie les envié postales porque entran en Google Maps y no solo conocen la ciudad sino que pueden ver hasta las paradas de ómnibusSi por casualidad leen algo que no está en la computadora, como libros o diarios, también están en letra imprenta.
La cursiva ha muerto. Al menos está en vías de desaparición. ¡Con lo bello que es su trazo!
Hecho el duelo por el final de la letra cursiva, vuelvo al comentario de Patricia con respecto a escribir todo en mayúscula. Varios meses más tarde, cuando ya el sol se oculta entra las sierras y hace mucho frío para quedarse en la Ballena al atardecer, me entero por mi amigo Javier, (el mismo que escribía cartas a París), que entre las normas de uso de internet, en 1995, se estableció que poner todo en mayúscula es como estar gritando.
¿Normas de Internet? ¿Quién le presta atención cuando *gemeil* acaba de confesar que testea los contenidos de nuestros correos y se han producido más de un escándalo por el espionaje en la red?
Bueno, parece que, cuando recién apareció esta nueva herramienta de comunicación, crearon las normas para actuar en la red, como hay normas de etiqueta para los actos oficiales, o las fiestas de gala. Se trata de una suerte de manual al que llamaron Netiquette nombre que surge de combinar la palabra “etiquette” del francés, con “net” que en inglés refiere a la web o a la red. Si los yankees son los dueños del dólar, los franceses lo son de las normas de etiqueta y los buenos modales.
Netiquette estableció 10 normas básicas, entre ellas algunas tan obvias como la Regla 1: Nunca olvide que la persona que lee el mensaje es en efecto humano, con sentimientos que pueden ser lastimados. Otras bastante hipócritas como la Regla 5: Muestre el lado bueno de su persona mientras se mantenga en línea. Y la única que para mí vale la pena la Regla 3: Escribir todo en mayúsculas se considera como gritar y además, dificulta la lectura.
Pero faltó una. Yo sumaría la Regla 11: no mezcle tipos de letra, tamaños y colores si no es con un significado preciso.
Cada tipo de letra indica un tono, un estado de ánimo, una forma de decir, y cada color también tiene un sentido. Es como si alguien llamara por teléfono y pasara del susurro al hablar pausado, intercalando gritos, tonos jocosos, irónicos, despectivos, sin ninguna relación con el relato.
En definitiva, como verán, este tema de las mayúsculas no resultó un tema minúsculo.

El sonajero

La culpa la tiene el sonajero. Hoy, en el subte, venía una familia con cuatro hijos en escalera, con uno o dos años de diferencia entre uno y otro. La menor, de apenas unos meses, empezó llorar y la madre sacó

un sonajero para calmarla. De inmediato la niña dejó de llorar. Ahí entendí.

Un poco más temprano había estado en un shopping dónde la música aturdía y la gente gritaba para comunicarse. En el momento en que estaba pagando, apareció un grupo de diez o doce chicas, en short, bailando, y se instalaron en la escalera entonando una canción que decía algo así como *“el shopping es sensacional, el shopping es lo mejor, compre, compre, compre, no deje de comprar!”*. Seguramente con otras palabras.

Yo estaba aturdida, no entendía lo que me decía la vendedora. Me quejé de la ruidosa promoción y en medio del barullo alcancé a escucharla cuando me dijo: “lo que pasa es que donde hay ruido la gente se acerca”.

A la noche, cuando en el subte la niña se distrajo con el sonajero, entendí: desde muy chicos nos distraen con ruido. Si cuando un chico llora le ponen un sonajero y se calma quiere decir que el ruido lo saca de su pesar, le calma el dolor.

El ruido actúa, entonces, como una droga, y seguramente nos volvemos adictos desde muy pequeños. Me recuerda la angustia que sintió mi ex marido una tarde que se quedó solo en mi casa en el bosque, frente al Arboreto Lussich. El silencio le producía tal angustia que agarró sus cosas y se fue, solo, caminando, barranca abajo hasta la carretera. “Yo necesito estar frente a una avenida donde se sienta lo que está pasando”, comentaba entonces, a fines de los noventa, cuando recién había llegado a Maldonado.

Tal vez por eso Buenos Aires sea tan ruidosa. Los motores de los colectivos se escuchan desde un piso catorce; el recolector de basura, que da vuelta el conteiner con una moderna maquinaria, resuena a la madrugada entre los edificios con luces apagadas.

La gente se sienta a tomar algo en la vereda, a la hora pico, tipo seis de la tarde, y el chirriar de los frenos hace temblar las copas o el alma, o las dos cosas.

A mí me hace mal el ruido y ahora entiendo por qué: me distrae de mi misma, me saca de mi veta, me impide escribir o concentrarme en mi trabajo,

Pasan horas y días sin que pueda sentarme a la computadora, empujada a la exterioridad, al consumo, a la acción, al interés por lo que sucede afuera: el ruido.

Siento que nunca tengo tiempo, que tengo que leer tres diarios, escuchar radio de mañana, ver TV de noche, enterarme de la música que hace el grupo Chicana y no perderme los documentales sobre los treinta años de democracia que dan en la TV pública.

Me pregunto si podré soportar la sobrecarga de información que me llega por mail, y muchas veces renuncio a entender algún debate porque no me da más la cabeza.

Me pregunto si es coyuntural, porque en Argentina hay elecciones o si el mundo realmente está cada vez más superficial, las cosas suceden más rápido, y la violencia se instaló como forma de comunicación en la sociedad.

No sé los demás, pero yo, al menos, necesito el silencio para poder escucharme y no disfruto una cerveza en la esquina de Santa Fe y Coronel Díaz a las seis de la tarde.

Crisis de las computadoras

En 1962 estalló la crisis de los misiles en Cuba, cuando Estados Unidos descubrió bases de misiles nucleares soviéticos en territorio cubano. Esto no es lo mismo, no hay potencias mundiales en pica, no está en juego la vida de nadie. Lo mío no es con misiles, sino con computadoras, y lo único que está a punto de estallar son mis neuronas.

Lo que me hizo acordar a esa famosa crisis de los años sesenta fue el hecho de que los protagonistas no son personas, ni países -como ahora la Crisis de Ucrania- o zonas geográficas como la Crisis de Medio Oriente sino aparatos, máquinas hechas por humanos que pasan a dominar nuestras vidas, de tal forma que el bien o el mal, la continuidad o no de nuestro apacible derrotero por el mundo depende de que ningún botoncito vaya a fallar y descontrolarse. O sea: estamos en sus manos -o más bien en sus teclados- y por culpa de ellas en pocos días, todo puede cambiar y ponernos el alma en vilo.

El otro día salí corriendo a una reunión de producción de la radio y, como soy la encargada de mandar luego el resumen de lo que se decidió, agarré mi computadora portátil, recién comprada y con solo un par de cuotas pagas, y me la llevé.

Llegue al bar “La Dignidad” -vaya nombre- y, como siempre, pedí un café con leche, abrí la compu y me dije “por fin voy a mandar el informe temprano, llego a casa, lo corrijo y lo envío”.

Llegaron los compañeros, el café con leche, las medialunas, y cuando voy a agarrar mi taza algo pasa que su contenido fue a parar de lleno al teclado de la computadora. En el acto dejó de funcionar y por más que la puse boca abajo, la limpié y la sacudí no volvió a prender.

Volví en el ómnibus y la gente se daba vuelta por el olor a café con leche que salía de la computadora. El técnico me aconsejó: “no la prenda, no la enchufe, y déjela que se ventile, si es posible al sol”. Allí quedó tres días ocupando un lugar central en el sofá de casa y de a ratos en el balcón, aireándose como si fuera un enfermo al que hay que sacar a tomar aire. Así de sumisa mi dedicación.

Cuando vino a verla la auscultó, la abrió, la limpió, y la compu prendió y hasta llegamos a sacar la información del disco duro, pero el teclado nunca funcionó, murió, pasó a mejor vida.

Muy amable el hombre, y conociendo mis necesidades -vivo prendida a la computadora- me dejó una portátil nueva, supongo que con la secreta intención de que si la mía no sobrevivía a este shock, se la comprara.

Feliz me fui a la cama y me llevé la flamante compu, más grande y más bonita que la mía, para leer mail y ponerme al día.

Cuando me voy a dormir la apoyo delicadamente sobre mis zapatillas para que no quede contra el suelo. Mal hecho, ese ligero equilibrio en que quedó hizo que, al levantarme, la tocara apenas con el pie y

¡Zas!, se sintió un claro ruido de que algo se había quebrado: la pantalla.
Desesperada la llevé a la empresa porque todavía estaba en garantía. El empleado, con la mayor elegancia del mundo me explicó que la garantía es por defectos de la computadora no de la gente que les camina por encima.
Bueno, nada que hacer.
Me acordé que yo tenía algunas soluciones de salvataje previstas. Una era una pequeña *netbook* de color rosa bebé, que me había traído una amiga de un viaje y que siempre me dio un poco de vergüenza usar por el color, y que además ahora están en desuso, aplastadas por el avance de las *tablet* y de los teléfonos con internet; y la otra era una viejísima *notbuc* que había decidido guardar cuando empezaron a fallarle algunas teclas y antes de que ella me dejara a mí varada en una esquina y con toda la información adentro.
No hubo caso. Fue encenderlas y que aparecieran dibujitos de alarma, cuidado, atención y peligro. Quedé paralizada. Luego de haber liquidado livianamente dos computadoras nuevas, no me iba a jugar lo que me quedaba a salvo usando esas pantallas que parecían campos de batalla minados.
Ahora sí lo de las computadoras empezaba a parecerse a una guerra. Ya desterrada, sin lugar donde escribir, empecé a girar por los Cyber cercanos, perseguida por la hora de cierre, ya que prefiero la noche para concentrarme y acosada por el frío y el viento. Sin siquiera un café caliente para suavizar la noche: era el destierro, el exilio. Está vez eran las computadoras las que se habían confabulado en mi contra. Ellas, que son como una prolongación de mí misma, me estaban traicionando… ¡y en bloque! Ni la vieja Toshiba respondía. Ninguna consideración. A mí, que empecé con la Comodore 64 en el año 1983, cuando la democracia asomaba en la Argentina, y me habían enviado como corresponsal de diarios uruguayos a Buenos Aires.
Nada. Treinta años de fidelidad militante tras el teclado, siendo avanzada en la primer IBM portátil, con impresora adosada, y a la vanguardia de cada nuevo sistema que se imponía en el mercado, de nada servían a la hora de la verdad. La tecnología se está independizando de los seres humanos. Al menos -seamos menos dramáticos- la tecnología que yo uso, se está independizando de mí.
Siempre fui fiel a las nuevas tecnologías, no por amor a los fierros, sino porque tengo muy mala letra y ni yo me entiendo. Por eso pasé, también, por todos los modelos de agenda Casio hasta que se fundió la empresa en ese rubro y tuve que mudarme a la Palm, con ese ridículo palito que me hacía la vida imposible. Imagínese: teléfono púbico, auricular en la oreja, cartera en el hombro, monedas o tarjeta en una mano y en la otra la agenda. ¿Y el palito? ¿Dónde ponía el palito?
Por suerte esa moda duró poco y aparecieron los super celulares, con agendas que se vinculan automáticamente con la agenda de la computadora y te llena el celu de direcciones inservibles.

“Tenés que comprarte el IPhone” -me dicen, pero yo ya no creo más en las vanguardias. Extraño a mi viejo Nokia que era solo teléfono y tenía sólo los números que usaba.
Desahuciada, con el último suspiro y a poco de resolver irme a criar gallinas a Rocha, apareció mi técnico otra vez. Me dio el diagnóstico de ambas computadoras: la net y la *notbuc* tenían la fecha y el antivirus desactualizados.
La crisis parece contenida, por ahora.
Por lo menos hasta que llegue la factura de la pantalla rota, que tendré que pagar rigurosamente y vea quién me puede arreglar el teclado de la mía o consiga comprar en cuotas otra.
Por lo pronto ni net, ni not. En un ataque febril y desatinado de tradicionalismo quiero volver a la computadora de cuerpo que nunca voy a poder llevar, aunque quiera, a tomar desayunos por ahí, por muy digno que sea el bar.
Sí, reconozco, me ganaron la batalla, me aplastaron la vocación de vanguardia y ahora tengo un solo y reaccionario deseo: ¡POR FAVOR QUE LAS COSAS SE QUEDEN QUIETAS Y NO CAMBIEN MÁS!

Composición tema “La vaca”

No sé ahora, pero cuando yo iba a la escuela era infaltable que alguna maestra nos pusiera como tema de redacción “La vaca”; y claro, los chicos sabíamos, como seguramente los chicos rioplatenses de ahora también saben, un montón de cosas sobre las vacas.
Sabemos que muge y como lo hace, sabemos que come pasto, hasta algunos saben que, como todos los rumiantes, tiene cuatro compartimentos en el estómago, pero sobre todo sabemos que nos da leche, y con la leche hacemos quesos de lo más variados y conocemos sus ubres con cuatro tetillas, mejor que las de nuestras propias madres.
Hasta tiene un canción “*Tengo una vaca lechera/no es una vaca cualquiera, ¸me da leche merengada, (o condensada) /Ay! que vaca tan salada, /tolón tolón, tolón tolón*”, que la cantaba desde mi abuelita al Topo Gigio.
En fin, sabemos casi todo de ellas, como de las ovejas, que además de leche fresca y riquísimos quesos, nos dan lana, la fibra que abrigó a la humanidad e impulso la revolución industrial, ni más ni menos.
Lo curioso es que ellas, la vaca, la oveja y la otra privilegiada de la granja, la yegua, son los únicos mamíferos feministas. Sí, feministas, porque no se las conoce por ser la versión femenina del toro o del cordero o del caballo. No se dice la tora, la cordera o la caballa como, en cambio, se dice la osa como femenino del oso, la perra del perro, la gata del gato…. y así podemos seguir con todos los mamíferos. A nadie le importa si el que salta en una liana de un árbol a otro es un mono o una mona, o si la trompa es de un elefante o de una elefanta.
Lo que me parece que sucede, es que los seres humanos siempre miramos al mundo desde nuestro propio interés, en especial el alimenticio. Entonces enfocamos muy en detalle la vida y costumbre

de las vacas, ovejas, gallinas, y animales que nos dan de comer y les dejamos un genérico, por lo general masculino, a todos los demás. Por suerte los humanos también nos diferenciaron entre hombres y mujeres, aunque nos tratan un poco peor que a los caballos porque caballos y yeguas en conjunto se llaman “equinos”, o que a las vacas, cuyo genérico es “vacuno” (derivado de vaca, parece) o que a las ovejas y corderos a los que le llaman en conjunto “ovinos” (de la misma raíz que oveja, sin duda)
En cambio mujeres y hombres, en conjunto, somos hombres; al menos cuando se dice “el hombre conquistó la Luna”, “el hombre va en camino de su destrucción”, “los hombres son de carne y hueso”, “el hombre es un ser superior”. Tenemos el genérico Humanidad o seres humanos que también se le parece bastante a hombre.
Esta no es una protesta feminista. Es sólo que a veces me siento enredada en el lenguaje y se me ocurre preguntarme esas cosas. ¿Por qué a la gallina le han hecho una canción tan desdichada?:

Mi vecina ha comprado una gallina /que parece una sardina enlatada./

Tiene las patas de alambre/porque pasa mucha hambre /y la pobre está todita desplumada.

Pone huevos en la sala/y también en la cocina /pero nunca los pone en el corral.

La Gallina Turuleca! es un caso singular. /La Gallina!! Turuleca!! está loca de verdad.

La Gallina Turuleca /ha puesto un huevo, ha puesto dos, ha puesto tres.

La Gallina Turuleca /ha puesto cuatro, ha puesto cinco, ha puesto seis.

La Gallina Turuleca /ha puesto siete, ha puesto ocho, ha puesto nueve.

Dónde está esa gallinita,/déjala a la pobrecita, déjala que ponga diez!

Caramba, ¿no les parece muy parecido a lo que se dice vulgarmente de las mujeres que, flacas o no, tienen sus hijos dónde y con quién les da la gana y no en el corral?
Yo debo andar medio perseguida. Tal vez porque ahora el movimiento feminista tiene otra fuerza y la violencia contra la mujer nos sacude cada pocos días con una noticia en el diario. Cuanto más pienso en el tema más cosas me saltan a la vista. Es probable que si sigo meditando sobre la cuestión es que digan que soy una Alejandrina Turuleca, pero no me importa.
Yo pienso, y no puedo dejar de hacerlo. Por ejemplo los animales que más femeninos usan en el genérico son los insectos: la hormiga, la araña, la mariposa, la langosta, la abeja, y confesemos que también en ese reino las hembras cumplen un papel mucho mejor que las mujeres en la sociedad. ¿Qué me dicen de la abeja reina, que es la única fértil y pone huevos que dan origen a abejas infértiles que trabajan pero no tienen bebés de quienes ocuparse; y zánganos que

son fértiles pero inútiles? ¿Les suena esto: Mujeres trabajando y hombres fecundando?
Ni hablar de las arañas. Hay una especie llamada araña lobo que se come al macho luego de aparearse, pero algunas son tan selectivas (“agresivas” según los científicos) que se lo comen antes porque la anda molestando y a ella no le gusta. ¡Vamos todavía, araña! No pueden violarla a riesgo de caer muertos en el acto.
Por eso, cada vez que alguien dice que tal o cual cosa en materia de apareamientos, es lo “natural”, me pregunto de qué parte de la naturaleza estará hablando. Las leonas salen a cazar y alimentan a los hijos y a los leones antes de comer ellas mismas. Ejemplo también muchas veces visto entre este vecindario. Y los pingüinos y otros pájaros incuban los huevos cuando la hembra sale a buscar alimento, ejemplo mucho menos visto en el vecindario.
Después nos quejamos de que los periodistas no son objetivos, nos quejamos de las injusticias interfamiliares y sociales, y ni siquiera en un libro de escuela para niños podemos mostrar el mundo “objetivo”, y menos, claro, un mundo igualitario y solidario como el que soñamos.
Caramba.

Alto el piso

El otro día salí de mi casa con una larga lista de cosas para hacer: pasar a buscar un control remoto de emergencia porque el mío se había roto, buscar las botas por la zapatería, hacer copia de la llave, bajar unas fotos a papel, ir al dentista…. Cuando llegué al consultorio, mi dentista justo se había desocupado, así que en el mismo envión en que venía pasé al sillón de las torturas y aún agitada le conté los avatares de mi día.
“Ah! venís alto el piso” -me dijo, mientras me cerraba en el cuello el enorme babero y me obligaba a callarme y abrir la boca (creo que ya dije que es la única persona que ha logrado dejarme con la boca abierta y sin poder contestar).
Antes de pasar a silencio obligatorio y mientras preparaba sus instrumentos de tortura (finamente consideradas herramientas de trabajo), alcancé a preguntarle qué quería decir con eso de “alto el piso“.
Me explicó que es una expresión local, que se refiere a ese estado corporal y anímico que se produce cuando uno está a mil, corriendo de un lado a otro, sin querer perderse nada, apenas atinando a coordinar una acción con otra.
Me pareció muy apropiado porque cuando uno está cansado o deprimido se dice qué esta “bajoneado” y los amigos te dicen “¡Qué bajón, flaca!” da para pensar que hay como un tema de alturas en los estados de ánimo.
Parece que hubiera una línea de equilibrio, un estado neutro en el que nuestro cuerpo va a la altura normal, digamos: metro y medio, por decir algo, un bajo fondo por el que nos arrastramos cuando la pesadumbre, el desamor o la tristeza nos abaten, y un estado

superior más alto, al que se accede cuando la vida te acelera y por dónde transitan los espíritus inquietos.
La expresión me hizo acordar a esos maestros de artes marciales que van apenas tocando las ramas de los árboles, como flotando y que siempre me recuerda esos días en que me siento liviana de equipaje y el mundo me parece un parque de juegos.
Transitar alto el piso me recordó también el personaje de un cuento, de un autor italiano, que había decidido vivir sobre las ramas de los árboles y cuando traté de encontrar semejanzas en el todopoderoso *gugle*, me encontré que hay cabras en el valle de Souss, en Marruecos, que como no hay pasto en el suelo se suben a los árboles para comer sus hojas.
La imagen de las cabras sobre las ramas del árbol me pareció lo más parecido a una fotografía de las almas de los que circulamos por la calle Sarandí o Gorlero en horario bancario. Y me siento como El Principito sin poder dibujarlo. (Es probable que si lo intento me salga un sombrero en lugar de la boa comiendo un elefante, como le pasó a él.)
Otra de las expresiones locales que no tienen mucha explicación es la de encontrarse “en la vuelta”, como si fuera la “vuelta al perro”, recorrido a paso de hombre que en Punta del Este se hacía por la Gorlero, bajando por la 20 y retomando por la 31 en donde El Mejillón congregaba a los habitués del balneario, pero que en cada pueblo tiene su propio recorrido.
Encontrarse en la vuelta, todavía hoy tiene sentido, en Punta del Este al menos. Es encontrarse en alguno de los bares de Gorlero, a la tardecita, después del horario de bancos, en alguna de la inmobiliarias en las que el café no se hace esperar o en los anaqueles de la Librería el Virrey dónde a algunos nos gusta perdernos, curioseando títulos de novelas, leyendo de reojo libros de historia, o deteniéndose en un poema de un autor que nos recomendaron.
Pero Internet está destruyendo esos espacios de encuentro. Los trámites bancarios ya se hacen la mayor parte por la página web del banco y los precios de las propiedades se consultan en los tantos sitios creados para encontrar lo que uno busca. Lo que no podrán hacer nunca es pasarnos los últimos chimentos.
Eso, el dato de lo que subieron los terrenos en tal o cuál zona, o de quién compró tal predio para construir un hotel y se clavó porque no tiene autorización municipal, eso no lo da *gugle*, ni “alquilaencasa”, ni Mercado Libre, eso tampoco se publica en *feisbuc* y nadie lo dice en *tuiter.*
Todavía hay una cierta vergüenza en pasar datos sobre las actividades económicas de los vecinos. Parece que da mucha más vergüenza hablar de la febril actividad de los mercados que de la actividad sexual, por ejemplo. Curiosas las timideces de nuestro tiempo.
Incluso a mí me pone nerviosa señalar esto porque me parece que apenas lo lea alguien que sepa de programación creará una App para que te notifique cada actividad de compra-venta que suceda en Maldonado, y ese rincón aún oscuro de la vida pasará a estar también

en las redes y a ser comidilla de los usuarios de *feisbuc*. Aunque no es un tema que me interese pensar que aún hay algo que no figura en Internet, a lo que no ha tenido acceso *guglemaps*, que se mantiene semioculto, me sabe a victoria de lo humano ante el avance incontrolado de la informática. Y confieso, me dan ganas de encontrarme con amigos en la vuelta y andar de nuevo “alto el piso“, les juro.

Contraseñas y señales

Cuando fui a Buenos Aires, me quedé en la casa de una amiga y abrí mi correo electrónico en su computadora; pero cuando salí me olvidé de cerrar sesión y al día siguiente me llamó la dueña de casa desesperada: “¡Tengo 9.400 correos en mi Archivo! -me dice con una voz de angustia como si se le hubiera llenado el cuarto de hormigas o la cocina de cucarachas- y en la casilla están mezclados los tuyos con los míos así que ni siquiera puedo borrártelos!”- agregó.
A la noche me fui a su casa con unos chocolates y muchísima paciencia, paciencia obtenida en una subasta de virtudes fuera de uso. Ella intentó resolverlo y la dejé ir y venir de un control a otro, abriendo y cerrando, mostrando el caos que había provocado mi aparición en su correo.
Tomamos sopa de verdura, comimos chocolate y con la panza llena y el corazón contento me metí a incursionar. Su programador le hacía llegar todos los correos a una misma bandeja de entrada para que pudiera manejar desde allí tanto temas personales como laborales y al agregar mi correo este se sumó a los que ya estaban funcionando: bonita ensalada. Entonces volví a poner mi contraseña para entrar y el policía oculto de *googl*e saltó con un anuncio en mi celular que decía “Están abriendo su correo en otra computadora ¿Es Usted?“. Solo dije “no”, y de inmediato todos los correos míos que estaban en la compu de mi amiga volvieron a casa, como por arte de magia y el alma de mi amiga, que ya estaba golpeando el techo para querer salir al cielo, volvió a su cuerpo. Todo se normalizó y pudimos tomar un café en paz. Por primera vez me sentía “amiga” del policía de *gugle* porque hasta ese momento solo había servido para complicarme la vida cuando viajo y quiero abrir mi correo en alguna otra parte que no sea mi casa o mi oficina.
Hasta ahí feliz, pero cuando volví a casa y quise entrar en la página de ANTEL para agregar un “número gratis”, me pidió la contraseña, que por supuesto no me acordaba y que, por alguna razón que me excede no estaba puesta de forma automática. Entonces decidí no hacerme mala sangre y dedicarme a otra cosa, por ejemplo: sacarme de encima un problema pendiente en el exterior para lo cual tenía que hacer un llamado internacional a través de *eskaip.* Para mi sorpresa: otra vez la compu había olvidado la contraseña. Como si, de golpe, todas las contraseñas se hubieran borrado. No seguí intentando con BPS, o BROU porque solo cambiar la contraseña de *eskaip* me había comido un buen rato.

Uno de los problemas de la tecnología es que ahorra mucho tiempo cuando funciona pero consume mucho tiempo y dinero lograr que funcione bien. Cuando te parece que todo está en orden, que por fin lograste la manera de archivar las fotos, de hacer los respaldos, de entrar a Mercado Libre y al diario del día, algo se descompone.
En mi caso, antes que las máquinas, suelo descomponerme yo. Si, por ejemplo, me agarra el ataque de no tener una copia a resguardo, vuelvo a copiar todo el disco duro de mi computadora a un disco externo pero después vuelvo a poner todo en la compu, por si acaso, y entonces me quedan carpetas repetidas: “cuentos a concurso” adentro de una carpeta de “cuentos concurso” adentro de otra carpeta que se llama ¿Adivinen? si, no se equivocaron “cuentos concurso”!
Pero volviendo a mí día negro, ese día en que tuve una pulseada, mano a mano, con las contraseñas y me ganaron en el primer round por knock out.
Después de lograr comunicarme con el exterior, me mandaron un mail explicándome todo y muy entusiasmada empecé a redactar mis dudas, mis preguntas, mis comentarios hasta que me di cuenta que la dirección de correo decía *no-reply*.
Eso del *no-reply* se lo han tomado en serio, no solo las empresas que te mandan información sino también algunas personas a las que por más que intentes hacerles entender algo parecen tener incorporado en su sistema el “no reply”.
Ni hablar de los empleados de variados acentos latinoamericanos, -menos el nuestro- de la sección Atención al cliente de las empresas o de los funcionarios de algunas áreas del Estado que tienen incorporado en su chip el *no-reply* o sea: no te molestes en explicarme porque no te voy a dar bola.
La última novedad en materia de contraseñas me la acaba de contar un amigo: la nueva Cédula de Identidad tiene un chip y también hay que ponerle cuatro dígitos de contraseña. ¿Para qué? ¿Pasaré por Migraciones, y además de poner el dedito en el aparato que toma la huella digital y de sonreír de la mejor manera posible ante la camarita redonda, ahora tendré que poner una contraseña para que sepan que yo soy yo y que mi dedo es mi dedo?
Ahora ni siquiera hay, en algunos puertos, un empleado de Migraciones que mire tu documento y tu cara para ver si coinciden. Todo sucede en un corto pasillo vidriado en el que hay que poner el dedo para entrar y sonreír a la cámara al salir sin ver a nadie, sin un “Hola”, sin el “Buen día” con que algunos todavía tratamos de sentir que somos humanos.
Se acabó eso de entregar un cheque con una firma sin poner huella digitales, ni contraseñas, ni tarjetas magnetizadas o desmagnetizadas. L a desconfianza crece y con ella las medidas de “seguridad” de los paranoicos y de los inseguros. A mí nunca se me hubiera ocurrido todo ese sistema de complicados cerrojos para que, al fin y al cabo, la única que no pueda entrar en mi cuenta sea yo.
Un amigo tenía en su casa una cerradura con código y cada vez que tomaba una copa de más se quedaba a dormir en el quincho.

En mi caso es tal el caos, que tengo que recurrir a un papelito que llevo en otro lado, porque sería ridículo llevarlo con mis tarjetas de Débito, o con la llave de casa que tiene una alarma también con contraseña. Cuando hay que cambiar alguna, cada cuatro meses, como te piden a veces los bancos, “por razones de seguridad” cambio siempre la misma letra o el mismo número, por ejemplo, el tercero contando de atrás para adelante, para no hacerme lío, hasta que se agota y un cartelito me dice “esa es una contraseña ya usada.”
Tal es el berenjenal de ecuaciones en mi cabeza para recordar las señas y las contraseñas que la hojita testigo que me acompaña ya no tiene espacio dónde seguir anotando.
El otro día perdí la Cedula de Identidad y me di cuenta que en todos los lugares donde abrí la billetera para pagar y en donde guardo habitualmente la cédula, tenían mis datos: farmacia, super, telefonía móvil y or lo tanto me llamarían apenas la encontraran.
Para mi sorpresa a los pocos días me llaman de la Comisaría de Maldonado diciendo que alguien había dejado allí mi Cedula de Identidad. Se imaginan mi alegría. Feliz agradecía una y mil veces y pregunté si sabían quién era la persona que la dejó allí para mandarle un presente, aunque sea un chocolate.
Pasada la euforia pregunté ¿Cómo saben mi número de teléfono?
-Tenemos su ficha -me contestó amablemente la telefonista. Yo dije “gracias” en un suspiro y casi me desmayo. “No sé qué te impresiona -me dijo mi amiga Roxana- saben todo de todos, hasta dónde estamos en este momento por el chip del teléfono”. Y se acabó el tema.
Yo me pregunto, si los que manejan la información ya saben todo de nosotros, ¿Para qué tanta necesidad de contraseñas?
Apenas uno pasa por Migraciones, deberían conectar con tarjetas de crédito, seguro de viajero, carné de conducir, correo electrónico, *feisbuc*, *guasap*, hora en la peluquería, presión arterial, precio de la pizza, y demás como para que en el país en que ingrese una todo funcione.
Mi sensación es que estamos a mitad de camino, construyendo una maraña de sistemas de identificación y seguridad, pero que, en algún momento, la humanidad hará un “click” y descubrirá que en el iris del ojo o el lóbulo de la oreja o en un chip subcutáneo incorporado al nacer se podrán leer en forma automática (como un código de barras) todo lo que es necesario saber para pasar una frontera, o sacar dinero de un banco, o navegar por internet. ¡Hasta la fecha de vencimiento de la antitetánica va a aparecer con un “bip” cuando se cumplan diez años de su aplicación!

Noticias en vías de escape

A mí me encanta leer el diario a la mañana. Levantarme, servirme un café con leche y sentarme en la mesa del comedor cuando da un poco el sol en esa parte de la casa y si no, en invierno, hacer lo mismo pero metida en la cama tapada hasta el cuello.

Ya sé: “Eso es una antigüedad”, me van a decir, y con acierto, porque cada vez se venden menos diarios y casi no hay reparto a domicilio, pero yo soy de la generación a la que los padres enseñaron que estar informada era una obligación moral, casi una religión, y leer el diario era como el “padre nuestro” de cada día. Tal vez por eso yo todavía sueño con despertar y verlo bajo la puerta como esperándome para abrirme sus mil ventanas al mundo.
Como soy como el zorro que pierde el pelo pero no las mañas, sigo intentando estar informada en este mundo que se empeña en desinformar tupiéndonos con noticias buenas o falsas. Pero desde que vivo en forma permanente, de nuevo, en Maldonado debo confesar que me resulta muy difícil, porque los diarios llegan tarde y no hay reparto a domicilio. Intenté comprarlo a la noche y guardarlo hasta la mañana para saborearlo con el café pero no funcionó. La noticia, como el pan, es más rico cuando recién sale del horno.
Sin darme cuenta, tomé la costumbre de prender el celular apenas me despierto, antes de poner un pie en el suelo. Y cambié la última información sobre las amenazas de Trump a Irán por los comentarios de mi primo Rafael sobre su nueva mascota, y en lugar de enterarme que murió en Buenos Aires Beatriz Haedo, veo las fotos del bebé que acaba de tener Luciana, la hija de un amigo al que hace años que no veo.
En fin, la cabeza se me estaba vaciando como si tuviera una pérdida. Nada adentro de ella podía ordenarse, las estructuras sólidas de un pensamiento racional alimentado durante años con lecturas, clases, conferencias y productivas charlas entre amigos empezaron a humedecerse con pavadas, chistes, gifs, canciones, consignas políticas… en fin, ya saben.
Yo me notaba cada día más hueca, sin fondo, sin discurso, sin ideas, pero igual seguía con el vicio de mandar el mismo chiste a grupos diferentes de *guasap* y leer todo lo que mandan desde: Egresadas de Santa Teresa, Compañero de SEUSA, taller literario viernes, Prensa, Agrupación San Telmo, Sacapunta, Las Reblochón, leer el Martín Fierro, Cluster Audiovisual Punta del Este, Consorcio Padua, y otros. Intenté informarme. De hecho ahora, cuando abro la compu, me aparece una pestaña con noticias tan variadas como “Sismo en México” o “Vanuatu será el primer país del mundo en prohibir los pañales desechables” y la cabeza me queda tintineando.
En el celular las cosas se complican. Apenas lo enciendo, a la mañana, tengo 20 o 30 notificaciones, cumpleaños de gente que no recuerdo, info sobre quien subió una foto a su *feisbuc* y algunas noticias de del mundo que me destruyen el poco cerebro que me queda. No porque las noticias sean tan vanas o tan terribles, sino porque cuando hago “clic” para leerlas, la mitad de las veces me sale un cartelito diciendo que tengo que suscribirme a tal o cual diario y cuando termino de llenar el formulario en cuestión que se cuelga, y en el que siempre figura que me falta llenar un casillero, ya me cansé o me olvidé para qué era, y vuelvo a dar vueltas por las páginas que me aparecen con noticias variadas.

Algunos diarios han instrumentado un macabro procedimiento para lograr que uno pague una cuota mensual por leer noticias en Internet, que es darte varias noticias gratis y cuando das con una sabrosa e interesante aparece una cartelito “Solo para suscriptores” o “Usted ya ha leído las 20 notas que tenía para leer gratis este mes”, con lo cual me enojo tanto que dedico media hora a tratar de sacar de mi vida esos medios. ¿Qué más querría yo que tener un medio de información en el cual nutrirme cada día, del cual beber mi cuota de información imprescindible cada mañana, con confianza en su objetividad, con reflexiones serenas sobre el acontecer mundial? Pagaría con gusto por un servicio así, pero lo cierto es que así como me manipulan para que compre o me suscriba, me manipularán para que vote a tal o compre esto o aquello y si los dejo poco a poco me irán formateando la cabeza.
Entonces caigo en *tuiter* en donde la info es más variada, y aparecen algunas personas e con nombre y apellido, Leo Sarro, Talvi, Cristina Kirchner, Pepi Goncálvez… así de mezclados en el *tuiter* como en la vida.
Es tan caótico como los otros sistemas, pero tiene dos ventajas: los textos son cortos, (por obligación) y te permite responder.
De todas maneras, extraño el viejo y querido diario en papel, en el cual la información viene bien ordenada: Internacionales, Nacionales, Ciudad, Interior, Cultura, Deportes, y permite elegir lo que uno va a leer; el viejo y querido diario -en vías de extinción- en el que aún se pueden leer notas con un desarrollo un poco más profundo del tema, o columnas firmadas, y que, antes de pasarlo a la cocina para que sirva para envolver basura (triste destino final del diario) , se le puede dar un último vistazo para quedar con la sensación tranquilizadora de que, por hoy, sé todo lo que está pasando en el mundo y en mi país.

38- Salir del lavarropas (Puede no ir)
Supongo que hay gente que tiene los sentimientos claros y definidos, que sabe a quién ama, con quién simpatiza, quién le cae mal y a quién odia, entre algunas variables de los sentimientos que el ser humano tiene. Bueno, yo no soy de esa clase de gente. A mí se me mezclan mucho lo sentires: a veces alguien que me da miedo, al mismo tiempo me atrae, y no me atrevo a alejarme aunque me parezca un personaje siniestro; a veces, las buenas personas me aburren y me parecen demasiado panchas, que se toman la vida así como viene, sin ambiciones, sin estímulos como demasiado “felices”; a veces es mucho peor, porque la misma persona me parece atractiva hoy, pero mañana me la cruzo y me pregunto ¿qué le vi a ese? Y mucho peor aún: me pongo a conversar apasionada por la sensibilidad e inteligencia de alguien y a las dos horas ya no lo soporto, sus palabras solo hacen ruido en mis oídos. Cómo me gustaría que a los humanos nos pusieran el mismo sistema que tienen los grabadores: Rewind, Play. Pausa y Stop, ¡sobretodo STOP!

A lo que voy es que los sentimientos para mí no son tan claros y lo que es peor varían a cada rato sin que yo tenga el menor control sobre eso. Es cierto que también está lo que hace o dice el otro. Por mucho amor que sienta, si la otra persona me trata mal, o me descuida, a mi sentimiento se le van haciendo baches hasta quedar en un buen recuerdo, en el mejor de los casos, o virar bruscamente hacia la indiferencia.
Pero lo peor es que los entusiasmos, los amores, los encuentros me levantan el ánimo, me hacen feliz y ando por la vida, al menos unas horas, como perro con dos colas (¿será mucha felicidad para un perro tener dos colas?) Y las desilusiones me carcomen por dentro y me derrumbo como un castillo de arena que se llevará una ola. Me bajoneo tanto que tengo que sentarme o recostarme, me mareo, y a veces, hasta me duermo de tristeza. (A mí la tristeza me da sueño)
La otra vez un amigo me describió a una persona en dos frases con tal precisión que me dejó asombrada ¿Cómo se dio cuenta? Tenía ganas de contratarlo para que me asesore porque yo soy nula para poder definir con certeza cómo es el otro. Siempre le veo lo maravilloso y se me escapa cuál es el punto de fuga, el lugar en dónde me va a fallar.
En realidad, algo peor: me doy cuenta de los peligros de algunas relaciones, como si se prendiera la luz de un semáforo, pero no respondo a los mandos. Si la luz es roja y me anuncia que esa persona va a complicarme la vida, en cualquier aspecto, amistoso, laboral o amoroso, sigo tan campante y si es verde por ahí me detengo, como si tuviera una brújula desorientada.
Creo que de eso se trata. Algunas personas tienen una buena brújula para orientarse en la fauna humana, como un don, porque sí, porque nacieron con eso, como los que nacen con el don de cantar, sean huérfanos o nacidos en una familia contenedora y afectiva, sean del origen social que sea.
Personalmente, tengo la sensación de haber nacido casi por equivocación, porque mis padres ya no tenían ganas de seguir intentando tener hijos. Tuvieron a mi hermana, que me lleva cinco años y mi madre no volvió a quedar embarazada por lo que estaba haciéndose a la idea de que sería “hija única”. (Así lo leí en un diario personal que apareció en la biblioteca años después que falleciera)
Pero yo los sorprendí a todos. Aparecí justo dos años después de que escribiera esas palabras, con todo el entusiasmo que llegan los niños al mundo. Lo que no me di cuenta es que mis padres ya estaban con la cabeza en otra cosa. El ambiente político en Argentina ardía, la casa estaba convulsionada, y mi padre se venía a vivir al Uruguay, huyendo de persecuciones políticas, escondido en una lancha de Cacciola, que salía del Tigre, y en ese entonces era un transporte barato que recorría el Delta hasta llegar a Uruguay. El sueño de completar la familia con dos niños, en lo posible el “casal”, se había desvanecido.
Desde entonces, mi brújula falló. Con que hubiera nacido uno o dos años antes todo hubiera sido distinto y yo hubiera sido miembro estable de una familia feliz. Así, habiendo nacido a la cola de los

tiempos de crianza, y poco antes del exilio, todo fue diferente de entrada.
Siempre me sentí “extra” familiar. Como vagón de cola, y hasta pensaba que debía ser adoptada, porque en una familia de intelectuales yo amaba los perros, el campo y los caballos; en una familia que debatía de política y temas mundanos en la cena yo jugaba a tener un hospital o un orfanato; en una familia que viajaba poco yo vivía con una mochila... en fin: sapo de otro pozo o cómo dicen ahora “pez fuera del agua.”
Y debe ser por eso, supongo, que desde entonces mi brújula está desorientada y sigo equivocando afectos.
Es cierto que no somos “más que nadie y menos que ninguno”, pero tampoco es cuestión que no pueda alejarme de comprobados delincuentes, que no tome distancia de las amigas vividoras o que me chupan la energía llorando siempre sobre la misma carta, y no es posible que no me aleje, al menos para evitar confusiones, de quienes se han embanderado en causas que rechazo.
Creo que debería salir de esta suerte de lavarropas en la que estoy mezclada con todo y con todos, manchada con colores de prendas que destiñen, y colgarme solita al sol un rato para secarme y darme cuenta la forma exacta de mi camiseta.

- ¡Qué verano! (Parte I)

-¿Cuánto vale la lata de choclo?,-preguntó un joven alto y rubio que salía de la playa y aprovechaba a hacer unas compras en el Almacén Chihuahua.

-Veinte pesos, -respondió el empleado.

- ¿Argentinos?, -cuestionó el joven como si fuera lo más natural del mundo.

-No, señor, uruguayos, -contestó el empleado, manteniendo la calma pero preguntándose adentro suyo: ¿Se le ocurriría preguntar en España si los precios son en pesos argentinos? ¿Dudaría que en Estados Unidos algo se pague en otra moneda que no sea dólares?
Es que este verano, con el dólar atravesando la barrera de los cuarenta pesos en Argentina, se ha vuelto un infierno para nuestros vecinos veranear en Punta del Este. Pagan dos, tres o cuatro veces más las cosas aquí y no terminan de digerir la situación.
Cierto es que ni el empleado del almacén ni los demás mortales que atendemos a turistas, tenemos la culpa. Hemos elegido esta profesión de servicio y atención porque nos gusta o nos conviene y así como a veces nos va de maravillas, en otros años, como este, tenemos que lidiar con estas situaciones.
“Una inquilina me insistió en que había hormigas adentro de la casa, cosa difícil, sino no se deja comida, porque fumigamos cada año antes del verano, pero igual le llevamos un frasco de veneno para hormigas” -me cuenta una amiga que alquila su casa y se va a vivir a lo de los suegros en verano. Al día siguiente recibió un mensaje en este tono: “Cómpreme veneno en spray porque este es para hormigas de afuera” -todavía no hemos podido dilucidar qué

diferencia hay entre las hormigas de “adentro” y hormigas de “afuera” salvo la diferencia de precio del veneno en spray, claro, y el trabajo para ponerlo.
A mí me pasó algo terrible. Si no fuera porque los que me leen ya son como amigos, ni lo contaría. Tengo una amiga pintora, argentina, que hace años que se acuerda de mí en diciembre y me escribe diciendo que vendrá a “visitarme” y que no me preocupe porque ella “no molesta”.
Gran error. Lo que no saben estos amigos golondrina, que aparecen con el calorcito, y se borran con el frío, es que sí molestan, aunque anden en puntas de pie por la casa. Nos distraen, y mal o bien tenemos que prepararle la cama, tener la heladera bien provista, mandar lavar sábanas y toallas cuando se van... en fin. Tal vez en las casas de familia numerosa -con también numerosos ingresos- las cosas sean distintas, pero en mi casa de sesenta metros cuadrados es imposible no chocarse.
Pero además los locales, yo al menos, siempre estoy con muchas más cosas para hacer que las que mi cuerpo aguanta. En el verano voy como quién nada con el agua al cuello y cualquier ola puede quitarme la respiración y ahogarme para siempre: trabajo como nunca; recibo amigos y visitas como nunca, hay conciertos, exposiciones, festivales e inauguraciones como nunca, y además pretendo, al menos, darme un baño de mar al día. Pero además, siempre sucede algo que no está previsto, como una baja de potencia o corte de UTE un lunes a la tarde, que hace que todos llamen a todos a ver qué pasa, una bacteria que nos hace temer meternos al agua, y otras variedades de incidentes que nos hacen perder el tiempo y la paciencia.
Bueno, les decía que mi amiga pintora se auto-invitó nuevamente, pero esta vez con más insistencia. Le ofrecí quedarse en mi casa, en la calle 30, en pleno centro, en dónde se podía mover con total independencia pero ella prefirió la opción de Chihuahua en dónde me prestaban una habitación independiente en una casa a dos cuadras de la playa.
“¿Y me vas a ir a buscar?” -preguntó.
“Por supuesto, le contesté - lo que no puedo es ocuparme de vos, yo te llevo, te instalo, te doy la llave y vos te encargas de hacer las compras, ir a la playa, pasea, lo que te dé la gana.”
Aceptó y al día siguiente me pregunta “Y si el avión llega a las 21.30, ¿hay supermercados abiertos para hacerlas compras?”
“Bueno, si no hay un supermercado abierto me podés invitar a cenar una pizza ya que te conseguí alojamiento y te voy a buscar” le contesté, un poco divertida con el tema.
“¿Y si el avión se demora?” -volvió a preguntar.
“Entonces te comés un sándwich en el aeropuerto“-le dije.
“¿Y si llueve y no puedo ir caminando al supermercado?”-volvió a consultar.
Entonces mi licuadora interior estalló en mi cerebro y fui cruel: “Si no tenés plata para tomarte un taxi desde el aeropuerto, porque puede pasarme algo y no poder ir a buscarte, ni independencia para encontrar el teléfono del almacén más cercano y pedir un envío a

domicilio creo que no estás capacitada para viajar y lo mejor es que te quedes en tu casa“.
Con esto se terminó el tema, y la amistad, claro. Pero lo peor es que se me vino abajo la imagen de mí misma, que se imagina fuerte y todopoderosa con una mano tendida para ayudar al prójimo.
Me da muchísima vergüenza haber sido tan cruel.
Supongo que me estalló la térmica cuando me di cuenta que me usaba para ahorrarse el viaje en taxi, pero se gastaba una fortuna en un vuelo aéreo directo a Punta del Este. O simplemente, sucede que tengo un “preguntómetro” adentro que soporta hasta cierto número de preguntas. Y que se pone al rojo vivo en temporadas como esta en la que no escuchas hablar de otra cosa que de lo “caro que está todo”, una temporada dura, de gasoleros, de gente que se trae una despensa en el coche, de vecinos que me venden la sombrilla a la mitad de lo que cuesta aquí para hacerse de unos pesos uruguayos, de gente que comparte unas miniaturas de pescado entre cinco, de boliches que cerraron durante la semana en febrero, de “menú del día” en todas partes. Una temporada de quejas y más quejas. Una temporada en la que habrá algunos que trabajaron muy bien porque la pegaron en el producto y el precio, muchos que trabajaron a media máquina pero llegan a la otra orilla, y un montón que les fue mal.
Lo que seguro apuesto es que a ninguno le resultó fácil y que la sonrisa de bienvenida cada día que pasa, quemando febrero, se nos va congelando en el rostro como algo impersonal e impuesto y crece el deseo de que llegue marzo y todo esto termine de una vez.

“¡Qué verano!“ Parte II

Una de esas amigas que, como las golondrinas, se acuerdan que una existe y vive cerca del mar, cuando empieza el calor, apareció como todos los años en esa fecha. Había esquivado mucho tiempo invitarla, porque cuando una está trabajando, el mejor de los invitados es una molestia, pero este verano, distendido no por falta de ganas sino de plata, aproveché para cumplir con ese compromiso pendiente.
La invité y empecé a sufrir un bombardeo de preguntas elementales y como ya conté, se puso tan pesada, pero tan pesada que finalmente le tuve que decir, con hielo en el corazón, que mejor no viniera.
Yo creí que el tema no daba para más y el barullo del verano pronto me hizo olvidar del personaje. Hasta que un día en el Almacén Chihuahua, a unas cuadras de la casa de una amiga a dónde ella iba a ir a parar, Miguel me dice “Llevamos a tu amiga fulanita a tomar el ómnibus”.
“¿Cómo?” -pregunté sorprendida sin poder creer lo que escuchaba.
“Sí, estaba en el hotel que está en la esquina y nos dijo que era amiga tuya…” siguió relatando Miguel viendo como mi rostro se iba desfigurando.
“No es amiga mía”- dije, o grité o aullé desesperada.

“Con razón - continuó Miguel, quién con su socio Marcelo, han sido mi soporte emocional en ese barrio -nos llamó la atención que no nos avisaras nada y nos pareció un poco pesada”.

Eso abrió la canilla y soltó el chorro. Así me enteré que no solo les había pedido que la llevaran a tomar el bus sino que, batiendo uno de los records del verano, había querido comprar “un poco” de vino, y los chicos, con toda la buena voluntad a la que hemos tenido que recurrir esta temporada, le consiguieron una botella limpia para venderle vino a granel.

Mi furia pasó por todos los colores del arcoíris. Vino a Punta del Este, posiblemente en avión, se aloja en un hotel de precio medio, y ¿no puede comprar una botella, aunque sea de 375 o de ¼? ¿O un vino en cartón que cuesta noventa pesos? ¿Tiene que “mendigar” vino a granel como si estuviera en la peor? ¡Y encima en mi nombre!

Miguel, cuando vio mi rostro descompuesto, dejó de contarme y solo sintetizó: “Sí, estuvo un poco pesada, pensé en llamarte porque me llamó la atención que fuera amiga tuya, pero viste como es el verano.” Cambió de tema y siguió atendiendo para no echar más leña al fuego.

Sin salir todavía del estado de furia demencial le escribí un *guasap*, diciéndole que pedir favores invocando mi nombre era una suerte de estafa, que me sentía usada y abusada, que yo le había dado el dato cuando estaba por venir a casa, para que supiera que no estaba sola en el barrio etc. etc.

La respuesta que escribió me dejó paralizada: “Che, un poco de solidaridad de género”

No solo había embarrado la cancha con mis amigos, sino que usaba otro vínculo sagrado: la solidaridad de género para minimizar los desastres que hizo en cuatro días.

Yo no soy solidaria con este tipo de personas, mujeres o varones que con tonada de “pobre yo” evitan hacerse cargo de sí mismos. Puedo ser solidaria con él o la que sufre, con el/la que se equivoca, con el/la que lucha con una adicción pero con la gente as+i no. Ni mujer ni hombre.

No me conmueve una chica rica que viene a pasar unos días a Punta del Este y elije molestar a un pueblo para llevar un poco de vino a granel.

La solidaridad es un botón que funciona en mi inconsciente sin que pueda controlarlo, como un abracadabra o una palabra mágica que tiene efectos que no puedo controlar. A veces creo que elegí trabajar en un balneario como este porque es el único lugar en el que no me importa cobrar. Soy tan papanata o sensible o estúpida que si tuviera que vender algo en otro barrio, estaría vendiendo fiado todo el tiempo.

Por eso no pude soportar que apelara a un sentimiento tan noble, tan digno y maravilloso que nos hace sentir parte de la humanidad, hermano del hermano, mano de la mano ajena que necesita, voz del que calla, pies del que quedó varado en el camino. La solidaridad agranda el alma y nos hace llegar hasta el último rincón de la tierra,

nos arranca del estrecho margen del sí mismo y hace que nos descubramos siendo universo.
Por eso no, amiga, no tengo solidaridad con quien apela a este sentimiento en beneficio propio, con esos / esas no.
La estafa, la mentira, aunque lleven artículo femenino no tienen sexo.

Treinta y tres ideologías por minuto

Hoy de mañana se dio una discusión interesante en uno de los grupos de chat al que pertenezco. El escándalo surgió cuando el administrador pasó el aviso de la Intendencia que invitaba a la Catedral San Fernando a escuchar “Misa criolla y Navidad nuestra” de Ariel Ramírez.
Uno de los miembros saltó diciendo que, más allá de que la Misa Criolla fuera excepcional, el Estado no puede invitar a una misa porque viola el Artículo 5° de la Constitución Nacional, que establece que todos los cultos son libres en el Uruguay y el Estado no sostiene religión alguna.
En seguida se alborotó el gallinero. Que en Francia el Estado laico se hizo cargo de las iglesias porque son patrimonio cultural, que no hay diferencia entre la “Misa Criolla” y las obras de Miguel Ángel o tantas pinturas religiosas que se exponen en espacios del Estado, que con ese criterio no se podría enseñar música sacra en las escuelas…etc. etc.
En medio de la polémica, alguien dijo que “confundimos muchas veces arte con religión o ideología”. Y eso me hizo entrar en la cancha cuando que venía, hasta ese momento, de espectadora, como si estuviera viendo un partido de ping pong. Dije que sin duda el arte tiene ideología y lo más curioso es que muchos veces un arte de vanguardia, que surge como ruptura del orden establecido y se reivindica revolucionario, luego termina siendo absorbido por el mismo sistema que lo demonizó y expulsó y pasa a ser consagrado en los museos y las escuelas.
Si no vean lo que pasó con el famoso urinario que el francés Marcel Duchamp envió a una exposición en Nueva York en 1917 y que acaba de ser considerada, por 500 críticos de arte, expertos y artistas del mundo entero, como la obra de arte más influyente del siglo XIX, por delante de obras como “Marilyn” de Andy Warhol o “Las señoritas de la calle Avignón” de Pablo Picasso. ¿No es muy curioso que ahora, a un siglo del acontecimiento, discutan al más alto nivel del establishment para darle el título de “Mejor revolucionario”?
Sobre las religiones, otro tanto. Es sabido que han tenido un rol político importante en la historia, en diversos momentos, ni hablar de las Cruzadas en el medioevo o el rol de la Iglesia Católica en la colonización de América. Sin olvidar el peso del protestantismo en el desarrollo capitalista o el rol de la reforma anglicana que separó a Inglaterra del papado en el siglo XVI. (de paso vale saber que la ruptura estalló cuando Enrique VIII no logró obtener de Roma la anulación de su matrimonio con Catalina porque quería casarse con

Ana Bolena, de la que estaba locamente enamorado pero que más tarde mandó decapitar por adúltera. Un culebrón de los más sabrosos de la historia.)

Pero lo que intentaba destacar es que, si bien todo lo que dije es cierto, las cosas no son tan matemáticas. No solo diversas ideologías conviven dentro de una misma religión sino también dentro de una misma persona. Yo, por ejemplo, me levanto atea y materialista, preocupada por el reloj, por cobrar los que me deben y contando los pesos para pagar las cuentas, pero si me pasa algo, si pierdo la llave del coche o la billetera, por ejemplo, me viene un arrebato de cristiandad de aquellos, y empiezo a rezarle a todos los santos. Si no aparece, mi catolicismo va in crescendo hasta que rezo el “Responso a San Antonio”, que me enseñó mi madre, nacida en España, y que dice: ”Antón, Antón vuélvete atrás que lo perdido hallará y lo olvidado recordaras. Antón, Antón, Santo de mi corazón, vean mis ojos lo que desea mi corazón”. Si no funciona me voy a algo más prosaico como “atarle la cola al diablo” y en seguida caigo en la brujería poniendo un vaso boca abajo atajado por una tijera. Cuando todo está perdido arranco con el mantra budista “Nam miojo rengue kio.” O sea que en menos de una hora pasé por cuatro cinco estados religiosos diferentes para terminar blasfemando como el peor de los infieles si no aparece o si, media hora después, se me pincha la goma del coche de camino a Montevideo, a pleno sol, en un mediodía de verano.

Me despierto comprometida con mi tiempo, con el cambio, con el progreso, con la esperanza reluciente de estar haciendo algo por lograr un mundo mejor, más humanitario y solidario, y en la tarde resulta que me escucho decir algo como “mejor dejar las cosas como están “ o “no le digas a fulanita que se perdió su gato que se va a amargar”, frases propias de un espíritu conservador que trata que nada se mueva, de poner la basura debajo de la alfombra y tapar el sol con un dedo.

Pero de noche sucede lo peor, cuando quiero limpiarme la cabeza y no consigo conciliar el sueño, pongo en la tele una serie de CSI y termino defendiendo a detectives norteamericanos. Nunca lo hubiera confesado, si no fuera que descubrí que no soy la única, que a mucha gente le pasa, más allá de su ideología, que le gustan las series policiales americanas porque se sabe de ante mano quienes son los malos y quienes los buenos, una verdad difícil de dilucidar en los demás ámbitos de la vida.

Ni hablar del brote fascista que me agarra cuando se me cruza una moto en Maldonado, o cuando a una amiga agarra una cerámica, recuerdo de mi vida en España, se le cae y se hace añicos, o cuando alguien me deja plantada en una esquina. Los muchachos del Ku Klux Klan son niños de pecho al lado de lo que puedo hacerles en mi imaginación desbordada de ira.

Tanto fluctúa la manera de pensar como los sentimientos. Pasamos del amor al odio en un instante, de la crítica a la alabanza, del enojo al perdón, por eso cuando alguien me recuerda el aforismo griego inscripto en el templo de Apolo: “Conócete a ti mismo”, no puedo

dejar de preguntar ¿A qué hora? ¿Qué día de la semana? ¿En qué mes? ¿Antes o después de la temporada?

Del 1 al 5

Cuando estuve en Buenos Aires, entré en la computadora de la familia en donde me alojaba, para sacar mi pasaje de regreso y al rato apareció un anuncio del servidor advirtiéndome que había entrado en una computadora extraña, y preguntándome si había sido yo. Le contesté que sí, claro, y de inmediato me aparecieron una serie de preguntas de la empresa, preguntándome sobre grado de satisfacción que tengo respecto a las medidas de seguridad y tenía que contestar del 1 al 5, cuando 5 es muy satisfecho y 1 uno insatisfecho.
Les contesté “los odio, estoy viajando y voy a abrir mi correo en diferentes lugares cada día” a lo que el sistema respondió: “No se reconoce la palabra formule su pregunta de otra manera”. Se me ocurrieron muchas formas de “reformular” la cuestión, que no hace falta escribirlas porque cualquiera las imagina, pero no quise llenar las redes con más basura tóxica.
Al día siguiente quise imprimir mi pasaje en un cyber y no me dejó abrir el correo. Me mandaban un mensaje al celular, que de pura casualidad tenía en roaming, pero, aunque cumplía al pie de la letra todas las instrucciones, no lograba abrir mi correo. Como si, en realidad, hubieran entendido muy bien mi mensaje del día anterior.
Al fin mandé el pasaje por mail a una amiga con impresora y listo pero ya me quedé enojada.
Ya he protestado hasta el cansancio por la enorme cantidad de claves que tenemos que recordar, pero lo que más me impresionó esta vez es eso de mostrar mi grado de satisfacción del 1 a 5.
Me imagino cómo sería que una mujer le pregunte a su marido, qué grado de satisfacción tiene de 1 a 5, o algo más simple, como puedo clasificar yo, de 1 a 5 la charla con mi amiga Sara que hoy cumpleaños, tomando en cuenta el placer de saludarla (5), la tristeza de no poder abrazarla porque está lejos (1), el gusto de festejar que haya nacido (5) y la gotita de angustia que da, después de los treinta, cumplir un año más (¡menos 10!).
Llegué a Montevideo y me pregunté qué grado de satisfacción me daba volver a pisar suelo oriental, 5 de felicidad de sentir el aire transparente y respirable, 1 de insatisfacción de tener que batallar con el tráfico a las seis de la tarde y menos 4 por señor que me tupió a bocinazos porque cambé de carril sin previo aviso.
Me encantó bajar por Avenida Brasil hasta la rambla y ver, en la esquina de Benito Blanco, el viejo edifico El Mástil, en el que pasé mi infancia (5) pero tuve que doblar por Benito Blanco porque el tráfico me empujó y no me dejó llegar hasta la rambla (3).
Las hojas caídas tejían encajes en tonos de verde sobre las calles de Pocitos, algunos árboles parecían querer bajar del cordón de la vereda como si se hubieran ido corriendo, poco a poco, hacia la calle,

el pasto de las veredas estaba crecido y había flores en los jardines y los balcones. ¿Qué puntaje tiene la primavera?
El sol golpeaba en algunos balcones desperdiciando calor en las persianas. Entonces me di cuenta de que casi todas las casas estaban vacías, en muy pocas se veía una ventana abierta, tampoco se veía una bicicleta apoyada en la reja, del lado de adentro, o un portón entornado, algo que indicara una presencia humana. No había perros en las veredas, ni niños sentados en los muritos, ni señoras conversando en ruleros con la vecina o llegando a casa arrastrando el carrito de la compra. Como si el ritmo de la ciudad cada vez más nos obligara a todos a estar más y más horas en oficinas, colegios, trámites y diligencias. Un tráfico infernal, gente amontonada en el ómnibus y el barrio vacío. Casas huecas, como si el hogar fuera cada vez más de paso, más ajeno. No le puse puntaje al vacío. El cero parecía el más apropiado pero no está del uno al cinco.
Salí a la rambla y me pregunté ¿Cuál es mi grado de satisfacción, de 1 a 5, al ver algunos muchachos jugando al voleibol y a un par de personas tomando sol? ¿Cuál el de mirar el mar? ¿Da satisfacción en algún grado preguntarme cómo llegaron esas palmeras altas y caribeñas a la costa de Malvin? ¿Habrá escrito algo Galeano sobre ellas, viviendo en ese barrio? Y así seguí con preguntas sin respuesta. ¿Cuál, de 1 a 5, es mi grado de ansiedad por cruzar el último peaje y sentirme en casa? ¿Y el de satisfacción al subir la loma de Punta Ballena? ¿Y por recorrer la costanera de la Mansa justo cuando cae el sol? Por fin estacioné, me olvidé de los servidores y las claves: llegué a casa.
Las películas de ciencia ficción muchas veces imaginaron que las computadoras podrían, un día, imitar las percepciones y sensaciones de los humanos, pero a mí me parece que va a ser peor; pronto los humanos vamos a expresarnos como las computadoras, en sistema binario, 0 y 1, blanco o negro, le daremos “like” a nuestros hijos cuando se porten bien o calificaremos de 1 a 5 la película que vimos con amigos.
Le pediremos la contraseña a los amigos que nos llaman antes de atender el teléfono y el amor tendrá una clave para entrar a nuestro corazón. “Ponga una clave alfanumérica de ocho dígitos”, nos exigirá el cerebro antes de abrir los ojos y ver el sol.
Cinco dígitos para abrir la heladera, números no correlativos para encender el horno.
Contraseña para dejar que me beses, clave actualizada cada diez días para abrazarme y pregunta de seguridad correcta antes de que puedas entrar en mi interior y saber cuánto te amo. ¿Del 1 al 5 cuánto calificaría su vida? preguntará una voz en la hora del final.

Papá querido

“Papá querido” se llama la obra de Aída Bornik que formó parte del recordado movimiento teatral que despertó a los porteños de un largo letargo, luego de años de dictadura, allá por los ochenta. Ahora la

reponen en el teatro Regina, en la Avenida Santa Fe y cuando leí ese anuncio me dio un escalofrío.

¿Cómo hago para reponer a mi papá? Mi papá era de los de antes, de aquellos que recordó Piero, de los que crecieron con el siglo, con "tranvía y vino tinto", de los que no usaban championes, ni "jogging", de los que usaron gomina, y se sorprendieron cuando apareció la televisión y el hombre llegó a la luna.

De los que nos acompañaban a la playa pero se quedaba, como un señor, en el Club de Pesca, tomando un clericó y comiendo mejillones a la provenzal, de los que recibían en el hotel, a los huéspedes, con un whisky, porque por un lado, o por el otro, todos eran parientes o amigos. De los que, a la noche, le gustaba hacer un "piscolabis" para recibir amigos que casi siempre eran políticos o artistas en gira, pero también podían ser sacerdotes, periodistas, teatreros, poetas, editores, pintores: como si hiciera zapping y cada noche nos tuviera listo un programa distinto, abriéndonos ventanas al mundo.

Mi papá, Juan Carlos, no andaba de traje por Gorlero, pero sí con pantalón de vestir, camisa, cinturón marrón y zapatos acordonados. Se caminaba de la calle 30 hasta La Plaza, parando en el Banco Pan de Azúcar a hacer algún depósito o retiro, pero sobre todo a conversar sobre la situación económica del país. Había trabajado en el Banco Transatlántico y los bancarios eran sus amigos como Sordi, entre otros.

También hacía escala en algunas inmobiliarias en las que recababa datos sobre las últimas operaciones, los precios reales del mercado, las intenciones de vender de urgencia de algún "ahorcado". Tenía amigos por todos lados y de vez en cuando ganaba unos pesos arrimando algún cliente. Hassan le pasaba datos sobre el mundo financiero. A Sagasti, García Perdomo, Jorge Díaz, o a Benito Stern les llevaba "negocios". ¡Cuántos cafecitos compartidos!.

Siempre estaba con algún "gran emprendimiento" entre manos: los barrios San Antonio y Santa Teresita de Maldonado, el Club de las Grutas en Punta Ballena, la venta de El Peñasco.. Pero a veces las cosas salían bien. De hecho, cada vez que veníamos a Punta del Este en familia, y pasábamos por el Arco del balneario Sauce de Portezuelo, nos hacía hacer una reverencia porque, según contaba, haber vendido esas tierras le había dado el primer empujón cuando llegó aquí, con una mano atrás y otra adelante o mejor dicho, con las dos manos adelante, tratando de asirse al primer tablón que lo sacara a flote.

Y seguía la ronda por Gorlero, la calle del encuentro, hasta llegar a la oficina del Centro de Hoteles, en la Plaza dónde hablaba de los temas de siempre ¿Cómo vine la temporada? ¿Habrá otra devaluación? ¿Podrán venir los porteños este verano? ¿Hay que bajar los precios o adecuarse?

Recuerdo una Asamblea del Centro, que en aquel entonces era Centro de Hoteles y Restaurantes de Punta del Este, en la que pasaba lo mismo que ahora, el dólar se había disparado en Argentina y venir a Punta del Este les resultaba imposible.

Algunos hoteleros plantearon que no iban a bajar sus precios porque era “rebajarse” y tenían que defender el “valor” de sus servicios, cueste lo que cueste. El dueño del Tanger saltó a la palestra, y les dio una lección sobre lo que era el valor de mercado, porque si no hay oferta no hay precio que pueda sostenerse. Mi papá, dejó que Marcos Malka rompiera el fuego antes de opinar y fue empujando el carro para que se lograra que los hoteles tuvieran libertad para poner tarifas. Era evidente que a la hora de la verdad, con el hotel vacío y las cuentas ardiendo en el Banco, los hoteleros iban a rentar al precio que les ofrecieran hubieran acordado lo que fuera en la reunión. .
Como una calesita, la historia vuelve a repetirse y estamos de nuevo preguntándonos cómo no hemos podido romper con la dependencia de un solo mercado. O cómo hacer para que esto no nos destruya en un verano difícil como este.
Cuando estaba por sentarme a escribir esta nota pensé si le había dicho Adiós a mi papá. Y sentí que no, que aunque hace casi treinta años que no está yo lo sigo sintiendo cerca, lo encuentro en mi manera distraída de manejar, en la forma de vincular a la gente, en alguno dichos, en el sueño de ver una América Latina unida, libre y soberana, con el que me formateó la cabeza y hasta en la forma de mis orejas, al peinarme cada día.
Entonces me vinieron los acordes de “Adiós Nonino”, que surgieron de las teclas acariciadas por Piazzolla, una tarde, en su casa del Golf, acá en Punta del Este, siendo yo periodista, y que me hicieron pensar que si Dios existe no debe habitar en las Iglesias sino en las manos y en el alma de los creadores. En realidad, no sé si lo pensé yo o lo dijo él cuando le pregunté si creía en Dios, pero fue uno de esos momentos en que un alma se da cuenta que algo diferente está sucediéndole y eso la cambiará para siempre.

Las mil y una Alejandrinas

¿Cuántas veces nací, cuántas vidas estoy viviendo al mismo tiempo sin darme cuenta, cuántas viví y mantengo en el olvido? Seguro que cientos o miles, porque nadie me asegura que haya una sola dimensión del tiempo, más bien yo creo que hay varias, como espacios superpuestos, en los que viven sus vidas las diferentes mujeres que no pudieron ser y sin embargo siguen llevando mi nombre. Cada vez que entro en un tema me doy cuenta que hay una Alejandrina que se quedó enredada en un pliegue del pasado, con un posible destino para el cual estaba preparada, para el cual estaba todo previsto, y sin embargo por “h” o por “b” se desdibujó con el tiempo y se perdió para siempre en el olvido.
El otro día vi una obra en la que actuaba Patricia Álvarez, y me vino esa sensación de traspasarme en el tiempo y estar otra vez sentada en el murito de la calle Sader, casa por medio con el Hotel Gorlero. Me acordé de Patricia cuando era una niña con bellos rulos rubios y ojos enormes y celestes y jugaba en la vereda de su casa, en la Parada 2. Era la más traviesa del grupo, que formaban -inseparables-

ella, su hermana mayor Sandra, hoy escribana, su hermano menor Leonardo y los dos primos Jorgito y Milton López. A cuál más lindo. Milton con un flequillo rubio que parecía cortado con una cacerola, Leonardo con ojos claros y rulos oscuros, Jorgito con ojos de miel ... Se confundían en el tono similar de sus cabellos, en las risas, en sus piecitos escalando escaleras y revoloteando cerca de la entrada del largo pasillo que unía la casa de los López. .
Eran una camada menor que yo, por eso no me metía en sus juegos. Más bien, tenía una mirada de cuidado, como si alguien nos hubiera dado la responsabilidad de velar por ellos.
Entre mi casa y la de ellos estaba lo de Pereira, pero su hijo, Pepe, era de una edad intermedia así que no jugaba ni con los niños ni con nosotras. Yo no lo saludaba porque cuando tenía doce o trece años y apenas amanecía una mujercita en mí, me tiró un hondazo que pegó justo en el lugar dónde terminaba mi shortcito blanco y nada me dio más vergüenza en la vida que darme cuenta había apuntado a ese objetivo.
La casa de los López estaba dividida en dos porque eran dos hermanos. Uno tenía la parte de adelante donde era la carpintería y vivienda; y el otro, el abuelo de Patricia, tenía la parte del fondo que compartía con sus hijos casados Jorge, su mujer Isabel, mano derecha de mi madre en el manejo del Hotel, y sus hijos Jorge y Milton (por ese entonces el menor, porque Federico, no había nacido) y la mamá de Patricia, Chela, también rubia y hermosa, con su marido y sus tres hijos.
Para mí era cotidiano darme una vuelta por allí, en general en busca de Isabel, que oficiaba de madre cuando mis padres no estaban. Cuando pasaba saludaba por la ventana a Chela y no puedo sacarme de la cabeza su imagen pintándose las uñas, siempre muy coqueta, aunque no tuviera ni vernissage ni fiesta donde ir.
Pero mi cita obligada, cuando recorría el largo pasillo hacia la casita del fondo, era detenerme en lo de Morocha, la abuela, la verdadera institución en esa casa. Me sentaba en la mesa con ella, me invitaba un mate o un té, que preparaba en pocos minutos, y siempre me contaba la misma anécdota: que una vez, cuando yo era chica, le pedí “pan con mejillones“ en lugar de “pan con chicharrones” y cada vez que la contaba reíamos de nuevo como si nunca la hubiéramos escuchado.
Cuando murió su marido, temí por su salud, pero resultó de hierro: no solo enterró a su marido, sino también a su hija y a dos de sus nietos como si la desgracia se hubiera ensañado con esa casa de techos bajos y pasillos largos tan cerca de la playa. Tal vez la muerte pensó que tanta belleza en un solo hogar era demasiado.
Muchos años después, me enteré que Morocha estaba en un geriátrico y la fui a visitar. Me hablaba muy amable, sin saber quién era hasta que me reconoció y se acordó del pan con mejillones, y volvimos a reír y me pude despedir, llevando ese recuerdo en el alma.
Esa Alejandrina, la de la Parada dos, la que se emparentaba con los López por el desamparo y la tragedia aparece cada vez que voy a la panadería y veo un pan con chicharrones, cada vez que veo

anunciado un espectáculo de Patricia, cada vez que, de casualidad, tomo la calle Sader que apenas tiene dos cuadras de largo y fue escenario de mi infancia.
Un año decidí quedarme a vivir en el Hotel, y allí compartí mis días con Isabel, Jorge y los chicos. Y me pregunto, entonces, cómo sería esa Alejandrina hoy si me hubiera quedado. ¿Me hubiera puesto de novia con aquel empleado de inmobiliaria, un poco gordito, que me invitaba a salir? ¿Habría tenido hijos en el Sanatorio Cantegril y trabajado en la Intendencia? Quizás. Tal vez ahora viviría en un chalet por barrio Córdoba y cuidaría de mi marido, mis nietos, mi perro y mi jardín.
Ahora estoy por viajar a Bahía y entonces me acordé cuando, por aquellos años, tomé una mochila y me fui a dedo a recorrer toda la costa de Brasil con una amiga de la que nos separamos a muy poco andar. Después de viajar a dedo, dormir en hamacas paraguayas debajo de los camiones, y tomar café gratis llegué sola a Bahía. Me fui a un pueblito hippy, Arembepe, con casas pintadas de colores y un lago que a veces se mezclaba con el mar, y allí me quedé casi un mes, cambiando camisas o zapatillas por arroz y bajando cocos de las palmeras cercanas a la playa.
Me fui en busca de mi “verdadero” yo sin condicionamientos de clase, de apellido, de escuela, de conocidos, tan despojada como el poeta que sabía que “todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar.”
Y me vi a mí misma sentada en un murallón, frente al mar, viendo bailar “capoeira” y comiendo un “acarajé”, o sea un bollo de porotos y camarones que fríen en aceite de dendé y venden en la calle. En algún momento pensé en quedarme a vivir en el país del “Orden y el Progreso” que tiene tan desordenada belleza. ¿Qué haría ahora Alejandrina en Bahía? ¿Tendría una posada? ¿Se habría enamorado de un cantante de bossa nova? ¿Habría conocido a Joao Gilberto o a Tom Jobim? ¿Se hubiera hecho amiga de María Creuza?
Esas Alejandrinas quedaron señalando caminos que ya nunca transitaré, esas Alejandrinas siguen de algún modo allí, como muñecas de papel que tienen mi rostro, y llevan mis sombras, sin piel, sin huesos, sin alma, vagando entre el casi soy y el ¿por qué no fui?
Por eso vuelvo a buscar en cada rincón de mi memoria y me pregunto: ¿Cuántas Alejandrinas llegarán a golpear las puertas del cielo cuando muera?, si es que voy al cielo, claro.

Una viuda intermitente

Estaba ayudando a una amiga a llenar unas planillas para conseguir un trabajo. El formulario preguntaba: ¿Estado civil? Y ella me contestó, tan campante, como si fuera lo más natural del mundo: viuda intermitente.
“Estando enamorada de alguien que vive a más de 500 km de distancia y que veo -como mucho- un fin de semana al mes soy viuda

durante veinticinco días al mes” -me explicó antes que yo preguntara nada.
“Soltera intermitente parece más divertido” -atiné a apelar en pos de desdramatizar la situación.
“No es nada divertido, cuando estamos juntos salimos a comer por ahí, vamos a escuchar música y hasta vamos a bailar de vez en cuando; pero después se va y caigo en un pozo de depresión interminable, me parece que no tiene sentido nada de lo que hago, mi casa me resulta ajena, mis amigas están cada uno en lo suyo y ya no cuentan conmigo. Tengo que dormir un día entero para reponerme de su alocado viaje y luego empiezo a reconectarme poco a poco. No, no tiene nada de divertido” - agregó.
“Estoy sola para enfrentar las cuentas, para dormir en una cama doble helada en el invierno, para desayunar cada mañana, para ver el noticiero de la noche, para llorar un amigo que se va, para compartir una noticia que conmociona. ¡Ni los goles de Uruguay pudimos festejar juntos!” -me sigue contando, como haciendo una catarsis. Cada vez más convencida me ordena: “poné, poné: ‘estado civil viuda’, a ver si se entera que cada vez que se va me deja un agujero enorme y lloro como cuando era chica y me soltaban de la mano, o cuando se rompía el piolín que ataba un globo de colores que yo veía perderse sin remedio en el celeste del cielo.”
Me quedé en silencio y la dejé hablar: “Los kilómetros de ida y vuelta, las llamadas, los mensajes vía *guasap*, las selfies, irán sumándose hasta en lugar de construir un puente logren levantar una barrera”-dijo.
“No sos viuda intermitente, amiga, sos una mujer que espera cada veinticinco días a su hombre y sabe que la felicidad no necesita los carriles de los proyectos, los atajos de lo acostumbrado, ni los trapecios de la esperanza” -le dije antes de poner en la planilla: “enamorada”.

Sin filtro

El otro día en la radio escuché la canción de Pablo Milanés que tanto difundió Mercedes Sosa en el Río de la Plata y que dice: “*El tiempo pasa, nos vamos poniendo viejos, yo el amor no lo reflejo como ayer y en cada conversación, cada beso, cada abrazo se impone siempre un pedazo de razón*”.
Claro, pensé, yo ahora no haría las cosas que hice hace veinte años, un libro que costaba una fortuna, un restaurante que cuando abrió la puerta tenía cuarenta mil dólares de deuda (por suerte tuvo éxito y pagamos hasta el último vinten)… Pero en seguida me vino el “clic”, ese que me hace la cabeza cuando mis pensamientos van derrapando en bajada hacia el abismo, cuando el alma empieza a hundirse en la oscuridad y apenas asoma un ápice de vida para respirar esperanza. El “clic” es como si un pie interior tocara fondo en la más oscura tristeza y entonces, con el envión, sale para arriba en olas de entusiasmo.

Ahí me di cuenta que, en realidad, a mí me pasa lo contrario que dice Milanés con el tiempo, en lugar de retraerme y pensarlo dos veces, cada vez me animo más a decir lo que siento, a veces, de manera tan indiscreta que me da vergüenza.
Voy por la vida sin filtro. El otro día, esperando el bus a Colonia para ir a Buenos Aires, una chica le comentó a su pareja “Qué raro que los argentinos nos quieran tanto...” y yo le completé la frase “... con lo poco que los queremos nosotros”. Ambos sonrieron y seguimos hablando de bueyes perdidos. Pero a lo que voy: nadie me pidió opinión, ni me preguntó ni me dio pie, yo me metí a completar la frase como si nada de lo ajeno me fuera extraño.
En el subte, ya en Buenos Aires, una señora trataba de explicarle a alguien cómo encender una estufa a gas de garrafa: “apretás el botón de encendido y luego das vuelta... das vuelta...” no sabía cómo seguir. “Apretás la perilla y la das vuelta hasta colocarla en el lugar dónde está el dibujito de una llama, ponés el fósforo o el encendedor y mantenés apretada la perilla un ratito aún después de que la llamita se prendió. Luego soltás y das vuelta hasta encender dos o tres llamas” le dije mientras el malón de gente nos iba separando en carriles diferentes. La señora sonrió y alcancé a escuchar que contaba a su interlocutor sobre la ayuda imprevista que había recibido de una desconocida.
También me pasa con los afectos. Cuando conocí al sobrino de una amiga y me quedé charlando horas con él le dije “es como si te conociera de toda la vida” y me parece que se sintió raro.
A un gran periodista, que admiro por su trayectoria y su valentía, le dije así no más, casi hablando de otra cosa: “por favor no te mueras nunca, que ya no nos quedan ejemplos que seguir, líderes a quienes admirar.” No sé si le cayó pesado o lo llenó de orgullo, por ahí las dos cosas.
A una mujer que viene luchando hace cincuenta años por la igualdad de género en Maldonado, también le dije lo que significó su ejemplo y me parece que se quedó pensando: “¿Qué querrá esta? ¿Necesitará una garantía para un préstamo o me va a pedir dinero?”
Es que, como decía, a mí ya no me queda “algo de razón” para mezclar en cada beso, en cada abrazo, al contrario, estoy como una canilla sin cuerito diciendo todo lo que siento y pienso. Tiendo los brazos, abro las manos que apretaron semillas muchos años para que se desparramen antes de secarse entre mis dedos y me aferro largo en cada abrazo.
Supongo que es porque me quedaron demasiadas palabras sin decir antes del adiós final de los que estuvieron siempre cerca y se fueron sin el gusto dulce de saber cuánto los amaba.
Supongo que eso que quedó sin decir es ahora como una estúpida piedra que me pesa adentro, haciéndome más tristes las mañanas.
No temo perder el tiempo. Al contrario, siento que me siembro en cada esquina en la que me distraigo, en cada persona que me pide atención, en cada minuto que le regalo al mundo levantando una bolsa de nylon tirada en la playa. El tiempo ya está perdido... o al

menos ya se fue... y nadie me dijo a mí que hubiera una Caja Fuerte donde ahorrarlo, dónde guardarlo para otra ocasión.
Por eso ahora no pongo un poquito de razón, dejo que mis ganas fluyan, que mis palabras se enreden en comentarios ajenos, que mis sonrisas hagan reír al niño que va sentado frente a mí en el ómnibus. Me doy cuenta que los enojos no sirven para nada, que las barreras son inútiles, que elegir a quien hablar, de quien hacerse amigo, a quien amar, es una ilusión del alma porque el mundo no tiene rumbo y las cosas cambian casi sin que nos demos cuenta.
Por eso alzo a los niños y acaricio a los perros, por eso me detengo en un atardecer como si fuera el último, por eso, más bien elijo la canción de Piero "*Vamos, decime, contame todo lo que a vos te está pasando ahora, porque si no cuando está tu alma sola llora. Hay que sacarlo todo afuera, como la primavera, nadie quiere que adentro algo se muera... Hablar mirándose a los ojos, sacar lo que se pueda afuera para que adentro crezcan cosas nuevas"*
Y cada mañana dejo en la mesita de luz la vergüenza y el arrepentimiento y salgo dispuesta a no callarme, a devolver miradas y gestos, a regalar lo poco que tengo: palabras, miradas, aplausos, sonrisas, abrazos, besos...

Memorias desencontradas (Se puede sacar)

Este año el verano parece no irse más. Cuando ya sacaba la ropa de invierno a ventilar y ponía las botas de abrigo a mano, amaneció con un sol rajante y al medio día hacía un calor como para meterse al agua. Entonces, todo se retrasó un poco, porque yo he ido creando rutinas con el paso del tiempo: termina el verano, lavo la toalla de playa y la bikini, armo el bolso para hacer gimnasia o yoga, saco hora con el ginecólogo y empiezo los análisis; si estoy bien de plata también me hago una limpieza profunda de cutis. Pero, claro, el verano alargado que nos tocó me dio vuelta todo, y tuve que lavar cuatro o cinco veces la toalla de playa, porque siempre aparecía un domingo más para disfrutar al menos dos horitas al medio día.
Por fin, cuando ya el invierno resolvió quedarse, empecé la ronda. Pude hacerme la limpieza de cutis con Marina, que trató de pulir mi piel y dejarla algo más suave, algo menos parecido al cartón corrugado con el que termino los veranos, ya que no me gusta usar filtros solares y vivo del mar al sol y del sol al mar.
Le conté, no sé por qué, que había perdido contacto con una amiga en común cuando me fui a Buenos Aires en el 2011 y me dice: "Volviste a Buenos Aires", como algo natural.. "¿Volví a Buenos Aires?" Y... sí, volví porque ya había ido infinidad de veces, pero no es el "volver" al que se refiere ella, pensé y me acordé de Aníbal Troilo y su "Nocturno a mi barrio", que decía: "*Alguien dijo una vez/que yo me fui de mi barrio, ¿cuándo? ...pero ¿cuándo? ¡Si siempre estoy llegando!*" Con el agravante de que yo no sé si mi barrio es Buenos Aires, la ciudad donde nací o Punta del Este a donde siempre estoy llegando.

Algo le conté de esta doble pertenencia y me preguntó como hacía cuando juega Uruguay contra Argentina. ”Siento como si mi mano izquierda se peleara con mi mano derecha, como si me hicieran esa odiosa pregunta: ¿A quién querés más, a tu papá o a tu mamá?” le contesté.
Le conté la historia del hotelito de la Parada 2, El Gorlero, que llegó de casualidad a manos de mis padres. Y ahí empezamos con los baches, como si ella transcurriera por un carril de memorias diferente del mío.
Por su silencio me di cuenta que le hablaba en chino, que no había oído hablar nunca del Gorlero. Intenté sacar de la bolsa de los recuerdos a Vinicius, en La Fusa, con María Creusa y Toquinho tocando algunos de sus temas memorables como ‘Garota de Ipanema’, ‘A felicidace’ o ‘Que maravilha’. Yo era chica pero lo veía asombrada tomarse una botella de whisky en las escaleras exteriores del Hotel, antes que lo pasaran a buscar para ir a actuar. Tampoco daba señales de saber de qué le estaba hablando.
Entonces le pregunté desde cuándo estaba aquí; y me contó que se vino a vivir hacía diez años, pero venía desde muy pequeña a veranear a casa de sus padres y apeló a algunos recuerdos de ese entonces que yo pude reconocer, como los bosques que ocupaban una de la veredas de Roosevelt, casi desde el Sanatorio y hasta la Parada 7, interrumpido solo por el enorme y suntuoso chalet “Elle”.
Le conté que las malas lenguas decían que el dueño le puso ese nombre, que quiere decir “Ella” en francés, porque tenía una esposa en Francia y otra aquí y de esa forma quedaba bien con las dos; y recordamos juntas lo bien que la pasábamos cuando salíamos a recoger hongos, después de las lluvias, en esa zona o por los bosques de la Ruta 12.
Cuando le conté que había hecho dos libros sobre Punta del Este no dijo nada. Silencio de radio. Supongo que por ahí no me creyó, porque de eso hace tanto tiempo... Entonces, el vacío, la nada, la no comunicación, volvió a instalarse, en tanto ella batallaba contra espinillas y puntos negros de mi piel, totalmente concentrada.
Yo hace rato descubrí que cuando hablo me duele menos porque saco mi cabeza de la zona de dolor y la hago volar por otros puertos; entonces retomé la iniciativa de buscar recuerdos de infancia, esos que nos traen algunas fotos antiguas que todavía lucen en locales esteños. Llegamos a los kioscos informales que habían armado con latas y cartones, los pescadores en el puerto. Yo me acordaba del boliche que estaba en el local del SOYP, el desaparecido Servicio Oceanográfico y Pesca, donde nos podíamos sentar en los ventanales con las piernas colgando hacia afuera, sobre el mar, cuando no había tormenta y las olas golpeaban los ventanales como queriendo entrar. Ella tampoco sabía nada de eso.
Era claro que pertenecíamos a generaciones diferentes pero aunque los baches producían incómodo silencio, seguimos por esa ruta tejiendo memorias, como uniendo retazos para armar ese territorio común que se llama identidad.

Hasta que encontramos un tema: la fotografía. Ella estaba descubriendo su habilidad para sacar fotos y yo había vivido, el año pasado, el rotundo fracaso de lograr hacer “clic” con éxito, pero ambas estábamos apasionadas con el tema. Como con la música, no hay que saber tocar para poder apreciarla.

Hubiera querido seguir hablando de esos años, cuando las chicas rompíamos la tradición con minifaldas y ellos con el pelo largo, me golpeaba en la memoria las escenas de una película que había visto la noche anterior sobre el mayo francés, los estudiantes y obreros juntos en la calle, en mayo de 1968; sobre esos años en que los jóvenes norteamericanos buscaban la revolución sexual y un mundo de “ amor y paz” y se juntaban en Woodstock, cuando los jóvenes de Praga soñaron primaveras, entre enero y agosto del 68 y los latinoamericanos armaron guerrillas para liberar el continente.... Mi cabeza hacía un vuelo rasante por esa década en lo que todo parecía estar en cuestión pero ya terminaba la sesión y Marina extendía una suave crema sobre mi piel y me recomendaba no dejarme estar.

Hacía rato que ya no me escuchaba. Habíamos perdido el hilo conductor de la memoria y yo me había zambullido, sola y en picada, en esos años que hicieron un antes y un después en la modernidad contemporánea.

Yo asentía, como un león sin dientes, tanto me había revelado a todas estas cosas en mi juventud, tan valiente anduve con mi cara cubierta de insoportables granitos y la consigna de no pisar una peluquería, y ahora, ahora que poco importa, ahí estoy poniéndome cremitas, más para darle un masajito al alma que otra cosa.

Prometí volver, pero quién sabe, tal vez mañana despierte adolescente con una vincha en la frente y una bandera flameando en mi conciencia. Tal vez, tal vez, mañana.

Ser de Punta del Este

Quisiera darle más vuelo literario a esta historia, ocultar algunos detalles que no hacen falta para entenderla, en fin, acomodar un poco las cosas para que suene mejor pero el relato se impone tal y como fue, de la “A” a la “Z” sin paréntesis ni pausas.

Apenas comenzó la consulta con la Dra. Valeria Valletta me preguntó con una amplia sonrisa en el rostro: ¿Sos argentina?

-Sí...-, contesté casi avergonzada y enseguida agregué como para salvar el prestigio: pero criada en la Parada 2.

Ahí mismo me vino la oleada de contradicciones que se me plantea siempre en estas situaciones: estoy orgullosa de ser argentina, no reniego de mi patria, pero me ponen muy mal algunas cosas que hacen o dicen mis compatriotas, sobre todo cuando están fuera el país. Desde decir “Acá en Argentina...” cuando están tomando sol en I ´marangatú, a frases de soberbia inauditas como: “Ustedes los uruguayos tendrían que tomar ejemplo de nosotros...”. De solo recordarlas se me hincha la yugular y siento que algo en mi va a explotar.

La doctora se dio cuenta al instante. “No se preocupe -dijo como poniendo paños fríos sobre mis heridas-, yo me crie en Punta del Este, en la calle 10, en la península y los que somos de acá no tenemos ningún problema con los argentinos”.
Me tranquilizó escucharla porque siempre pensé, o sentí, que los fernandinos, los “nyc”, (nacidos y criados), los puntaesteños, en particular las generaciones que ahora tienen más de cincuenta, no tienen ningún problema con los argentinos -ni aún con las actitudes soberbias- porque los conocen, porque fueron compañeros de niños porteños en la escuela Número 5 o en las Hermanas Capuchinas, porque desde siempre jugaron en la calle juntos.
Igual, me apuré a aclararle que nunca fui turista, que me trajeron cuando tenía un año y medio, que mi papá tuvo que irse de Argentina por problemas políticos y vino al Uruguay porque sus padres eran uruguayos y acá estaban todos sus tíos y primos… creo que no alcancé a decirle que el abuelo se había ido a Buenos Aires cuando los “blancos” perdieron la batalla de Masoller, en 1904; no siempre lo digo.
- ¡La Parada 2! -, exclamó la doctora, y empezó a contarme que si bien se crió en la península, su familia se mudó a la Parada 2, a donde vive actualmente.
- ¿Al lado del almacén que tenía Salazar? -, le pregunto.
- Claro, enfrente al baldío que luego se convirtió en la Torre del triángulo -, contestó y en su mirada vi el reflejo de esa manzana triangular en la que jugábamos de chicos.
-A media cuadra de la bicicletería de Techera -, recuerdo sonriendo, sabiendo que alguna vez llevó su bicicleta a inflar las gomas o a aceitar la cadena oxidada de tanto mar.
- Sí, y a una cuadra del almacén de Cairo-, agrega.
- ¡El almacén de Cairo! ¿Era del papá de Fernando Cairo?-, pregunto.
- Sí, claro, él era maestro pero luego se dedicó al comercio y la mamá de Fernando, Nancy, fue maestra mía en la escuela Número 5… Debe haber seguido contándome algo pero yo estaba con mi bici dando la vuelta a la esquina de Continuación Gorlero para ir hasta la Panadería La 2 a comprar bizcochos.
Entonces me acordé del día que llegamos con mis padres y mi hermana para recibir el vetusto edificio de la Parada 2, al lado de la Barraca Punta del Este. Adelante tenía una enorme cocina y el humo negro de un mal tiraje había ennegrecido el techo. Un corredor demasiado largo para mis cinco años, se abría a cada lado. En el medio había seis baños chicos y viejos con puertas vaivén pintadas de gris, para ser compartidos, y a cada lado del pasillo daban las enormes habitaciones, ocho de cada lado, y cada una con cuatro camas que parecían de hospital. El edificio estaba frente a la vía del ferrocarril, justo dónde daban vuelta a la locomotora para retornar a Montevideo. No podía ser peor, pero mis padres lo habían aceptado como parte de pago de una deuda por eso de que “vale más pájaro en mano…”
Pero era como que les hubieran puesto en las manos no un pájaro sino un elefante y el enorme peso muerto de esa mole vacía,

deshabitada, inhóspita, cayó en pleno sobre el eslabón más débil de la cadena, o sea yo… y caí enferma.
Mis padres, que pensaban volverse ese mismo día a Montevideo, ocuparon una habitación y en esa enorme cama con sábanas desteñidas, me fue a ver la doctora Collazo. Tenía puesta una camisa paraguaya que yo, aunque tenía cinco años, reconocí enseguida para sorpresa de los adultos. Esas salidas que tienen los niños y quedan para siempre en el anecdotario familiar.
La doctora me curó y desde entonces para mí fue una especie de parienta lejana, de tía adoptiva, aunque luego me atendiera, como a todos los niños de la zona, el doctor Goldaracena. Lamento que se fuera de este mundo sin saber de mi admiración y de mi agradecimiento, no porque me faltaran oportunidades de verla sino porque ahora me doy cuenta lo que significó su sonrisa en esa desolación de piezas vacías y ventanas que se golpeaban con el viento.
Así las cosas, ahora la vida me ponía frente a un escritorio con otra médica, que me hablaba de ella y de su consultorio en la calle 27 en dónde atendía también su padre, el Dr. José Valletta, cardiólogo e internista, la doctora Ligia Duarte, ginecóloga, el doctor Walter Ellis, traumatólogo y dermatólogo… casi una clínica entera en cuatro consultorios de una casa de dos pisos con ventanas verde inglés y techo de tejas. En un Punta del Este que entonces no tendría más de trescientos habitantes, donde los turistas salían a “gorlerear” y se detenían en “Dante” a comprar medias de seda, whisky, chocolates y latas que solo había en un Uruguay de fronteras poco exigentes, turistas que se ponían sus mejores pilchas para dar “la vuelta al perro” en el coche y pasar por la esquina de El Mejillón, a ver quién estaba…
La doctora Valletta, en tanto me iba dando el diagnóstico y las recetas para hacerme análisis o comprar medicamentos, decía: “Yo estoy muy orgullosa de ser de Punta del Este y lo digo siempre, no para mandarme la parte por lo que significa hoy este lugar sino porque es el lugar donde nací y crecí”.
-Porque además, lo vimos crecer y fue tan rápido… -,agregué con algo de nostalgia de los bosques que ocupaban lo que ahora son las Torre de Plata, del baldío en el que construyeron Parque Mar, o de las vías del ferrocarril que todavía veo dibujadas bajo la avenida Boulevard Artigas.
-Porque es mi lugar en el mundo -, cerró cuando ya estábamos de pie, despidiéndonos y un abrazo selló la frase.
Apretando las recetas me alejé con lágrimas en los ojos.
“Mi lugar en el mundo”, resonaba en mi interior. “Mi lugar en el mundo”, dieciséis letras que abarcan un sentimiento tan profundo e intransferible como ese.
“Mi lugar en el mundo”, me dijo o le dije, o tal vez dijimos juntas.

El consumismo me consume

Soy consumista, debo reconocerlo, pero no tanto como algunos casos extremos que conozco. Por ejemplo nunca respondí al “llame ya” por tentadora que fuera la oferta pero sé de gente no puede dejar de comprar y tiene en su casa una faja para adelgazar que no usa, un soplete para pintar al que se le secó la pintura y nunca más pudo usarlo, un masajeador de pies que se olvida de poner cuando ve televisión, una almohada para mejorar las horas de descanso apolillándose en el placard, una súper picadora-batidora-licuadora-mescladora-exprimidora, cuyas piezas nunca supo cómo poner para que funcione… sin contar el aparatito para cortar verdura, el de cortar madera, el de cortar césped… ¡CORTEN!
No soy consumista me digo cuando veo a mis amigas que, cuando se angustian, salen de compras, como si un vestido, una campera o un par de zapatos les pudieran calmar el dolor o la ansiedad, como si fueran curitas para el alma. Sin embargo me doy cuenta que si mi día se puso negro y paso por una vidriera en dónde justo está esa camisa que siempre me quise comprar, meto un “tarjetazo” y me calmo. Como una aspirina que baja la fiebre poro no quita la gripe.
No soy consumista pero Marcela se quedó sin trabajo y vende para una de esas empresas multiproductos para el hogar, en cuyo catálogo hay cacerolas, esmaltes, productos de maquillaje, perfumes, medias, ropa interior… en fin, de todo. Cuando viene a casa me paso mirando el catálogo en forma compulsiva hasta que, claro, luego de hacerle perder tanto tiempo le tengo comprar algo, cualquier cosa, y así me lleno de esmaltes de colores ridículos, de cremas que no uso y de perfumes horrendos.
No soy consumista pero el otro día escuché en la radio que hay armarios a bajo precio y me acordé que le vendría bien uno en la baulera donde siempre estuvo todo amontonado (y seguirá estándolo con o sin placar) y me paso cambiando el dial a ver si vuelvo a escuchar el sitio dónde los venden.
No soy consumista y no puedo entender la gente que no puede viajar sin entrar al shopping. Si hay algo que es igual en todas partes del mundo son los shopping. Un día fui en un crucero por el día a una isla y mi compañera de viaje se pasó las cuatro horas del recorrido por la isla adentro del Shopping. Su caso sí que es clínico. Cuando volvimos me invitó una tarde a su casa y me mostró que tenía en un altillo lleno de valijas ¡de ropa sin usar!
No soy consumista pero con los celulares no me puedo controlar, tengo uno argentino, uno uruguayo normal y otro con doble chip y nunca sé cómo funcionan. Tampoco sé cómo hice para pagarlos, creo que uno venía con el nuevo plan y el otro en cuotas con la factura y el último era una oferta de una tarjeta y caí en la trampa. Pero conozco casos peores como una amiga habla por teléfono hasta que se le acaban los cómputos por no regalarle minuto a la compañía. Ni salgo a comprar un chip nuevo porque dan minutos libres, ni ando con dos o tres celulares en la cartera.
No soy consumista pero a veces las ofertas me pueden. . Una vez llené la casa de lentejas y puré de papas, porque estaban a diez

pesos el paquete en la rebaja de fin de temporada y después los tuve que regalar porque no como ni lentejas ni puré de papas.
En fin, puedo seguir al infinitum con ejemplos de compras compulsivas, de compras de cosas inútiles, de compras hechas por efecto de la propaganda. Las palabras mágicas son “oferta“, “solo por tres días”, “aproveche” “se paga solo“.
Esas palabras mágicas me despiertan una suerte de animal irracional que parece que hubiera estado abandonado y muerto de hambre durante siglos adentro mío, un ser que viene del origen de los tiempos, un ser ancestral que salta con tal desesperación, con tanta angurria, que no puede calmarse hasta no tener consigo la tal oferta en cuestión. Entonces ese animalillo (que me lo imagino como un mono flaco, desgarbado, pelado y con los ojos desorbitados) se calma y todo vuelve a la normalidad. La bestia irracional en que nos convertimos peleando por una lata de tomate más barata en el supermercado, se desdibuja y pasamos a ser seres humanos racionales que hablamos con preocupación sobre el futuro, con serenidad sobre nuestro acontecer y con dulzura hacían nuestros seres queridos. Toda una metamorfosis, digna de una interpretación teatral, que convierte a la bestia en la bella.
Por eso, a veces, cuando los poeta hablan de manera romántica de la mujer yo me pregunto si alguna vez nos vieron detrás de la oferta de remeras de fin de año de las grandes tiendas, o calzándonos 25 pares de zapatos para encontrar el apropiado, No, seguramente no es de esa mujer que hablan los poetas y los enamorados.
No soy consumista, decía, pero me di cuenta el otro día que compro productos de electricidad en la firma que tiene un cartel en la carretera, que conocí los helados a los que me habitué por mirar televisión, que tomo la bebida más publicitada del mundo, que sueño mis vacaciones en ese destino que promueven aun teniendo las mejores playas del mundo a la vuelta de la esquina. Y algo mucho peor todavía: sentí que si me sacaran todo eso me sentiría como un queso gruyere, llena de agujeros. Sin duda el consumismo me consume.

Belleza era la de antes

Hoy desperté con una extraña sensación: la belleza ya no es como era antes.
Debe ser porque ayer tuve que hacer un regalo de cumpleaños y mirando vidrieras encontré un mate de un material de siliconas más cálido que el plástico -pero plástico al fin- con un diseño muy bello, con la bombilla corta, adherida de tal forma que no se cae cuando uno está en una posición peligrosa y de un estridente color verde limón. Casi como una manzana.
Lo compré, pero sentí que estaba llevando un marciano a casa. El mate, nuestro querido y tradicional mate, el que había que curar uno o dos días con yerba antes de usarlo y que tiene la forma que la naturaleza le dio, se ha ido transformando con el tiempo. De los lujosos mates del plata labrados, que hacían honor a las familias que

los heredaban de padres a hijos, llegamos a esto: a un mate con diseño marketinero, un mate descartable, ¡Un mate que está de moda!
Esto que me pasó con el mate me pasa con todo.
Cuando veo una vidriera de muebles para chicos quedo extasiada: camas con cajoneras abajo, combinando vivos colores, acopladas a las mesas escritorio preparadas para computadoras y equipo de música. Muebles pensados para apoyar una fina y liviana pantalla de tv que seguramente terminará de decorar el cuarto de los chicos en lugar del afiche del Che, o la camiseta de fútbol.
Sí, la estética está dominando los mercados.
Antes un mueble podía ser casi una obra de arte porque lo hacía en forma artesanal, un carpintero que trabajaba con habilidad y amor a la madera, arrancándole las formas con su cincel dotado. En los muebles se expresó el arte de cada tiempo, y por eso la humanidad tiene una rica historia de estilos.
No es que una reivindique los mates de plata o los sillones Luis XV. Nada de eso. No es para atrás que encontraremos las respuestas.
Lo que me lleva a reflexionar es darme cuenta que casi todo compite en el mercado por su diseño, y ese “plus” de belleza que tienen las cosas no es tan fácil lograrlo desde casa, con aguja e hilo o con lápiz y papel. Las empresas que venden ropa, muebles, latas, botellas, programas de computación, celulares o tazas de café, invierten buenas sumas en estudios de diseño. Pero lo que me desespera no es que las cosas sean tan lindas sino no encontrar, ni en la computadora ni en la vida, algo “hecho a mano “ algo que tenga la armonía y el pequeño error que denota una emoción, una duda, un gesto… humanidad, al fin.
No hablo de arte. No, no me refiero a pintores o escultores, que a veces también parecen hacer las obras al por mayor, estandarizadas, casi idénticas, sosteniendo una marca: su firma.
Me refiero a todo lo que consumimos cotidianamente, a lo que compramos en el super mercado, a lo que tenemos que elegir para vestirnos, cada mañana, y que se pone viejo de un año para el otro sin saber muy bien porque.
Mi amigo Darío, que es filósofo, me explicó que esto es el postmodernismo. Dicho de otra forma, me dijo que nosotros somos indefectiblemente “modernos” - lo que, por más curioso que parezca, quiere decir “antiguos”- porque creemos que se puede prosperar, porque pensamos que hay que trabajar duro para lograr un mundo mejor, porque queremos explicar lo que nos sucede, y tenemos la ilusión de que siempre hay razones, aún para los mandatos del corazón.
No se trata de considerarse “postmo” y salir a la calle con cualquier combinación poco ortodoxa o poner un enanito de jardín en el living. No, Darío dice que el postmodernismo es, sobre todo, la necesidad imperiosa de imponer lo volátil, lo disperso y lo fragmentario no porque sí sino como una manera de apostar a un mercado más rápido y de mayor recambio. O sea que estamos, según él, en un capitalismo, que además de injusto y explotador, es “fast”.

Esto me resulta agotador. Me resulta una aplanadora que pasa por sobre todo lo querido, construido y armado con cariño y dedicación para convertirlo en cursilería y dejarnos definitivamente en manos de los mejores diseñadores que ahora controlan hasta el buen gusto.

Doble nacionalidad

El himno nacional uruguayo

Estábamos en el puerto de Punta del Este, asistiendo a una ceremonia de inauguración de algo, no recuerdo bien de que: un barco, una regata, un proyecto. Había autoridades de prefectura, periodistas y numeroso público.
Era un día soleado, los barcos pesqueros de madera que como gajos de naranja se arrimaban sin tocarse, los lobos de mar saltaban en la escollera para comer los desperdicios de la pesca, las gaviotas instaladas como veletas en la cúspide de las columnas estaban más atentas al viento que a nosotros.
Sonaron los primeros acordes y empezamos a cantar el himno nacional: “Orientales la patria o la tumba..” yo no puede dejar de sentir cierto orgullo en eses vibrantes estrofas, cuando lo canto.
Según Marciano Duran cuenta en su último libro, “El sueño de San José“, Francisco Acuña de Figueroa, fue también autor del himno Paraguayo que empieza casi igual “Paraguayos: República o muerte” pero lo importante no es que haya echo uno, dos o cien himnos sino que este lo cantamos y nos identifica.
Al lado mío, esa tarde, estaba un colega que, cuando terminó el himno me dijo, como si me hubiera descubierto robando, “Te agarré: vos sos uruguaya y te hacés la argentina.”
Que me imaginara uruguaya me enorgulleció secretamente, porque en las venas llevo sangre oriental y me sentiría traidora negándolo*, pero me dio bronca que pudiera pensar que había algo interesante en hacerse pasar por argentina· ¿Qué gusto podría tener adoptar una nacionalidad ajena? Para colmo siempre pensé que la argentina debe ser una de las nacionalidades más difíciles de llevar en occidente, porque no basta ser sino que hay que asumir lo que históricamente ha hecho esta patria grande, en especial con sus vecinos. Sólo pensar en la Guerra de la triple alianza para que me suba un rubor de vergüenza.
El himno nacional uruguayo me recuerda la escuela donde cursé hasta sexto año, los delantales blancos, las moñas, mis primas de Montevideo que estaban en la misma escuela, la bandera con cuatro trazos azules y un sol a la izquierda que venía para pintar en las hojas Tabaré. Esas que traían ilustraciones para las fechas patrias con el busto de Artigas o de José Pedro Varela o la reproducción del cuadro de Blanes sobre los Treinta y Tres Orientales.
En mi cuaderno de primer año encontré, el otro día, un poema a la bandera, escrito con mi letra de niña, que terminaba: ”Cuando yo te veo/ jugar con el viento/ de ser uruguaya / gran orgullo siento” y me

imagino que mi madre, que se sentía tan argentina, debe haberse dado cuenta que, además de la brecha generacional, otra invisible brecha se abría entre ella y yo.

El himno nacional argentino

Me subo al subte y siento una armónica entonando temas populares. Siempre que escucho música en la calle el mundo se transforma y la ciudad deja de ser un territorio árido y ajeno para convertirse en un escenario en dónde de espectadores pasamos a protagonistas. Cuando me estoy por bajar el hombre de la armónica comienza tocar el himno nacional.

El himno nacional argentino lo escuchaba de niña, en mi casa, cada fecha patria, cuando los exiliados en Montevideo, se juntaban para recordar y sumar nostalgias, siempre soñando con volver, siempre con las valijas a mano como si en cualquier momento las cosas pudieran cambiar, siempre, en fin, con el cuerpo aquí, frente al rambla de Pocitos, y el alma allá, prendida de alguna rama de la Plaza San Martín, o enganchada en la punta austera del obelisco.

Lo escuché por primera vez en territorio argentino, rodeada de compatriotas, en el patio del colegio cuando comencé la secundaria. Mis compañeras se agitaban inquietas esperando que terminara de una vez para poder entrar a la clase y encontrar buenos asientos. Yo, en cambio, estaba extasiada. Cantaba “Oíd mortales el grito sagrado libertad, libertad, libertad …”y sentía que se deshacía algo adentro del engominado uniforme de colegio. Ya no era parte de un grupo aislado, que se refugiaba en un apartamento de Pocitos en el que apenas entrabamos apretados. Era una más, una entre iguales.

Más adelante, ya en la facultad, volví a sentir el himno de una manera inolvidable. Fue en la Plaza de Mayo, junto a miles, millares de desconocidos compatriotas, obreros, estudiantes, jóvenes militantes que con bombos y banderas se iban sumando hasta apretujarse frente a la Rosada.

Me sentí parte de un enorme cuerpo humano, que inundaba la histórica Plaza y se colaba por las calles laterales. Era plaza del 17 de octubre de 1945, con los cabecitas negra metiendo las patas en la fuente, la plaza de Perón y Evita, plaza de los bombardeos del ´55, plaza de las Madres de Plaza de Mayo los jueves en ronda, de la reivindicación, de la protesta y del festejo. Sentí que ríos de gente me trasladaban, insignificante en la multitud. Allí el himno me convirtió en sílaba de un largo discurso, en madera de un enorme barco, en pluma de un cóndor atravesando los Andes.

Ahora en el subte el mismo himno no me emocionaba. No sé si el lugar o el sinsentido. Tal vez estemos entrando en un tiempo en el que las cáscaras sobreviven sin contenidos, y las palabras se repiten sin sentido. Tal vez simplemente era un hombre tocando la armónica en el subte, y la que extrañaba la emoción era yo.

Lo cierto es que un himno me hizo acordar al otro y siempre es así en mí. Así partida al medio por estrofas voy por el mundo transitando el aquí y allá sin esperanza de poder detenerme. Llevo dos patrias en el

alma sin poder conciliarlas, dos himnos, dos banderas, dos escudos, dos tierras que me cobijan y me llaman.

El triciclo colorado

Punta del Este transitaba, en los años cincuenta, los mejores años de su grácil adolescencia. La Aduana, construida en 1860, estaba cumpliendo casi un siglo. La Iglesia, el Faro, algunos hoteles de lujo en los que se daban grandes fiestas, iban amasando su destino de balneario selecto.

La avenida Gorlero, bordeada de palmeras, era la calle principal a cuyos lados se alzaban señoriales chalets. Algunos ocupaban una manzana entera, otros, un poco más hacia la costa, llegaban con sus jardines hasta las rocas o las pequeñas playas que se abrían en curvas invitando al baño.

Néstor tenía cinco o seis años cuando su mamá comenzó a coser para María Agorrody, en la Punta. Estaba a pasos del taller Gattás, que más tarde quedó abandonado como un escenario sin actores, y a metros de la Iglesia, justo dónde luego, los Tasano pusieron el hotelito “Leo Dan”.

Hasta entonces cosía en casa. Néstor y su hermano estaban acostumbrados a jugar al fútbol en la calle de tierra, frente a la casa, en San Carlos, en la última cuadra de Carlos Alberto Cal, y cuando llegaba la hora de la leche y mamá los llamaba, salían corriendo a tomar algo caliente, a veces solo mate cocido y un trozo de pan.

Pero venía la temporada y llevar la ropa a coser hasta San Carlos demoraba el trabajo que los turistas exigían siempre para ayer, así que María Agorrody hizo espacio para que las costureras se quedaran todo el día y pudieran hacer las pruebas a los clientes.

Los chicos se quedaban en el barrio, con los vecinos, o los tíos, pero algunos días, en temporada, no había quién se pudiera quedar con ellos y la madre tenía que llevarlos al taller y ordenarles quedarse quietos y en silencio, sin molestar a nadie.

Néstor se la bancaba bastante bien. Observaba el trabajo de las costureras, que no tenían pausa, y jugaba con su imaginación inventando historias. Su hermano no tanto, pateaba la silla y al final se las arreglaba para salir a jugar a la pelota al patio. La calle era muy peligrosa ahora que se había inventado el automóvil.

Una tarde, después de horas de estar sentada, la madre decidió no tomar el ómnibus frente al cine Ocean, donde estaba la Terminal, y se fue caminando, por Gorlero, para tomarlo en la Parada 1, y ver un poco el mar, aunque tuviera que viajar parada.

Para Néstor fue una fiesta. No le daban los ojos para mirar vidrieras, pero sobre todo para descubrir a los turistas “gorlereando”, del Mejillón a la Plaza de las Palmeras, ida y vuelta, como la “vuelta al perro“ que todavía se usaba en Maldonado y San Carlos, alrededor de la Plaza.

Los turistas se saludaban, se quedaban charlando en corrillos en la esquina, algunos se sentaban en las terrazas de la confitería La Fragata a tomar un aperitivo antes de la cena, y otros simplemente

paseaban, luciendo la gorra de navegante aunque hiciera rato que el sol se había ocultado.
Este clima, no le pasó por al alto al chiquilín que todavía usaba pantalones cortos.
Se notaba un ambiente amistoso, aunque hubiera gente que no se conocía entre sí. La vestimenta, el estilo, hasta la forma del saludo eran diferentes a los de su barrio. Ellos pertenecían a un mismo grupo ¿argentinos? ¿turistas?. Néstor era muy chico para definirlo pero suficientemente observador como para darse cuenta.
Los más “cancheros” seguían con la ropa de playa y alguna campera náutica para demostrar que tenían barco, pero la mayoría se notaba que estaban recién bañados y cambiados, con ropa sport, impecable, pantalones o soleras planchadísimas, zapatos o sandalias “haciendo juego” y a la moda.
Néstor no paraba de fotografiar en su memoria. Ese desfile de gente que llevaba su elegancia con la cadencia propia de quién no necesita nada, que no busca nada, lo maravilló. La estética lo apasionaba y sería su vocación volcada al dibujo y la arquitectura más tarde, aunque era muy chico para saberlo en ese entonces. El paseo por Gorlero si fuera en cámara lenta sería una pieza de ballet.
De golpe algo lo dejó estupefacto. Un chico con un triciclo colorado, brillante, con ruedas gruesas que parecían de bicicleta, daba vueltas en la vereda. El niño que lo conducía parecía saberse arriba de una suerte de BMW en materia de triciclos y se lucía yendo y viniendo desde la esquina de la 29 a la 30, sorteando los puestos de revistas que Dante ponía en la vereda y haciendo chirriar los frenos de manera que las ruedas de atrás dieran un ligero vuelco a la derecha chirriando.
A Néstor se le agolparon varios sentimientos incontenibles: el deseo de tener uno así, o al menos de subirse un ratito, pero al mismo tiempo una certeza profunda de que ese triciclo, como mucho de lo que venía descubriendo esa tarde por Gorlero, no pertenecía a su mundo. Nunca iba ser suyo. Había otro mundo de poder y riqueza que le era ajeno.
Al llegar a casa, ya de noche y después de caminar varias cuadras desde dónde los dejaba el ómnibus, fue a sacar agua del “tanque” para los fideos. La madre, mientras, cambió la mantilla para encender el farol y prendió el primus. La luz eléctrica, tantas veces prometida en las campañas electorales, todavía no había llegado hasta su casa.
A la hora de la cena Néstor entretenía a su mamá contándole las historias que había inventado esa tarde o que alguien le había contado, para que perdiera el rictus de cansancio de tanto trabajo y soledad, con el secreto deseo de que se dibujara una sonrisa en su rostro, antes de irse a dormir.
Esa noche, cuando se dio vuelta en la cama, contento por la salida, feliz de tener a mamá cerca, tuvo otra enorme certeza, tan fuerte como la que había sentido a la tarde: “cuando fuera grande se subiría a un hermoso triciclo azul, con alas, que lo llevaría a recorrer el mundo”.

Las callecitas de mi ciudad tienen ese no sé qué ¿viste?

Salgo por Dodera, lo de siempre en la calle y en mí. Hasta acá el plagio a ese gran uruguayo Horacio Ferrer que nos regaló las letras más bellas del tango moderno. Aquí, en mi cuadra, en Maldonado, no tengo maniquíes que me guiñen un ojo, ni naranjas del frutero de la esquina que me tiren azares y los semáforos dan una luz roja, un amarilla y una verde. (Eso que dice el poeta de que dan tres luces celestes puede ser que sea así algunos días y por eso me paso la roja sin darme cuenta.)
No, no hay maniquíes, es cierto, pero a mi también me distraen cuando salgo de mi casa, lo de siempre en la calle y en mi.
Apenas cierro la puerta un gato gris, lustroso, joven y bello se extiende, cuan largo es, en el pasillo, para que le haga mimos en la panza. ¡Casi nada tener semejante alfombra de amor a mis pies! En cuclillas me entretengo un rato a disfrutar de su sedoso traje y sigo.
Salgo y paso por el local de una entidad del Estado; otra parada, un saludo, una charla ¿Cómo están las plantas? Un compañero me regala una banderita de taxi libre y me invita andar en su ilusión súper sport, vamos a volar por las cornisas y, en efecto, nos saludan los locos que inventaron el amor.
Eso, que también es plagio de la letra de Ferrer, me pasa casi igual, aunque nadie me vea pasar por la cornisa, aunque solo yo lo sepa.
A mitad de cuadra está la peluquería y el nene de la peluquera me pregunta por su pelota de colores que corrió calle abajo siguiendo a algún amor.
Antes de doblar la esquina, veo venir a Marina con sus nietos y me cuenta algo del museo de piezas arqueológicas que mantiene a pulmón su marido, en Cerros Azules. Entonces sueño con convertir mi casa en un museo histórico de los argentinos en la zona o mejor, en un lugar alternativo para los chicos del INAME, donde trabaja Marina…o las dos cosas.
Voy caminando y pienso en los árboles que pueblan las calles de Maldonado, están raleados, dos tres en cada cuadra, algunas vacías de verde y otras tupidas de esquina a esquina, y se me ocurre que deberían declararlos patrimonio de la ciudad y cuidarlos así tendríamos bellísimas veredas vestidas de rosa en el verano.¡Qué orgullo el nuestro al vestir de colores esta ciudad!
Sigo y en la esquina Fernando Píriz me cuenta de un nuevo programa en TV Cable y le pido, que aunque sea dos estrofas, me cante un tango, como lo hacía cuando trabajábamos juntos para el festival de cine. Dobla la ceja y entona con voz inconfundible, dejándome corcheas en el alma.
Así no llego a la esquina, en menos de una hora, pero metí en la mochila proyectos, ganas, afectos, sonrisas, besos… y hasta una pelota de colores que no llegó a la playa.
Mis amigas me esperan en bar de la esquina. Cuando llego me reclaman la tardanza ¿Qué les explico? ¿Que el gato, el amigo poeta,

la peluquera, el vecino y mis sueños volaron por las cornisas? Imposible. Bajo la cabeza, pido disculpas, callo.

Soy asesina serial

Anoche, cuando me fui a dormir, empecé a sentir ruidos en la caja de la persiana de mi cuarto y pensé que era la tormenta, porque la lluvia y el viento arreciaban y estoy cerca de la costa, pero cuando abrí la ventana no había viento y sin embargo los ruidos continuaban.
Sin duda se trataba de los murciélagos que se instalaron de nuevo en el cajón de la cortina de enrollar. Ellos, como los horneros, hacen su nido en la parte más tibia de la casa que, lamentablemente -para ellos y para mí- está al lado de mi cama, arriba casi de mi almohada.
En ese momento me dí cuenta que la frase “nada de lo humano me es ajeno” -que dijo Terencio, 165 años antes de Cristo-, era mucho más abarcadora de lo que hasta ahora suponía. No sólo me puedo identificar con el dolor y el sufrimiento ajeno, con la alegría de mis semejantes sino también con esos sentimientos espantosos que asolan a la humanidad, como los de Hitler con sus políticas de exterminio racial, los turcos asesinando cristianos o el Ku Klux Klan persiguiendo negros, por poner solo algunos ejemplos del siglo pasado.
La prueba del 9 de los murciélagos, en esta casa, es fijarse junto a la cinta de enrollar la persiana porque por ahí caen sus excrementos negros, con la forma y el tamaño de un grano de arroz y allí estaban, amontonados. En Diciembre el portero había abierto la caja, limpiado y desinfectado todo pero, en menos de dos meses, los muchachos de traje negro que pueblan la noche con sus alas oscuras estaban allí otra vez.
Bajé la persiana, coloqué en sus intersticios bolitas de naftalina, y volví a subirla sacudiéndola un poco como para que la pelotitas blancas de penetrante olor cayeran en el cajón. El portero dice que a partir de ese momento no los escuché más porque los murciélagos se pusieron a jugar a la bolita con la naftalina porque para lo único que sirve es para espantar polillas. Lo cierto es que yo, muerta de cansancio como estaba, me enrollé en la colcha, me tapé la cabeza con la almohada y dormí profundamente hasta las ocho de la mañana, convencida que había ganado la batalla.
Igual, y por si acaso, apenas me desperté llamé a Enrique, que fumigaba el Hotel Gorlero, de mis padres, en los años setenta, que fumigó mi casa en Punta Ballena en los noventa y que sigue, por suerte, haciendo su tarea. (A veces pienso que haré cuando se jubilen profesionales como él que hace más de cuarenta años que trabajan en Maldonado: será como irse a vivir al extranjero!)
Enrique fue muy eficiente y no sólo desinfectó el lugar sino que puso goma espuma para que no puedan entrar pero mi actitud me hizo sentir medio nazi y políticamente incorrecta. Supongo que algo de este “despertar” de tan discriminatoria e impiadosa necesidad de exterminio se debe a que estoy viendo mucha televisión.
Hasta ahora solo la tenía para seguir algún hecho que conmoviera el país o el mundo. La prendí el 18/J de 1994 cuando sentí, a pocas

cuadras de mi casa, el estruendo de una bomba que resultó ser el atentado a la Amia, o cuando -acá en Uruguay- vi en las pantallas de un supermercado un avión estrellarse contra una torre en Nueva York el 11/9 , por ejemplo, la prendía para seguir los resultados de las elecciones y alguna noche que no podía conciliar el sueño. Sin embargo ahora estoy viendo programas informativos casi todos los días y la violencia se me cuela en los sueños, en las actitudes y peor aún, en los sentimientos.
Enrique vino esa misma tarde y yo me demoré en unos trámites por eso, cuando llegaba a casa, sabía que él estaría dedicado a matar murciélagos, y algo en mi diabólico y maldito apareció con fuerza y casi cantaba ritmo de rock pesado “Soy asesina serial, quiero que se mueran todos. Soy asesina serial: matar, matar, matar a todos: ¡murciélagos!”. Y la repetía mientras el ascensor se acercaba lentamente a la escena del crimen.
Una vez terminado el trabajo enrique me contó: “Una vez me llamó una señora que estaba refugiada en el living. Llegué y la señora protegía a los niños con un brazo y con otro se agarraba la cabeza porque tenía uno enredado en el pelo. Tuve que agarrar una tijera y córtale el pelo porque si lo trataba de matar podía morderla o rasguñarla y si tenía rabia…” contó Enrique. Justo como para terminar se sellar cualquier agujerito de mi alma que dejara filtrar algo de remordimiento: “qué los maten a todos”, pensé.

Hasta ahora me parecía casi pintoresco que en los edificios de Punta del Este y Maldonado, sobre todo en los que tiene doble pared, anidaran estos ratones nocturnos, ciegos, que dieron origen a tantas leyendas populares y en particular a la novela Drácula, de Stoker, publicada en 1897 y con notable influencia hasta nuestros días.
Pero ahora, en cambio, cuando llegaba ansiosa de ver los resultados de la razia que habría realizado el fumigador me dí cuenta del terror que me producían esos animales y el deseo irracional de exterminarlos. Entonces sentí que mi humanismo era puro cuento, que mi amor universal tenía límites, que ese sentimiento maravilloso que me inunda cada mañana cuando miro la inmensidad del mar, mezclado en nubes y soles, que me hace sentir viva y en armoniosa sintonía con la existencia en todas sus expresiones se estrellaba contra el cadáver de un murciélago bebe, despedido al espacio por un asesino a sueldo que yo había contratado.
Triste imagen de mi misma. Parece que el crimen no es solo cosa de asesinos desalmados sino parte de nuestra complicada humanidad que ha sabido crecer en tecnología y ciencia pero poco y nada en corazón y amor.

Una trapecista en problemas (PUEDE NO IR)
Una vez alguien me dijo que los cambios, en la vida de la gente, son como eso espectáculos de trapecistas de los circos. Uno se prepara en su plataforma, se aferra bien al trapecio y se lanza. Comienza entonces un ir y venir, ir y venir, hasta que está lo suficientemente cerca del otro trapecio como para agarrarse y soltarse del que lo

sostenía pero “No se olvide- me dijo- siempre hay un instante en que está en el aire, siente el vértigo y puede caer al vacío“.
En mi vida hice muchos cambios y siempre fue así. En el 2002 mi madre se rompió la cadera, y como vivía en Buenos Aires empecé a ir una semana al mes, ir y volver, ir y volver, ir y volver sembrando semillas de ganas en la ciudad vecina y soltando amarras que me ataban a Punta del Este. Hasta que, unos años después, preparé dos valijas, una con la ropa y otra con sábanas y toallas, di el salto y me quedé. Saludable poner los pies en tierra firme luego de tanto ir y venir.
Pero después algo pasó. La nostalgia se me empezó a hacer nudo, el mar me golpeaba los sueños, las calles de estos árboles a medias que pueblan Maldonado me empezaron a hacer cosquillas, y me volví.
Esta vez nada de trapecios ni de paseos por el aire. En un viaje tuve una entrevista, a la mañana, con el embajador argentino que me prometió fondos para hacer la Casa Argentina que siempre soñé, si la hacía en Montevideo, a la tarde me encontré con el director de un equipo de investigación en el que venía trabajando desde Buenos Aires y me ofreció un lugar de trabajo estable y un sueldo fijo, antes de subir al barco le hablé a Martita, que tenía en alquilar una habitación en su casa, cerca del Ombú, de Bv. España, en Montevideo y arreglé con ella mi alojamiento. Estaba todo lo que necesitaba para vivir: una casa, un trabajo, y un sueño. Esta vez puse todo en una sola valija que era casi tan alta como mi anfitriona, Martita, que me fue a buscar a Tres Cruces. Viajé el 1° de Mayo, para empezar el 2, en un secreto y privado homenaje al día del trabajador.
Esa fue mi plataforma y una vez instalada empecé a probar otro trapecio. Empecé a venir a Maldonado atrapada por la posibilidad de hacer de nuevo el Festival Internacional de Cine y en el 2015, enganchada a un proyecto de “Cine y mujer” en el 2016. El trapecio de nuevo empezó su movida. Iba y venía, iba y venía, entre Montevideo y Maldonado.
Y en un momento las cuerdas que me ataban a Buenos Aires se rompieron. Parece que el trapecio solo tiene dos puntas. En un año me desprendí de la casa de mis padres, vendí lo que me quedaba en Buenos Aires, me mudé al Parada 14 y construí una casa que parece que nunca termina de estar lista.
Parecía soltarme de Montevideo y quedarme en forma definitiva en Punta del Este
Entonces empecé el año intentando aprender fotografía y saber filmar para dejar de pasar películas de otros y hacer las propias. Me subí en el trapecio: fui y vine, fui y vine, fui y vine a un curso y a otro, de la enseñanza pública a la privada, hasta que me estrellé en el suelo salpicando de lágrimas a mis compañeros y profesores, y comprobando desde el fondo del agujero, que para poder filmar una buena película se necesitan años de entrenamiento, equipos y dineros. Estaba demasiado lejos el otro trapecio: caí redonda atrapada por el vértigo.
Pero no fue solo eso. Por momentos, me pareció que la carpa entera iba a caerse sobre mí dejándome sin aire para siempre. Aquel

inocente salto del 1° de Mayo, que parecía tan redondo y tan perfecto, se convirtió en una tormenta sin descanso y no uno sino varios trapecios empezaron a moverse a velocidades inusitadas.
No sé cómo mi carpa se convirtió en un gran espacio en el que solo parecía haber trapecios y trapecistas, danzando en diversas direcciones, sin ninguna ruta establecida ni coreografía que pudiera garantizar que no fuera a haber un colapso.
En fin, trapecios que cuando me distraigo se frenan y mi cuerpo sigue solo su vuelo hacia el sol derritiendo mis alas como las de Ícaro, que me dejan reposar, otras veces, en lo alto de una plataforma para que pueda mirar -estirada y en puntas de pie- todo lo que sucede en esta carpa-vida.
Entonces siento cierto orgullo de mí misma por haber transitado tantos y tan diversos caminos, por haber luchado, por haber llorado, por haber ganado, por haber fracasado, por haber combatido el miedo con la risa, el abandono con la palabra, pero sobre todo, por estar aún de pie y aún buscando el próximo trapecio para seguir creciendo.

Pre embarque

No sé si a los demás les pasa pero a mí, antes de emprender un viaje, sea cual sea, a Madrid o a Rocha, me pasa que no puedo dormir la noche anterior. Y no sólo eso, me cuesta salir de casa, ir a una fiesta, olvidarme -al menos por un rato- que estoy con la valija hecha y por viajar.
Por eso siempre digo que la noche anterior, el día anterior y si el viaje es muy largo: la semana entera antes de viajar, estoy en “pre embarque“. Me invitan a ir al cine y ”no puedo, estoy en pre embarque” ¿Vamos a comer hamburguesas? Proponen entusiastas mis amigas y la misma respuesta. Nada, hasta dieta hago.
Bueno esto viene a cuento porque ahora estoy por hacer otro viaje, más profundo, más duradero, más trascendente: me mudo de casa y con la aspiración de que sea una mudanza definitiva, y hace meses que estoy de “pre embarque”. Se imaginan el aburrimiento: ni salidas, ni alcohol, ni fiestas, ni cine, ni… Un embole.
Porque una cosa es estar “listo para partir” la noche anterior porque salgo a Punta del Diablo a la mañana temprano, o un poco ansiosa una semana antes de ir a ver a primo a Fort Meyer, en Florida, y otra es estar con todo en suspenso durante meses porque aspiro a mudarme antes de fin de año.
Mi casa era un caos. Los papeles “a ordenar” en un cajón, la ropa de invierno y verano mezclada, la computadora en una mesa que resulta tan alta que parezco un chico tratando de asomarse a una ventana cada vez que intento ver algo en su pantalla. Un desastre. Pero cada vez que me iba a poner a ordenar me saltaba la misma pregunta ¿Para qué si en cualquier momento tenés que mudarte y ordenar todo en tu nueva casa?
Vivimos en un paraíso y tiene mucho sentido tener una casita con algún lugar dónde tomar sol, criar un perro o tener un gato, pero

estar en un apartamento en primer piso con un paredón frente a mi ventana y ver los maravillosos atardeceres sobre la Mansa por el reflejo del sol en la ventana del vecino de enfrente era un disparate. Como escala cumplió su misión, pero a medida que me acomodaba al lugar empecé buscar un apartamento con vista al mar. Como si a un náufrago le regalaran ropa: primero se pone cualquier cosa por arriba para abrigarse pero al rato empieza acomodarla y ajustarla a su medida hasta que encuentra lo que le viene bien.
Una de las cosas que quiero terminar en mi vida es con el moho verde que se instala en la suela de los zapatos. ¿Un propósito poco elevado? Y sí pero no tuve manera de liquidar ese maldito moho ni viviendo en una casita en el bosque por Camino Lussich, ni en Maldonado ciudad a dos cuadras de la Catedral, ni en el piso más alto de una torre de Gorlero ni, claro está, en esta suerte de sótano elevado en el que vivo. Nada. Llegaba la primavera y cuando iba a sacar el par de sandalias del verano guardadas en el fondo del armario: moho verde.
Por fin me decidí mudarme a un piso alto, frente al rambla, en Parada 14. Nunca me imaginé que despertara tantas críticas mi decisión. “¿Vas a vivir a La Mansa?” preguntaron azorados mis amigos paquetes de La Barra cuando compartimos una piza en La Fusa, la pizzería con más onda del barrio El Tesoro. “Ella se crió allí” dijo a modo de condescendiente comprensión uno de ellos.
Otra amiga, cuando conoció el apartamento me dijo : “Es un espanto, los ascensores son viejos, las paredes tiene humedad, pero además perdés la comodidad de estar en el centro” . Y ahí me dí cuenta que tengo amigos en todas partes, incluso en la Parada 14, y siempre que elija voy a quedar lejos de alguien. Como en la vida cuando se toman decisiones: se gana y se pierde, hay que elegir.
Finalmente me mudo y como una madre que va en busca de sus hijos desparramos por el mundo luego de una guerra desbastadora he ido recolectando libros, muebles, ropa, recuerdos, fotos que estaban en Buenos Aires, en casa de mi madre, en mi casa transitoria en Montevideo, en este tumba-apartamento de Punta del Este, en mi pequeño hogar de Maldonado…
Y en este austero, abstinente y aburridísimo tiempo de pre embarque he ido elaborando internamente como sumar estas vidas, estas Alejandrinas que crecieron diferentes en diversas ciudades y barrios. Cómo complementarlas, qué de ellas tirar a la basura, qué archivar, qué poner en valor, qué rescatar y tengo, les aseguro, una enorme expectativa por descubrir quién va a ser Alejandrina cuando logre acomodarse a su nueva casa de la Parada 14 y abra la ventana para ver el mar.

YO TAMBIEN SOY TRANS !
xxxxxxx

Se me escapan los tonos.

Hoy me di cuenta: no tengo tonos. Cuando hablo tengo una forma de decir las cosas que suena a “objetivo”, sin matices, a veces tan directo que no corresponde y a la gente le cae bastante mal.
A veces zafo de que me odien porque me patino hacia lo irónico o lo humorístico aprovechando los juegos de palabras, los sin sentidos, las metáforas que pueblan nuestro lenguaje cotidiano y si mi interlocutor está de humor las cosas derivan en chistes y risas.
Es como si me hubiera dado cuenta, de golpe, que no tengo susurros, medios tonos, que no hablo en voz baja, y me cuesta mucho gritar, salvo en emergencias, o rezongar por algo, y más aún me cuesta avergonzarme o condolerme, como si en una escala de música solo tuviera dos o tres notas o como si en una pintura solo utilizara el azul y el verde por nombrar dos colores al azar.
Para muchos esto no parecerá un problema, claro, pero a mí que me importa eso de la autenticidad que ando siempre sondeando adentro para saber cómo es la enredadera de sentimientos y emociones que me habitan, haber descubierto esto es fundamental. Como lo fue para el personaje de El perfume descubrir que él mismo no tenía olor y por eso la gente no lo detectaba y sufría la más soberana ignorancia de la sociedad en la que vivía.
Supongo que me dí cuenta en la clase de fotografía cuando Rodrigo habló de la forma en que la cámara resuelve la variedad de luz que tiene una escena llevando todo a un “gris medio” o tal vez porque el sábado vi que mi amiga Miriam, periodista, con un tono pausado y suave puede hablar de lo que nadie se atreve.
No sé, no tengo idea como apareció esta reflexión pero es muy curioso porque hace que en los grupos sea muy “ejecutiva” , no me entretengo en las anécdotas ni me distraigo con los tonos más enfáticos o más sensibles.
Así como no hablo con tonos tampoco escucho los tonos. Atravieso la maraña de emociones que rodea a la frase y trato de entender el sentido de lo dicho. Anoto en mi libretita interior lo importante y lo superfluo lo dejo pasar, como si fueran globos que van al viento y se pierden para siempre.
Tal vez sea una deformación profesional. Por ahí, como periodista, me acostumbré a sacar de cada discurso los mensajes dirigidos específicamente a cada tema, a cada adversario, a cada situación, y, al mismo tiempo, me acostumbré a hablar manteniendo un tono sostenido, dejando de lado las emociones.
Pero me parece que todo eso son excusas. Me pasé la vida negando, ocultando con vergüenza lo que me conmovía, temiendo que alguien se diera cuenta de mis sentimientos, huyendo de la intimidad de una conversación en la que cada uno se desnuda y pone el alma.
Aprendí a decir te quiero a amigas y amigos, se me escapó algún te admiro a un compañero o a un maestro (menos de los que hubiere tenido que decir, seguro) pero el te amo lo tengo guardado bajo siete llaves en lo más recóndito de mi ser y soltarlo me parece que sería como entregarme maniatada sin posibilidad ninguna de recuperación.
Pero sin ir tan lejos, sin hablar de esos sentimientos con mayúscula que nos han enseñado a preservar en la caja fuerte interior, como si

expresarlos fuera como dilapidar una fortuna, digo, sin ir tan lejos, o acosas tan importantes, a lo que me refiero es más sencillo: hacer un gesto de hartazgo, fruncir el ceño, encogerse de hombros, guiñar un ojo, dejar escapar una lágrima, hacer pucheros, ponerse colorada… todas esas expresiones que pueblan el diálogo entre los humanos, esas son las que me faltan, las que extraño.
Hasta bostezar me cuesta, no bostezo con la boca abierta, con ganas, dejando que el sueño escape por la boca abierta como una enorme "o" mayúscula. Tal vez, a pesar de ser de origen italiano, me enseñaron que "gesticular" era mala educación, tal vez de niña se burlaron de mi - los chicos tiene poca piedad, a veces- tal vez sean años de una cultura en la que medirse es una virtud y que enseña que las mujeres debemos ser "recatadas". No sé.
Lo que me pregunto es ¿Qué otra cosa somos que emociones? ¿Qué valor tiene una foto o un texto, una poesía o un cuadro, si no nos provoca una emoción? Son las 12 de la noche, me estiro, bostezo y algo de mi aplaude adentro: hoy le gané una pequeña batalla a la hipocresía, hoy soy un poco más yo misma.

El poder de la palabra

Es curioso vivo de escribir palabras desde los veinte años, y sin embargo nunca creí en el poder de la palabra. A ver si me explico, nunca pensé, por ejemplo que si yo le explicaba a mi pareja lo que me pasaba con su manera de manejar, por ejemplo, él iba a cambiar o si yo planteaba en mi trabajo que las condiciones no era dignas mis jefes fueran a modificarlas y menos aún pensé que si expresaba en una nota o un medio de comunicación alguna idea esto pudiera influir en los destinos del país de alguna manera.
Es más no creía el cuerpo de ideas de una persona pudiera influir para nada en mis afectos, en la solidaridad, en la amistad, o en el amor. Así tengo amigos de las más diversas ideologías, por ejemplo tengo una amiga anarquista, la Negra, que no solo está en contra de la explotación de los trabajadores, está en contra del trabajo que para mi es siempre inspirador, siempre punta de lanza, siempre comienzo de los fines más inconcebibles. No hablo de política con ella pero sí de literatura, pensamiento, sociedad y sobre todo me quedo estupefacta con las vivencias que me trasmite de sus viajes por los países más alejados de la tierra, porque habla con la gente y percibe el sustrato cultural de los pueblos.
No creía en la palabra pero algo mucho más profundo estaba detrás de esa desconfianza: no creía en mi propia capacidad de reflexión, en mi propia "razón" que era más bien, una suerte de enemigo de la vida y del amor.
Sin la "razón" de por medio pude meterme en proyectos que sentía que me exedían, pude tomar decisiones de vida contundentes, como venirme a vivir a Punta del Este cuando el único kiosco abierto a la noche era el de la Onda, pude animarme a hacer un libro que triplicaba en presupuesto todo lo que tenía en ese momento, pude construir una casa sencilla en el Camino Lussich y hasta pude casarme….

Sin pensar… con un poco de intuición y mucho olfato construí una vida y cuando todo parecía marchar bien, un día me di cuenta que esa no era yo, que solo había hecho lo que los demás esperaban de mi, lo que mi marido deseaba, lo que la zona necesitaba, pero no lo mío.
Como la larva que deja su piel de gusano abandoné la cáscara que me recubría, esa imagen que reflejaba un Alejandrina que no era, y volé ….como las mariposas.
Bueno, no fue tan fácil. La idea de convertirme en mariposa y volar hasta que mis alas se quemen al sol, me sigue apasionando pero la realidad es que no volé tan rápido, ni tan alto, sino que más bien, desde entonces, carreteo, doy algún salto para asomar la nariz fuera del agua, doy vueltas sobre proyectos y sueños y sigo intentando levantar vuelo.
Quizás no sea tan malo hacer lo que los demás esperan de uno, tal vez esa sea la pista de despegue o el viento a favor que permite llegar al cielo.
Me entrevero entre el qué dirán, me freno atropellada por el deseo del otro o por el miedo, y me castigo por equivocarme tanto.
Subir, bajar, caer, creer… todo sigue sucediendo adentro porque aún no confío en la palabra, aún no digo, dudo, observo, espero.
Pero de vez en cuando digo algo y me suena a verdad, no a slogan, y como un ladrillo esa palabra me construye adentro.
De vez en cuando, dejo de hablar del mundo “objetivo“ y siento el eco de mi palabra retumbar en el otro y devolverme, como un espejo, la silueta de mi alma.
Hoy Eugenio dijo que habían estado conversado con su mujer, Teresa, de que yo ya no era la misma, que ya no estaba siempre alegre, haciendo chistes y de buen humor..
“Por ahí maduré” les dije no muy convencida de que la adolescencia permanente en la que vivo pueda abandonarme un día.
Por ahí dejé de sostener un personaje y ahora trato de ser yo.
Por ahí dejé de hacer teatro y dejar que los demás me supongan una mujer feliz.
Por ahí, quién sabe, estoy aprendiendo a volar y tengo alas.

Yo soy dos

Un día, en medio del caos que provocaba organizar un festival de cine internacional con solo un par de meses de anticipación, le dije a Roxana, mi socia, “ vez que yo necesito ser dos”, Roxana me miró estupefacta, si yo era “dos” ella ¿ Quién era?.
Yo no puedo decir quién era ella pero si reafirmo y defiendo mi necesidad de andar en pares. “ Las medias son para los pies” dicen los que han llevado adelante sus negocios solos, pero en cambio a mí me parece que para montar un emprendimiento, un negocio, un festival, una revista o lo que sea, es necesario ser dos, por algo nos pusieron dos manos para agarrar fuerte y dos pies para caminar en la vida.

Y lo digo aunque algunas veces los socios o socias me fallaron porque así como me sentí defraudada también tuve socias y aliados que fueron y son de hierro.
Para mí es como una bicicleta: uno empuja el pedal derecho y cuando se va para atrás, como juntando fuerzas, el otro empuja el pedal izquierdo. Claro que hay que saber cuándo le toca a uno el protagonismo, el empuje y cuando puede dejarse ir, pasar a un segundo plano, para que el otro esté al frente. Una bici con un solo pedal se cae, no avanza, no llega a tomar velocidad. Colaborar, no competir.
Me parece que eso pasa, por ejemplo, en la buenas parejas: se van entrenando en esa dinámica ”vos-yo, vos – yo, vos –yo” alternando hasta que luego ni se dan cuenta y el peso de la casa, los hijos, las mudanzas, los familiares a cargo, se distribuye de tal forma que todo parece liviano y una, de afuera, ve como tienen hijos, construyen casas, plantan árboles, ayudan a los padres… como si todo les fuera “liviano”
Eso, en las buenas parejas, se entiende. El lío se suele armar cuando se rompe este equilibrio que distribuye en ambos el esfuerzo, y el pedal derecho quiere estar siempre arriba, por ejemplo. Y ni hablar cuando alguno se pone a bicicletear en otra bici, en paralelo, difícil sostenerse ¿Se imaginan?
Pero no me gusta irme por las ramas y menos justificarme. Yo hago todo dos veces por algún karma , dirían los orientales, porque en otra vida nací con una gemela , pensarán los que creen en vidas pasadas, porque tuve una hermanita que falleció al nacer un par de años antes que yo ,opinan los psicoanalistas o porque tuve dos mamás porque cuando mi madre estaba complicada se ocupaba de mi la tía Queta-
Lo cierto es que por “h” por “b”, yo soy dos y tengo dos casas, una en Montevideo y otra acá, dos nacionalidades una por nacimiento y otra por sangre (argentina y uruguaya), dos profesiones periodismo y gestión cultural y, como no podía ser de otra manera, tuve dos matrimonios.
Hasta ahí es más o menos normal, el tema comenzó a complicarse cuando tuve dos computadoras y se me mezclaban los archivos, dos agendas y nunca sabía dónde estaban los números, dos celulares uno para cada línea en la que tengo amigos con números free y tengo que llevar dos cargadores cuando voy a Montevideo.
Se pone un poco absurdo cuando me compro dos pantalones negros, dos buzos blancos de cuellos alto, dos ojotas para la playa, dos pares de botas negras para el invierno…pero bueno, no está tan mal porque son cosas útiles que siempre se usan …
La cosa se pone un poco pesada cuando, como hoy, le pedí a Mónica, que lleva comida a domicilio en el invierno, dos platos de sopa de calabaza y dos ensaladas de frutas por lo que mi almuerzo de hoy fue pura sopa y ensalada!.
También quedo flasheada cuando hay ofertas de dos por uno. ¿cómo hago para llevar dos? Tengo que llevar cuatro cosas para que mi alma duplicada este en paz. Y ni que hablar, el otro día, cuando en las rebajas de fin de temporada pusieron tres sweaters por mil pesos: era

un nudo de prendas tratando de elegir tres y siempre me quedaban seis.
En fin, esas son cosas menores al lado de las verdaderamente importantes. Nunca en mi vida había tocado una máquina de fotos, respetada tarea de los reporteros gráficos, hasta que el celular me fue haciendo amiga de las tomas, y en los trabajos empezaron a exigirnos fotografía a los periodistas, entonces no me anoté en un curso sino en dos.
También como no puedo tener solo un texto pendiente, en último trabajo me quedaron dos textos, y para la revista escribí dos notas, y entonces, si le sumo ocuparme de dos casas, leer dos diarios, hacer doble comida, y estar presentando dos proyectos para llevar a cabo este año mi tiempo se vuelve extremadamente escaso: ¡No entran dos vidas en una !
A la gente le parecerá un absurdo, basta con ordenar el tiempo uno primero y otro después. Pero no es así, no es así en mí, al menos. Cuando tiro de la piolita ”hacer nota” me caen dos idea y tardo un montón en decidir por cual empiezo, y apenas la termino me surge la otra.
Cuando me di cuenta que esto me estaba trayendo problemas en la vida (hice dos festivales de cine al mismo tiempo, por ejemplo) pensé en hacer terapia, claro, y empecé a ir a una psicóloga uruguaya. Pero no pude con mi genio ni aún en terapia y pasé a una psicóloga argentina, como haciendo honor a mi doble nacionalidad y fue tal el matete en mi cabeza que decidí ir a un psicólogo varón, y al final opté por no hacer ninguna terapia porque parece que mi caso no figura en los libros porque no hay tanta gente que venga por duplicado al mundo.
Una amiga me decía que no me preocupara, que todos somos varias personas al mismo tiempo y como dijo alguien ”nada de lo humano me es ajeno” y puede ser, que un poco sea así pero no quiero estimular esa idea en mi interior porque ya me veo pidiendo cientos de sopas de calabaza a Mónica, y comprando docenas de zapatillas en la feria.
Con dos está bien, la voy llevando. No pasa nada, es normal, me digo y el otro yo responde, calmándome: ”No pasa nada, es normal”.

Mi cómplice y todo
Cuando terminé el trabajo de temporada me tomé unos días de marzo para disfrutar la playa. Es lamentable pero, los que trabajamos en verano para el turismo con ritmos enloquecedores, sin horarios y tapando agujeros todo el tiempo, vemos la playa y el mar como un telón de fondo, un paisaje que apreciamos de reojo, mientras llevamos las sábanas a lavar o salimos como chicotazo a comprarnos algo de comer porque son las cuatro de la tarde y no almorzamos.
Como decía, estaba disfrutando uno de esos escasos días de playa, en marzo, y me acerqué a la sombrilla de una conocida que vive cerca de mi casa, así se formó un grupo circunstancial, y salió el tema de las adicciones. Uno había dejado el juego con mucho esfuerzo y con el apoyo del grupo de Jugadores Anónimos, la otra fumaba dos

atados por día pero su problema era el consumo de droga de un pariente, el marido de mi vecina contó que había dejado la cocaína y yo conté como había dejado el cigarrillo con mucho esfuerzo pero que no podía dejar una pastilla para dormir que me dieron hace como diez años, cuando mi madre estaba postrada y atravesé una crisis afectiva y laboral.
“Pero nada tan adictivo como el celular” dijo alguien y yo quedé titilando. El celular: amigo, compañero, sin él no puedo salir a la calle, si a la noche no lo pongo a cargar no duerno ¿es una adicción?. Nunca lo había pensado así pero sé que algo, cualquier cosa que hagamos, se puede convertir en una adicción si recurrimos a ella para solucionar ese cosquilleo de angustia existencial con el que venimos al mundo, si nos saca las grandes preguntas que el ser humano se hace sobre porque y para qué está en el mundo y la más grave: ¿hasta cuándo?. Por eso hay adictos al trabajo, al sexo, al shopping, a la televisión, al cine y la pregunta no es tanto por la sustancia que se consume sino por la manera, por la dependencia que nos crea.
Entonces mi di cuenta que, desde hace un tiempo, pongo mi celular en la mesita de luz y cuando me despierto lo primero que hago es ver los mensajes de “*guasap*” y por eso se me fue ese cosquilleo incómodo con el que amanecía cada mañana. También tomé conciencia, como un flash, que cada vez que tengo que aguantar un rato en una sala de espera y mi silencio me incomoda: saco el celular, cuando me esperan horas de ómnibus en las que me va a matar el aburrimiento: saco el celular, si se me abre un vacío insoportable porque terminé la reunión antes de lo esperado: saco el celular.
Tendría que concluir que soy adicta al celular, pero -como toda adicta- me digo: ”no es para tanto” “yo en el fondo lo domino”, “si me quiero desenchufar dejo el celular en casa y me voy a la playa”. Y cierro la carpeta para no pensar.
Es más tengo bastantes conflictos con él. Ahora resulta que, cada vez que llamo por teléfono, mi oreja marca alguna tecla como “silencio” o “pausa” y mi interlocutor entra a desesperar “¡Hola!“¿Estás ahí? ¿Me escuchas?”
Ya me dijo alguien que hay una forma de detener la pantalla cuando se habla pero como a mi me encanta poner el parlante y poder hablar mientras cocino o escribo y además, a veces, no escucho nada y tengo que ponerlo a la fuerza, no voy a poder detener los controles de la pantalla y seguiré batallando con mi oreja hasta que encuentre una solución mejor que no pase por cortarla al más puro estilo Van Gogh.
Tengo otros temas pendientes con el celular. Yo que me quejaba que mi pareja me quería hacer decir cosas que no pensaba ahora tengo el “predictivo” que me corrige malas palabras y me pone en masculino lo que quise decir en femenino, convirtiendo mi comunicación a través del chat, en un caos de malos entendidos.
Así que haré solo una pausa, para seguir hablando de este “compañero de vida” que se ha convertido en amigo y confidente, que me da seguridad y compañía, en fin, que en definitiva es él y no otro: “mi amor, mi cómplice y todo” como diría Benedetti, que fue

poeta cuando todavía los seres humanos se buscaban unos a otros para amarse y acompañarse en el arduo y largo camino de la vida.

Esta boca es mía

Mi dentista es oriundo de Maldonado y atiende en el mismo consultorio donde me atendía su papá cuando era niña, con la misma ventana abierta a 25 de Mayo, a metros de la Plaza. Me rece que hablé de él, no solo es el único hombre que me deja con la boca abierta y calladita, sino porque en cada consulta, entre la pasta y el torno, vamos hilvanando conversaciones que toman los caminos más diversos, sobre el hacer y la conducta humana.

El otro día, por ejemplo, me explicó que la dentadura tiene que mantener un delicado equilibrio: cuando se hace un arreglo o se cambia una pieza, esta tiene que encajar justo porque si aprieta a las vecinas las va mover y debilitar, si es demasiado alta romperá a la compañera de arriba con la que cierra la mordida y si en cambio es muy baja provocará que sus vecinas trabajen de más por ella.

Entonces le pregunté si eso que se esmera hacer con los dientes de mi boca trataba de lograrlo en su vida personal. Me miró como si fuera Mafalda, pero lejos de acobardarse, recogió el guante y me dijo "¡Años enseñando esto en la facultad y nunca se me ocurrió aplicarlo a mi vida!"

Yo asentí con es "aja" que sale medio pegajoso cuando se tiene un tubo colgado del labio para absorber la saliva y dos bollitos de gaza a cada lado de la encía para mantener seca la zona de trabajo, o sea: mi muela.

De inmediato comenzó a poner ejemplos de situaciones en las uno usa demasiado una misma actitud, como "estar muy ocupado". Pero como mi dentista tiene una interesante capacidad para la teoría, se planteó como masticar la vida con todas nuestras herramientas, sin abusar de una en desmedro de las demás.

Creo que para él "herramientas" eran cualidades como el buen modo, la inteligencia, la respuesta rápida, la fuerza de voluntad, el buen tino y también la capacidad de crear y sentir placer, de compartir, de cuidar, de atender, de escuchar, en fin, los talentos, que son los molares, colmillos y filosos dientes con los que masticamos la vida cada día, no siempre de forma armónica y pareja.

Entonces me di cuenta la cantidad de expresiones del hablar cotidiano que tienen que ver con la boca: masticar ideas, hincarle el diente a un tema, rumiar cuestiones, hacer "rechinar" los dientes de miedo, sin contar las frases hechas del tipo "agarrarse con uñas y dientes", "en boca cerrada no entran mosca", o la vieja y querida "¡Chupate esa mandarina!"

Estábamos en eso cuando se me ocurrió preguntarle porque me pongo tan tensa cada vez que voy a verlo, aun teniendo mucha confianza en él como profesional. En mí interior tenía una respuesta: el sillón que me inmoviliza dejándome impotente, con esa luz cegándome y el torno apuntando a mis dientes es lo más parecido que he visto a una cámara de tortura.

En cambio, lejos de mis macabras fantasías, me dijo “con la boca establecemos la primera relación con otro ser humano, por la boca nos alimentamos, con la boca besamos, y por la boca nos comunicamos, a través de la palabra, con los demás y con el mundo” Ahí me cayó la ficha: una inmensidad de cuestiones pasan por nuestra boca. ¿Cuántas palabras y cuán bien dichas se necesitan para pedir un aumento de sueldo, o un cambio de sección o un día libre? ¡Y cómo afecta eso a nuestras vidas!
¿Habremos usado las palabras correctas para reprender a un hijo, para expresarle amor a un ser querido, para que se sientan cuidados? ¿Cuántas veces me dije “hablé de más” o tan grave como eso: “me quedé con la palabra en la boca”?. El mundo entero empezó a pasar por ese espacio pequeño de nuestro cuerpo: la boca, para decirlo en pocas palabras.
Cada mañana me despierto con dolor en la mandíbula, dicen que es el estrés y se llama “bruxismo”, pero para mí son las palabras que no dije, las caricias que no di, las lágrimas que no lloré que se amontonan durante la noche para buscar lugar para salir apenas bostece, a la mañana.
Tengo la fantasía de que apenas abro la boca inundan el dormitorio dejándome casi paralizada hasta que logro elegir las primeras cuatro con las que empezaré el día, entonces todo se acomoda y se arma un camino de sílabas y letras que me permite levantarme y empezar a caminar.

¡Sos única!

Afirmá “tu estilo”, porque tú eres “única”, “te distingues” de los demás, cumple “tus deseos”, realiza “tus sueños”…. ¿Sigo? La publicidad, el cine, la televisión nos bombardean con estos mensajes. ¿Luchar por un sueño colectivo? ¿Sacrificarse por el bien común? ¿Sentir la satisfacción profunda e inspiradora de hacer algo por el otro, el prójimo, el que está al lado sin importar quién sea? Esas cosas son discursos antiguos, con olor a curia, a moralina.
El mundo está al alcance de tu mano con una tarjeta de crédito y la primera persona del singular está en la tapa del diario, el yoísmo y el individualismo se contagiaron como una peste.
¿A dónde nos lleva? Parecen consejos sanos e inocuos, es más higiénicos y saludables: cada niño debe tener su cuarto, empezaron a decir los pediatras y allí fueron los padres poniendo tabiques en los amplios dormitorios de antes, para que cada uno tuviera su “intimidad”.
Y después las máquinas de fotos cada vez más simples, automáticas y baratas, nos fueron llevando a tener las paredes llenas de fotos de nuestro bellísimo bebé, y luego de nuestra niñita encantadora, y después la filmamos para el cumple de quince y nadie sabe cómo ni porque ella se siente una estrella de cine, y tiene caprichos que los padres, obnubilados con la estudiada sonrisa de la niña, miles de veces practicada ante el espejo, no saben negar.
Las nuevas tecnologías sumaron en este aspecto haciendo una página para que cada uno pueda verse y compartir sus vivencias,

cada uno puede hacer su propio medio de comunicación, su canal de televisión, su diario público y ahora hay un sistema que se comunica solo con fotos.
Pero nadie enseña que la creatividad está siempre entremezclada, como las cartas de un mazo, con las de nuestros iguales, la de nuestros ancestros, la de nuestros amigos y enemigos. Si somos cuatro de corazones tendremos alrededor el tres y el cinco, arriba la sota, la reina y el rey y enfrente los negros tréboles.

Los dos Tsunamis

Vivir en esta zona tiene sus privilegios: ir tomar mate al atardecer, a la playa, cuando todavía no llegó la temporada, hacer caminatas cada tarde respirando aire puro, conocernos entre nosotros.
Pero también tiene sus problemas, iba a decir sus riesgos y no me equivocaba. Es casi, un riesgo de vida. Sobre todo en esta época del año cuando, como dos grandes tsunamis, se cruzan en Noviembre el final del año invernal con los preparativos de la temporada.
El ritmo de todo el año, que comienza en marzo, apenas después que Semana Santa nos dio un respiro, se termina entre noviembre y los primeros días de diciembre. En ese mes, mes y medio hay que hacer todo: todo lo que no hicimos durante el año, los balances, oficiales o personales, los pendientes, en fin, terminar con lo que se inició, etiquetarlo, guardarlo o mostrarlo a los superiores, organizar las despedidas de año, del grupo de estudios, del trabajo, de las compañeras de yoga, saldar deuda, pasar raya.
La Navidad es el punto de cierre de esa etapa, cuando se baja la cortina. Hay que saludar a los amigos, prepara las fiestas y comprar los regalitos. Solo ahí se da por terminado el año. Y cuando, en cualquier ciudad normal la gente comienza a disfrutar sus vacaciones nosotros tenemos que estar listos, bañados y planchados, con nuestra mejor sonrisa y mejor predisposición, llave en mano, para recibir a los turistas. ¡Y para colmo estos llegan malhumorados y agotados de su propio fin de año!
Así como dos grandes tsunamis uno que termina cansado su largo recorrido invernal y el otro que empieza hacia la cúspide de enero, se entrecruzan, chocan, se mesclan y amontonan las dos corrientes. Y en el medio nosotros, remando hacia una dirección, tirando las redes hacia el otro lado. Como esas muñecas en las que la cabeza da vuelta entera estamos mirando al final de una etapa y nos damos vuelta y estamos al principio de otra. Casi sin darnos cuenta.
Al mismo tiempo que llenamos el formulario de la DGI por la última liquidación de servicios personales como docente, abrimos el rubro “venta de empanadas” en industria y comercio.
Al mismo tiempo que tenemos que ir a la fiesta de fin de curso de una ahijada, tenemos que reservar los hoteles para el grupo de teatro que vendrá en el verano.
Mientras liquido cuentas con el portero, le pido que me pinte una pared de amarillo para poder alquilar el departamento.

Estoy a la espera de un correo electrónico del MEC para ver si mi proyecto, en el cual trabajé durante el invierno, ha sido aprobado y me llega la primera reserva para Año Nuevo del 26 al 31.
En esta intersección, en este choque de corrientes opuestas, en este espacio y tiempo donde se cruzan dos formas de vida diferentes es cuando, me parece, tenemos serios riesgos de vida.
Es cuando se nos cae algo de la mano, cuando se rompe la heladera, cuando nos damos cuenta que el caño que mandamos a arreglar en marzo nunca fue reparado y la mancha de humedad ahora no puede disimularse.
Y a todo esto lo matizamos con un ingrediente extra: las visitas que se acuerdan de nosotros cuando empieza a pintar verano. Es decir, ese mundo afectivo que también es nuestro, que también nos importa pero que nos preguntamos: ¿Por qué no vendrán en junio que hace mucho frio y no tengo nada que hacer?
En este mes de Noviembre sucede todo al mismo tiempo. En los cursos que durante el invierno llevamos con tranquilidad, aprendiendo, escuchando, tomándonos tiempo para la lectura en este mes nos piden que en quince días entreguemos diez carillas elaboradas sobre la inmortalidad del cangrejo.
En Noviembre hay que salir a buscar trabajo para el verano y lugar para mudarse si alquilamos la casa.
Todo tiene doble dirección, ida y vuelta, cierre y comienzo. Cuando vacío el apartamento para alquilarlo aparece un viejo títere que amo y que durante todo el invierno durmió en su bolsita de regalo, porque nunca se me dio por llevarlo a reparar. Entonces, ahora, en Noviembre, cuando mis articulaciones vuelven a funcionar, salgo corriendo a Maldonado, donde sé que están sus papás, los que lo crearon, en el Museo del Títere, para dejarlo allí, en terapia.
Lo que quedó sin hacer, con lo que hay que hacer para aprovechar la temporada. Doble vida, doble trabajo, doble stress, casi sin tiempo nunca para nosotros, sin vacaciones. Y al mismo tiempo, limpiando y ordenando, veo que me faltan dos almohadones que ahora están de rebaja en el 2X1 de una tienda de Maldonado y tengo que salir corriendo porque se acaba.
Todo ahora, todo al mismo tiempo, todo en Noviembre. Pero de todas maneras no lo cambio. No cambio esta vida de locos por la apacible rutina ciudadana, ¿Saben por qué? Porque tal vez el mar, o este mismo descalabro en las costumbres, tal vez el sentir los pasos en una costanera desierta en pleno invierno o el ruido ensordecedor del varano o las dos cosas, me hacen sentir viva y saber que a este lugar: lo amo.

Mi amiga la Gastri

Hoy me preguntaba quiénes eran mis mejores amigos. “Los que me cantan la justa”- pensé o dije sin darme cuenta que nadie podía escucharme. Y me empezaron a caer fichas: Suche que me dice que no se me ocurra poner a fulanita en el equipo porque es falluta y ya me traicionó varias veces, Susy que me hace siempre la pregunta

justa, Alejandro que cuando le cuento entusiasmada que empiezo a trabajar el lunes me pregunta con su sabia ironía ¿eso es bueno o es malo?.
Si ese es un buen índice para reconocer a los buenos amigos debo confesar que hoy por hoy mi mejor amiga es la gastritis.
Si. Cuando estoy por inmiscuirme en una conversación que está subiendo de tono siento un tironcito en la panza, como un chico que le tirara de la manga a la mamá, y me doy cuenta que no tengo que meterme. Es como si me dijera “cállate, no es tu problema.”
Hoy estaba en la lavandería de Toto y contaron que su hijo es Campeón Nacional de Natación y quedó clasificado para no sé qué mundial en Portugal a dónde iría sólo si el gobierno le daba el dinero para los pasajes. Gastri, como le digo yo cariñosamente, empezó a golpearlas paredes de mi estómago. Ahí no más empezaron a contarme que cinco días antes de otra competencia internacional le avisaron que no había fondos! Gastri ya saltaba adentro mío, pateaba como los bebes luego de los cinco meses de embarazo, hasta que me obligó a confesarles: “Lo que me cuentan me hace arder el estómago, es la gastritis, disculpen” Yo pensé que iban a llamar al manicomio o al menos a un médico, pero nada de eso, entendieron y ella, la mamá de nuestro campeón de natación, me contó que le pasaba lo mismo.
Ahí encontré una cómplice. Quien iba a decir, en el lugar menos pensado. Alguien que entendía que esta buena amiga nos alerta de toda situación estresante: ni series de detectives puedo ver, aun sabiendo que a los buenos nunca les pasa nada y que siempre terminan descubriendo al autor del crimen.
Esta nueva amistad con mi enfermedad me tiene muy entusiasmada y cada día me doy cuenta cuanto me conoce y cuanto me protege aún de mi propia hipocresía. Me invitaron a una fiesta a la que no tenía nada de ganas de ir y ella me creo un cuadro de decaimiento y cansancio que era incuestionable: tenía que irme a la cama ya.
En cambio, en un lugar dónde pensé que no sucedería nada lo pasé muy bien y terminamos cantando, navegando en recuerdos de infancia, la Marcha a la bandera:
“Cual retazo de los cielos de los cielos, do jamás se pone el sol se pone el sol..”
(hablando de eso me pregunto por qué repite siempre una o dos palabras por estrofa, “el pampero la acaricia, la acaricia/ o la anima el batallar, el batallar(…) y en otra “es muy bella mi bandera, mi bandera,/ nada igual su lucir, su lucir“. Que me perdone el autor, la patria y la bandera- si se entera.
¿Borrachas? Imposible. Gastri no me había dejado tomar más que agua y jugo de manzana (que ahora llevo siempre una botella en el baúl de coche por si me agarra algún imprevisto).
Yo confieso: quiero curarme, no tomar una gota más de esos líquidos blancuzcos que recomiendan, ni estar comiendo algo cada tres horas, y poder comerme un chivito al plato, con muchas papas fritas y tomarme una copa de vino, pero antes de que se vaya voy a aprender todo lo que me está enseñando la Gastri de mi misma.

Voy a aprender que es mejor leer un buen libro antes de dormir que ver un policial por televisión, que no necesito vino, ni whisky, ni pisco para divertirme con mis amigas, que no debo aceptar invitaciones a lugares donde no tengo nada que ver, por muy buenos que aparenten ser, y algunas cosas más que me está enseñando esta sorprendente compañera que me dio la vida.

-¿Qué me quieren decir con eso?

Ahora que viajo casi todas las semanas de Montevideo a Punta del Este he descubierto algunas curiosidades. Sobre todo a partir de que, en una charla de café, un amigo me preguntó si era consumista. ¿Yo? Quedé titilando como una lamparita de arbolito de Navidad sin saber que contestar y me pregunte, desde ese día, si me guio por la publicidad para hacer mis compras o por mis propias necesidades y mi presupuesto.
Entonces, tratando de dilucidar cuanto en mí hay de consumista, empecé a mirar los carteles al costado de la carretera. La primera curiosidad es que todos están a la derecha viniendo para el Este. No sé qué piensan los anunciantes, que los que van a Punta del Este vuelven sin un peso así que no vale la pena anunciarles nada, que vienen cansados y no miran o que en Montevideo mejor laburar y no pensar en otra cosa hasta que llegue el fin de semana.
Lo cierto es que, sobre todo luego de Atlántida, empiezan a pulular carteles anunciando productos de todo tipo. Por lo general los avisos se entienden: tienen un dibujito o una foto de un paquete de arroz y al lado la marca, un dibujo de helados y al lado la marca, un dibujo de zapatos y al lado la marca. Simple. Pero en eso veo una chica bajo una ducha y yo me despisto un poco pero como chicas no se venden,- al menos por ahora y con carteles- deduzco que el nombre que está al lado no es el de ella sino de la marca de la ducha.
A veces se complica, -o se me complica a mí que no soy tan avispada para estas cosas-. por ejemplo, cuando aparece sobre el río Solís un cartel enorme con una marca sin dibujito ¿Qué será? -me pregunto y ya me olvidé porque aparecieron cuatro o cinco carteles más que me apuro a leer.
Hay marcas que conozco, como las de celulares o tarjetas de crédito, pero porque soy de acá. Me pregunto si los extranjeros no sentirán ese mismo vacío que sentí yo ante un logo que no se sabe de qué es. Me cuestan mucho esos avisos etéreos que dicen, por ejemplo “Frágil como un cristal” y ponen la foto del pie de un bebé. ¿Qué venden? ¿Cristales, bebés o poesías?
Y ni hablar de los que juegan con sentimientos como “Cuide a su familia” o “Disfrute sus vacaciones” y la foto de una familia tipo feliz. Nunca sé que es lo que me quieren vender: un seguro de vida, un sanatorio, un mensaje evangélico o es una política de Estado que, como en Cuba, promueve actitudes. Cabe que aclare que una familia tipo no es tipo la suya o la mía sino papá y mamá, treintañeros con nene y nena de ocho y diez años, más o menos. Nunca dos nenas o tres varones, o un hermano de quince y mellizos de cuatro, nunca

un papá de cincuenta y una mamá de treinta y cinco, jamás hermano mayor del primer matrimonio de papá o ex marido de mamá. No. Esas cosas no existen o no entran en el modelo de “familia”.
Me sorprende mucho una señora que, casi llegando a Punta del Este, me dice “Gracias por venir“. Me pregunto si será la esposa del Intendente, la alcaldesa de Punta del Este o quién.
El otro día me pasó algo insólito.
Venía a rayo de sol partido, pleno mediodía, y en el peaje había una larguísima cola. Estaba ahí con la mecánica de la situación: poner primera, frenar y punto muerto, primera, freno, primera… cuando se acercó una jovencita repartiendo un suplemento de un diario. “Bien - me dije- al menos me entretengo, leo algo, por ahí me entero que va a pasar el finde en Punta del Este”
Nada de eso. Lo abro - venia doblado al medio- y leo los titulares: “Tome medidas de seguridad contra robos”, “Cuídese del sol que provoca cáncer”, “Maneje con prudencia: evite accidentes que lamentará después”. No sé si textuales pero todos de ese estilo. Como para que una, que viene más o menos feliz, campeando el solcito de la una de la tarde en enero, se sienta aterrorizado por todos los males que pueden aquejarlo en cualquier momento. Achicharrada como una papa frita y muerta de miedo.
¿No podían anunciar como disfrutar de la fresca sombre del bosque Lussich en las horas pico de sol o cómo comer liviano en la playa y evitar que sus hijos se llenen comida chatarra?
¿No hay algún invento que haya hecho la humanidad para ser todos un poco más felices y que valga la pena enterarse? Al menos que publiquen el índice de niños nacidos en el mes de diciembre, los nacimientos siempre alegran la vida.
En fin. Así, acalorada y aterrada envolví la basura con el diario (gran utilidad del papel de diario) y seguí viaje mirando los carteles a ver que le decía a mi amigo sobre mis hábitos consumistas.
La única conclusión que llegué es que me pudre que pongan carteles que no dejan ver el paisaje, pero además me pudren los avisos de la tele y de la radio que me machacan la cabeza todo el día y me quieren imponer que haga tal o cual cosa, compre esto o lo otro, vaya aquí o allá. Y parece que la tenaza se cierra sobre uno cuando, por otro lado, con las noticias te llenan de miedos que te hacen sentir que no sos nada si no tenés alarma, seguro, sanatorio, familia, ducha, helado, vivienda vacacional y que se yo cuantas cosas más.
Siento que todo lo que me imponen, todo lo que me quieren hacer pensar, todo lo que me quieren vender es, en definitiva, basura tóxica para el alma.

De celos y otras yerbas

Suelo ponerme objetivos: conseguir trabajo, mudarme, ordenar la casa, hacer ejercicios físicos, en fin, metas que de una manera u otra las logro. A veces con más dificultad, a veces a los ponchazos y otras con “una pequeña ayuda de mis amigas” como me dio la mágica Ana,

que pudo hacer que pusiera todos mis papeles en prolijas carpetas en una tarde.
Pero con el amor. ¡Hay! Con el amor no hay manera de ponerme objetivos. A veces me propongo conquistar a alguien que me atrae y cuando me acerco un poco a él se me ocurre pensar cosas insólitas. Por ejemplo, que nunca me va a amar porque su verdadero amor es su ex y yo voy a estar siempre en el banco de suplentes, o que lo van a querer conquistar todas las minas porque tiene plata, o que, claro, me da bola porque está destruido y no tiene un mango, o cosas más ridículas como que no me va a querer porque ama mucho a su mamá. Entonces, de inmediato, concluyo que no me gusta y me pregunto cómo se me ocurrió pensar en alguien así para mí. ¡Si no me interesa para nada!
Ayer descubrí algo muy simple, algo de eso me pasa porque muy a pesar mío: soy celosa. Hasta ayer me sentía inmunizada. Veía a las mujeres enloquecidas de celos por sus maridos o sus parejas y me parecían locas de atar. No me burlo, uno no puede burlarse de la debilidad del sentir humano, pero si las miraba con cierta piedad: " pobre, a mí nunca me va a pasar eso".
Y en efecto nunca me había pasado. Una de las recetas para no ponerme celosa de mi marido luego de muchas años de casada fue muy simple: no quedarme casada muchos años con el mismo marido. Aunque duela, hay que tener fuerza de voluntad y cuando el encanto, el romance, la excitación empiezan a volar por debajo de las cortinas y huir por los balcones; hay que separarse.
La otra fórmula que usé fue: matarlo de potrillo, como hizo aquel gallego con la máquina de maní que la destruyó antes que se convirtiera en una locomotora y le arruinara el campo.
Apenas aparece un hombre en mi vida que puede producirme celos, porque es seductor, porque las mujeres lo admiran, porque hace esos jueguitos histéricos que provocan unos celos horribles: yo me borro. No es un tipo para mí, me digo, y sea quién sea, pase lo que pase me borro.
Eso fue así, al menos hasta ayer, que descubrí que podía ser que algunas de mis reacciones de intempestivo raje, que han hecho que no pueda quedarme en una pareja mucho tiempo, fueran motivadas simplemente por celos.
Hasta ayer -decía- yo era una persona segura de sí misma y no conocí ese horrible y humillante sentimiento.
Por eso solo estuve con hombres que fueron absolutamente incondicionales, que me necesitaban más allá de lo normal, por inseguridades o temores propios, por horfandades largas, por agujeros diversos, que mi espíritu maternal y protector venía a cubrir. Me cuidaban mucho y me ahogaban mucho más.
Entonces sucedía lo tan temido por ellos: no soportaba la situación y me iba.
Escape, sabotaje, huída, como quieran llamarle, es el mismo mecanismo siempre, que se repite una y otra vez para lograr el mismo objetivo: no bancarme una situación en la que los celos me destruyan los nervios.

Creo que ha sido peor aún. Mi propia inseguridad me llevó a montar un personaje que sacaba a relucir cuando descubría que el otro era sensible a estas cosas. Me pongo seductora, amorosa y simpática cuando me encuentro con amigos delante de mi pareja. Estoy a los abrazos y a los besos, bailo de manera sexy, revoloteo de aquí para allá mientras sé que me está mirando. O atiendo el teléfono con un calurosísimo saludo que no disimula la historia compartida tiempo atrás. En fin hago todo lo necesario para exacerbarle los celos al otro.
Soy incondicional en mi fidelidad con mis jefes, con mis compañeros, con mis amigos, y me pongo como cascabel, estúpido y sin sentido, cuando puedo jugar con el sentimiento de alguien que me ama.
Riego el terreno de su desesperación para que crezcan las telarañas que intentan aprisionarme. Luego no tengo opciones: si me quedo: la relación se achancha, nos crece moho, nos vamos quedando dormidos y ni siquiera el sexo nos atrae y si me voy, si me voy quedo otra vez sin techo, otra vez sola, sin guarida para mi corazón.
Y así un círculo de amor y desamor eterno por no animarme a compartir, por no poner el alma donde va el alma y dejarla ahí.
Tal vez cambie ahora. Ahora que comparto con ustedes este sentido y sin sentido del amor, o simplemente ahora que vi de frente el fantasma que me acechó siempre desde la oscuridad de mi inconsciente.
PD. La única afectada en esto es mi psicóloga: me ahorré varias sesiones.

Llegó el verano llega la dieta PUEDE NO IR

Llega el verano y todas las mujeres, después de probarse la bikini, empiezan a hacer dieta.
- Yo ya solucioné el tema, como yogurt y frutas, nada más- me dijo Marta convencida que había encontrado la receta mágica para adelgazar.
- ¿Y vos como hiciste? -me preguntó, sabiendo que había bajado unos doce kilos en los dos últimos años.
- Nada, me separé de mi marido, perdí el trabajo y al año murió mi madre. Te aseguro que prefiero ser una gordita feliz que pasar por todo eso para tener diez kilos menos.” -le dije.
Era cierto pero además trato de escuchar mi estómago que cuando como de más protesta y si como carne de noche duermo mal e intento poner la comida en su lugar, dentro de mi orden de valores.
Me da vergüenza comer con desesperación, en forma adictiva, porque siento que pierdo el control de mí misma. La voracidad al comer me recuerda la voracidad de las empresas en ganar dinero, la voracidad de las fieras y de los desesperados.
¿Por qué aplicar la ética a las acciones de la vida y no a este acto tan cotidiano como el de comer? ¿Acaso no te daría vergüenza ir a un kiosco y llevarte todas las revistas y todos los diarios en forma compulsiva? Sin embargo vas a una mesa de Self Service y no te da ninguna vergüenza ponerte un poco de cada cosa hasta rebasar el plato.

Comerse un frasco de dulce de leche hasta el final es como ir a n boutique y comprarse toda la pilcha, hasta acabar el stock (salvando la diferencia de costos, se entiende).

Ponerle a un flan, dulce de leche, crema, nueces y trocitos de caramelo puede ser crear una sinfonía de sabores pero si lo comés en dos minutos será como poner la música a todo volumen, no se disfruta nada.

Si a la mayoría de la cosas le damos un tiempo, las elegimos, las degustamos, las cuidamos ¿Por qué no a lo que volcamos dentro de nuestro estómago?

Me di cuenta que esta civilización está muy sugestionada con las calorías. No puede ser que, por lo menos la mitad de la población mire la comida bajo un solo criterio: ¿engorda? ¿Mucho, poquito o nada?

A nadie le importa si los nísperos son buenos para la circulación, sino cuanta azúcar tienen. Es como si de golpe miráramos las cosas solo por el precio, y en lugar de sentir el aroma del rosal que acaba de florecer en mi jardín pensara “vale quinientos pesos” y en lugar de disfrutar el agua fresca que acabo de servirme dijera para mis adentros “el vaso me costó treinta pesos” o como si mi jefe, al verme teclear en la computadora con las uñas recién pintadas, calculara que cada mano de esmalte sale quince pesos.

¿Qué pasa con los otros valores que tienen las cosas, que sabemos distinguir en casi todo menos en la comida? ¿Por qué no pensar en lo bello de un plato de pasta con trocitos de tomate fresco y albahaca o en lo que bien que nos hacen ciertas comidas y condimentos al cuerpo y al alma?

Siempre un solo criterios: las calorías

¡Caramba! Es como si nos diera por sólo contar las palabras de una poesía. Más de treinta y dos, mejor no leerla. O el tiempo de los besos: hasta tres minutos está bien.

Creo que tenemos que reconciliarnos con nuestro cuerpo: yo tengo pancita, siempre la tuve, en cambio Carolina, no tiene un gramo de panza pero como el pomelo Salus: tiene toda la pulpa en el culo.

La otra gran corriente que se ha puesto de moda es lo de elegir todo por un criterio de “salud”. Me tiene podrida lo “saludable”: cada vez más nos venden productos, para tener más defensas, para mejorar el tránsito de nuestros intestinos, para fortalecer el cerebro. La farmacia se mudó al supermercado.

Pero ¿qué pasa con los olores? ¿Con el saborcito de la pimienta y las cualidades afrodisíacas de la nueces? ¿Es verdad que la espinaca de fuerzas o es un invento de Popeye? ¿Donde está la leyenda, la historia, la imaginación?

Cuando le dije todo esto a Marta la anonadé. El grupo de amigas enseguida formaron una suerte de bastión en defensa de mi amiga que había ligado toda la furia de mi rebelión ante la cultura de las calorías.

¡Las calorías son el aspecto menos importante de lo que comemos! Gritaba yo furiosa, cada vez más embalada contra el tema de la dietas.

¿Estamos desviando toda nuestra alimentación hacia una dieta de edulcorantes que nos envenenan y de productos light que nos dejan con más hambre que antes de comerlos? Digamos la verdad: el estómago no es estúpido, sabe distinguir entre ese plástico con gusto a flan que no engorda y el flan casero. Y un buen día se revela y te hace comer una torta entera de merengue.
Yo seguía montada a mi cólera, que por supuesto no era dirigida contra Marta, sino contra los modelos imperantes y sobre todo contra mí misma que trabajo con una botella de Coca Cola Light sobre el escritorio y le pongo edulcorante hasta al mate.
Desde los años ochenta, cuando dejé de pensar en la revolución que podía cambiar al mundo, me dedique a cambiar lo poco que estaba en mis manos cambiar, entre otras cosas, mi cuerpo.
Pero finalmente la única dieta que me funcionó fue la desgracia.
Cuando terminé de decir esto todas mis amigas habían recogido sus abrigos y se habían desparramado por la ciudad. Quedé hablando sola, por eso, tal vez, escribo.

Mi corazón renguea (puede no ir)

El médico me dijo que tengo un problemita en el corazón, dice que no es grave, solo que en lugar de hacer tic tac, tic, tac, tic tac... cómo todos los corazones, el mío cada tres o cuatro hace uno extra, o sea: tic tac, tic tac, tic tac tac… y así sigue. Se llama extrasístole, y lo consideran como un latido adelantado que la persona percibe como un salto pero para mí, más que un salto es como una repetición, como si mi corazón tuviera un bastón y lo usa cada tanto y cuanto más apurado está más se siente el golpeteo de mi bastón imaginario.
Tic tac, tic tac, tic tac tac me hace por ejemplo cuando me llega la cuenta de OSE después de tener que regar el pasto todo el verano para que no vuele la arena alrededor de la casa y se meta hasta el último rincón del armario o del cuarto de baño.
Tic tac tac, cuando tengo que entrar en un salón de conferencias en dónde no conozco a nadie, cuando tengo que decidir de qué color pinto la pared de mi cuarto o cuando sopla fuerte el viento y vuelan las ramas frente a mi ventana.
Ni hablar que hace doble tac, varias veces cuando me siento a escribir esta columna y no me sale nada o al revés me golpean tantas ideas al mismo tiempo que se hacen un nudo en la cabeza, se pelean entre ellas, y no termino de decidirme por ninguna.
Igual, confieso, a mí lo del doble tac me pareció una buena definición de mi corazón, siempre haciendo algo de más, como saliéndose de órbita. Yo veo que la gente normal, ve una película dramática y luego duerme como si tal cosa, yo , en cambio, puedo pasar la noche en vela, tener pesadillas y seguir al día siguiente aun masticando alguna de las escenas más sangrientas o tensas como si pudiera suavizar su efecto, disolverlas.
Ni hablar cuando el drama no es ficción en la pantalla sino la realidad que atraviesa alguna amiga, la enfermedad de alguien cercano o los golpes de la vida de los que me rodean. Me duele la queja de una madre sobre la conducta de su hija y me aprieta el alma que un jefe

le hágala vida imposible a un empleado que termina pasando más hora mascullando bronca que trabajando.
Pero mucho más me harta escuchar a la gente quejarse de pavadas, de que su pareja no levanta la mesa después de comer, de que el novio de la nena no saluda cuando entra en la casa... dicen que hay tres tipos de personas: los que hablan de arte, filosofía y los temas que tiene que ver con la existencia humana, los que hablan de lo que sucede en el mundo: política, fútbol, y otra yerbas y los que hablan de los demás, con estos últimos es mejor no juntarse.
Yo sé que no se puede comparar lo que pasa en Siria con la bronca que te da que tu hijo deje todo tirado y sea incapaz de lavar el plato en el que comió, sé que son temas diferentes y que las bombas que destrozan un hospital de niños en Oriente nos afecta menos que la cuenta disparatada que nos cobró el carpintero por poner cuatro tablas para sostener la biblioteca.
Pero cuando me descubro enfrascada en alguna de estas broncas mundanas, una de estas trampas que nos hace lo cotidiano, como ensartándonos en pequeñeces, como convirtiendo en una montaña un granito de arena, respiro hondo y trato de que las neuronas se despeguen, que entre aire en el cerebro y que mi corazón vuelva a ser tic tac, tic tac, tic tac, sin inmutarse.
A veces creo que he sido un tanto solitaria porque es casi inevitable que con el tiempo, en casi todas las relaciones, laborales o amorosas, empiece a crecer esta basura tóxica, este malestar del otro, al que le cuestionamos que dijo o no dijo, porque vino o porque se fue y empiezan a crecer los yuyos de la desconfianza y la maleza del desamor. Cuando es tan fácil resetear y volver a cero...
Pero también pienso que mi soledad viene de este doble tac de mi corazón... que le cuesta encontrar compañeros que renguen del mismo lado, entonces se ensarta, se deja engañar un poco, y cuando junta fuerzas aprieta fuerte su bastón y arranca, tic tac, tic tac, tic tac tac.... vamos, con sístoles de menos o de más, sigue adelante corazón que falta poco!

Hasta Punta, ¿cuánto falta?
¿Cuantos kilómetros hay de Montevideo a Punta del Este? - me preguntó un turista argentino que estaba cargando nafta. “Depende si va o si viene y en qué parte de la ruta este” le contesté y el hombre sólo se dignó a mirar el reloj a ver si no era demasiado temprano para toparse con una mujer borracha.
No es fácil de explicar. Más bien parece que en medio del camino, de Montevideo a Punta del Este uno entrara en un mundo irreal en el que en lugar de avanzar retrocede. Trataré de explicarlo. Cuando entro en la Interbalnearia, viniendo desde Montevideo, en el kilómetro 49 hay un cartel que dice “Punta del Este 75 km” como estoy en el 49 la cuenta es fácil 49 más 75 me da que en total son 124 km entre ambas ciudades.
Entonces tomo nota mentalmente y empiezo a hacer los cálculos de la velocidad promedio que debo mantener para llegar a la hora

prevista, salvando los peajes, las escuelas, los pueblos, los accesos varios, en fin, todo lo que obliga a bajar la velocidad a sesenta y convierte esta autopista de cuatro manos, que se suponía que iba a ser una vía rápida, casi en un paseo.
Avanzo seis kilómetros y miro el cartel en dónde supongo que me señalará que para llegar a Punta del Este tengo que hacer sesenta y nueve kilómetros, sin embargo, me indica que faltan ochenta y ocho. ¿Qué pasó? ¿Cómo puede ser que haya avanzado y que ahora esté más lejos? ¿Entré en el túnel del tiempo? ¿En algún momento di vuelta atrás y no me di cuenta?
Reacciono, me tomo un trago de Coca Cola para despejarme porque pienso que tal vez esté un poco dormida y hago la cuenta: de Montevideo a Punta del Este hay, entonces, 143 km.
Sigo tratando de pensar en cosas alegres que me cambien el humor y cantando canciones de Spinetta “no corrás más…” como para mantener la velocidad. Hago nueve kilómetros y en el sesenta y cuatro veo un cartel que indica que faltan setenta y siete. Hago de nuevo la cuenta 64 más 77 y me da que entre Montevideo y Punta del Este hay 141 km ¡dos menos que nueve kilómetros atrás! Ya decía yo que no era tan lejos. Sigo. Recorro 14 kilómetros, llego al 78 y ¡Oh sorpresa! Faltan apenas 54 km para llegar a Punta del Este. O sea que todavía queda más cerca de lo previsto, apenas 132 kilómetros nos separan del Palacio Legislativo.
Ya miro con desconfianza mi botella de Coca Cola. A ver si me engañaron en la estación de servicio y me dieron otra cosa. ¿Será un Don Pascual en lugar de Coca Cola? Hago cinco kilómetros y el cartel que deriva hacia Piríapolis me dice que estoy en el 83 y me faltan 46, o sea que avancé ocho, tres más de los que marcan los mojones. ¿Cómo puede ser? ¿Hay una dimensión desconocida? ¿Será el efecto magnético que dicen que tiene esa zona y por eso se instaló allí Piria? ¿Habrá puesto, este estudioso de las ciencias ocultas, una pirámide de la energía que modifica los kilómetros y ocho son cinco?
En el 87 me faltan 44. Avancé 4 pero me contabilizaban 2 ¡Entonces la distancia total de Montevideo a Punta del Este es de 131km!
En el 92 me faltan 32, lo que quiere decir que avancé cinco pero me dan doce. Si sigo con esta suerte apenas llegue me voy al casino. ¿No será alguna trampa de los que conceden préstamos y luego tendré que devolver los kilómetros que me están regalando con intereses? ¡Ahora a Punta del Este hay 124 kilómetros en total!
En el 103 faltan 22 por lo que deduzco que hay que ajustar un poquito la distancia, no es nada, un kilómetro más uno menos, ahora hay 125 en total o sea que estamos a según los planos.
Las cosas no mejoran a medida que avanzo. En el 105 me faltan 35. ¡Ya imaginaba yo que tanta generosidad tenía gato encerrado! Ahora vuelve a haber 140 km entre Montevideo y Punta del Este, como decía mi papá, cuando parábamos en Los Cardos a comer porque el viaje era muy largo, a sesenta kilómetros por hora, en un Simca 1000 y en una zigzagueante ruta doble mano sin cantero al medio.

Finalmente llegué a Portezuelo y en la rotonda está el mojón del km cientodiezyocho y cuando bajo de la loma, en la Laguna del Diario, un gran cartel me recibe: “Bienvenido a Maldonado”.
No aparece nunca más ningún cartel con la distancia a Punta del Este, puede ser que se considere que Punta Ballena es parte de nuestra ciudad o que a alguien le dio un poquitito de vergüenza seguir poniendo números al azar-
Me encantaría encontrarme con el porteño que me hizo la pregunta para poder darle esta sencilla explicación y resumirle: digamos que, entre ambas ciudades hay entre 124 y 144 kilómetros según el cartel dónde se mire.

Fin de temporada…¿por fin?

“Mañana va a estar todo cerrado” me dijo con algo de rabia no disimulada, mi amiga Adriana, cuando fuimos a tomar un café, en Gorlero, el último domingo de Semana de Turismo.
Y así fue, como si la temporada tuviera fecha de cierre, como el calendario escolar que tiene su último día de clase, o más bien como las ferias de arte o exposiciones temáticas, para las cuales se trabaja varios meses, se inauguran tal día y se levantan con fecha y hora un mes o dos después. No hay prórroga, ni una segunda vuelta, ni “unos días más por favor”.
Con la temporada de verano, en Punta del Este, pasa algo similar. Como si fuera un predio de exposiciones inmenso, se prepara todo, se arreglan los jardines, se ponen flores, se limpian las calles, las casas y los edificios, y comienza el gran show a fines de diciembre, después de Navidad, con más precisión, y termina el último día de Semana Santa o de Turismo, como quieran llamarle.
Pero lo peculiar de este año fue que todo empezó tarde porque la Nochebuena y el Fin de Año cayeron en sábado con lo cual nos comieron esos preciados feriados que alargan el fin de semana e invitan a empezar las vacaciones una semana antes del primero de enero, cuando el clima navideño invade las vidrieras y el calor se pone insoportable.
La semana sándwich, entre las dos fiestas, que suele ser sami-feriado esta vez fue laborable y aquí se sintió.
En el verano de 2017 Punta del Este estaba preparado, de Punta Ballena a José Ignacio, para recibir la “gran oleada”, que se esperaba con ansiedad, ya que el dólar aún no había tocado las nubes, no había puentes tomados, ni políticas proteccionistas que pusieran freno a los argentinos.
Todo estaba de punta en blanco, listo para recibir la mejor temporada en muchos años. Los mozos de los restaurantes con la bandeja en la mano memorizando las mejores opciones del menú, las empleadas de las tiendas poniendo por talle los pantalones a la venta y los hoteles revisando que el aire acondicionado de la habitación del fondo funcione.

Esa pausa que dio el calendario, esa semana que se comió la ciudad, aumentó las expectativas y creó una tensión que se sentía en el aire hasta que, por fin el jueves 29 podía anunciarse “mañana empieza la temporada”. Y así fue, ese fin de semana estalló el verano.
Se abrieron las compuertas y todo estuvo lleno de bote a bote. De la noche a la mañana el tráfico se volvió insoportable y había demoras de horas para entrar a la península, las playas desbordaron y los restaurantes tenías cola los dos turnos. Algunos hasta tuvieron un turno extra a las doce de la noche. En vano conseguir habitación en un hotel después del viernes.
Pero así como tardó en empezar parece estirarse con los feriados de Carnaval, del primero de Mayo y de Semana de Turismo. La temporada se estira y se estira, y parece que no termina más.
En marzo, además, hizo muy buen tiempo lo que estimuló un turismo de fines de semana y una nueva oleada de visitantes de bajo consumo (“rastrojeros” que andan mucho y gastan poco) que aprovecharon los alquileres baratos y las ofertas del cierre estival. Un turismo silencioso que rastrilló el balneario como hormigas activas consumiendo lo que quedaba en liquidación “Por cierre de temporada”. Sin fiestas, sin glamour, sin aparatosidad, disfrutaron las playas jubilados, abuelitos, matrimonios sin hijos, recién casados en luna de miel… el sol se creía verano.
La primera semana de Abril fue como una tortura, marzo se había ido y todavía faltaban ocho días para la Semana de Turismo. Los negocios tenían que mantenerse abiertos porque cerrar por una semana no tenía sentido. Y las clases y actividades de invierno no empezaban porque tampoco parecía lógico hacerlo sólo por una semana lo cuál tuvo como mal correlato que los profesores no cobraran el mes.
Ahora los dos tsunamis entre los que vivimos, el invierno y el verano, en lugar de superponerse, como sucede a fin de año, se abrieron como las aguas del Nilo dejando un enorme y callado vacío.
Los semáforos de las Paradas 1, 2, Enjoy y 5 se mantenían como cuatro soldados con luces locas en sus cabezas, encendiendo y apagando, dando paso y prohibiendo al aire, a los pájaros, a la nada. De vez en cuando un coche paraba ante la luz roja, para dejar pasar a nadie, el conductor detenido como en un ensueño, como en una película de ciencia ficción luego que se acabó el mundo, sabía que nada ni nadie pasaría. Como magos “nada por aquí, nada por allá” pero nunca aparecería el conejo.
La oleada de semana de Turismo llegó pero ya nos agarró cansados. Hubo ferias gastronómicas, shows, cenas y gente buscando ofertas en las tiendas pero hasta el sol estaba cansado y ya no era el del verano. Hizo frío, estuvo nublado y las tormentas amenazaban castigar las noches.
Como anunció Adriana, el lunes cerró Punta del Este. Los negocios de temporada bajaron las persianas, los restaurantes guardaron las sillas que poblaban las veredas, las empresas mandaron a sus empleados a seguro de paro y los papeles al contador. Los supermercados volvieron al horario habitual de todo el año y apareció la leña y las piñas en la oferta del día.

Terminó la temporada. Adriana lo lamenta pero, en el fondo del corazón a mí se me escapa decir: ¡Por fín!

La tecnología me paspa

Esta crónica no es para menores de treinta. Ellos -los menores de treinta- nacieron con la tecnología actual incorporada en su ADN, cuando tengo un problema no busco un técnico, busco un menor. Ellos agarran mi celular, tocan aquí y allá, buscan a velocidad inaudita, la opción más conveniente, aprietan el botón indicado y ¡Milagro!: lo que estaba de más desaparece y lo que me faltaba se instala en el acto.
Hoy le pregunté a una alumna como podía sacar esos dos juegos molestos que ocupaban mi pantalla sin que yo les hubiera dado permiso alguno y ella, sin mirarme a la cara para no avergonzarme, los empujó con el dedo fuera de la pantalla y listo. Tan simple era.
Ahí me di cuenta que ya el manejo de la tecnología no depende de lo que sepa sino de lo saturada que me encuentre a la hora de solucionar un tema, porque eso lo sabía hacer, pero no se me ocurrió porque tengo la cabeza que me estalla, de sistemas, pantallas, teclados, celulares y demás.
Antes, cuando uno se ponía a estudiar literatura, o teatro, sabía lo que iba aprendiendo y se daba cuenta, más o menos, lo que le faltaba para tener un panorama de la materia. En cambio en esto de la tecnología uno aprende y aprende, y cuando le parece que empieza a dominar el terreno, le cambian el plano y ¡zas! de nuevo empezar de cero porque no sabemos nada.
Hay días en los que resueltamente estoy peleada con la tecnología, como si me hubiera indigestado, como cuando uno come muchos huevos fritos y anda con el hígado delicado. El otro día, por ejemplo, entré en *eskeip* y no encontraba ningún otro botón para apretar que no fuera el de “descarga” y el de pagar para tener crédito. “¡Si yo tengo crédito! ¡Lo que quiero es entrar en mi página para poder hacer una llamada!”, le grité a la pantalla que tiene la misma cara de piedra que aprendieron a tener los vendedores de celulares y computadoras a fuerza de ver neuróticos como yo indigestados o en plena pataleta al hígado.
Sí, algo cambió también en los empleados. Ahora, acompañando el cambio tecnológico, las empresas entrenan a sus empleados para que contesten siempre breve, conciso y si el otro es un gil mayor de cincuenta que no entiende nada, le sonrían amablemente, sin burlarse, pero sin dedicarle demasiados esfuerzos. Nos dan por caso perdido. Somos una generación con un tipo de razonamiento en vías de desaparición que intenta razonar en lugar de guiarse intuitivamente por la pantalla. Una generación que está lista y empacada para el museo paleontológico de la ciudad.
Somos de la generación intermedia, a la que los maestros premiaban si preguntábamos el porqué de las cosas y tratábamos de indagar en la causas. Ahora el sistema “intuitivo” hace que los chicos sepan sin

“saber”, aprendan sin leer y descubran el mundo sin sentarse a estudiar. El desarrollo tecnológico que llevó tantos años y tanta materia gris invertida no puede explicarse y eso hace que se vuelva absurdo preguntar el porqué. Apenas saber el cómo.
El otro día un conferencista decía que el mundo tardó cincuenta años en incorporar la radio, treinta para que en todas partes hubiera televisión, diez para internacionalizar Intenet y solo dos (sí, dos) en incorporar “feisbuc” (escrito como se pronuncia porque estoy harta del inglés).
En mi caso zafo porque tuve computadora en los años ochenta y ahora me las rebusco para poder tener *tuiter, feisbuc, gemeil, guasap, mensager, iutub, eskaip* y un callo en el dedo de tanto tocar botones. Si le sumo el control remoto de la tele, el teléfono inalámbrico de línea, los botones del micro onda y los de abrir y cerrar las puertas del coche paso varias horas del día tocando botones.
Lo entiendo, pero tengo que confesar, tengo que hacer un acto de humildad, de renuncia, de profunda y seria autocrítica: ¡me tienen podrida!
Al principio creí que era cuestión de mejorar celular para no seguir luchando con teclas que reaccionan tarde y pantallas que cambian sin que yo les dé una orden. Me preocupaba tener que estar borrando cientos de fotos que se disparaban solas en el fondo de mi cartera logrando que tenga una bellísima galería de fotos negras, con fondo negro y objetos negros, en fin: negras.
No solo eso, me harté del sistema que me baja los miles de contactos que tengo en el *gemeil* entonces me fui a la casa de celulares más cercana, me compré una línea recargable y el teléfono más simple y más barato.
Tragedia: no había ninguno de los viejos y queridos Nokia, de esos de antes que solo eran teléfonos. Resignada compré uno que me complicó la vida. Lo prendía y se encendía la radio, iba para atrás y me aparecían siete opciones: si quiero leer el mensaje, mandar el mensaje, editar el mensaje… ¡No quiero hacer nada con los mensajes! -volví a gritarle al aparato inútilmente.
Al día siguiente estaba con ese bello celular de nuevo detrás del mostrador y casi llorando le pedí que me lo cambiaran. (no se lo tiré por la cabeza porque no tengo mucha puntería y si le erraba iba a romper toda la vidriera de atrás).
En fin, bajando un cambio, fui y luego de conversar como una hora y media me fui con el celular más caro, con más memoria, con más capacidad, con posibilidad de poner dos chips, con…aunque vaya a llorar cada vez que venga la cuenta en seis pagos.
¿Es tan difícil pedir que un teléfono sea sólo un teléfono? Por lo que a mi respecta en lugar de cámara de fotos y video, grabador, predictivo, emotions, y gif a mi me gustaría que le pusieran una cafetera y poder tomarme un capuchino de vez en cuando.

Esto de La Gente

Cada uno tiene su opinión sobre *“la gente”*. Como si tuviéramos una matriz que dice: “*todos son malos, tengo que cuidarme mucho”* o, por el contrario, *“todos son buenos, puedo confiar en ellos”* y a partir de esta premisa armamos nuestras propias y particulares estrategias de sobrevivencia.

De estas posturas nacieron corrientes filosóficas, religiones, métodos de pedagogía… pero a mí me interesa la experiencia con gente de carne y hueso.

Me acuerdo que una vez un taxista me dijo que él nunca había recibido nada de nadie. Me sentí tan mal como cuando leí la novela El Perfume, en la que el protagonista descubre que no tiene olor. Puedo entender que a alguien le falte la vista o le falte un pie pero no cosas tan propias del ser como el olor o, en este caso, algo más profundo y esencial: la sensación de pertenencia al género humano, el saber que somos lo que somos porque a nuestras espaldas hubo otros antes que nosotros que nos legaron su sangre, su amor, su sabiduría. En fin, casi todo lo que somos. Y a nuestro alrededor, como una red, nos sostienen los demás compartiendo lo que tenemos en común, desde el lenguaje a la información sobre el tiempo.

¿Cómo esta persona no podía darse cuenta de lo que cada día recibía de su familia, del almacenero que lo reconoce y lo saluda, del chofer anónimo que le da paso, del periodista que hace el noticiero, del hombre que limpia la calle y tantos anónimos que trabajan por nosotros cada día?

Y más allá, con una mirada larga, ¿No se da cuenta lo que recibió, y recibimos todos, de quien “inventó” la luz eléctrica, de los obreros asesinados en Chicago luchando por la jornada de ocho horas o de los que se dieron cuenta que la sustancia que utilizaban los magos era anestesia?

Curiosamente el hombre tenía las manos con una dura corteza de callosidad. Dijo que era de haber trabajado levantando ladrillos y piedras. Puede ser, pero ahora manejaba un taxi y ya podía dejar atrás el testimonio de esos años difíciles. Podía limarlas, cuidarlas, y permitirse sentir la tersura de una piel, la textura de una tela, la consistencia de la masa para hornear. En cambio las llevaba como una bandera de su soledad y su aislamiento.

Me hizo acordar que de chica andaba descalza por la arena, en la Parada 2, cerca de casa, y también se me formó una corteza dura de callosidad en las plantas de los pies. Me servía para caminar por las rocas y poder dar la vuelta a Punta del Este, cuando no existía la Rambla de Circunvalación y había que ir salteando los jardines de las casas que llegaban hasta la roca, o los canales por donde entraba el agua para el criadero de Mariskonea. Tan dura era que apagaba cigarrillos con la planta del pie.

Crecí, vino la Rambla de Circunvalación, y el paseo se puede hacer caminando, sin problemas. Sin embargo yo seguía aferrada a esa suela pegada a mi pie, como algo de lo que me enorgullecía, que me permitía bailar descalza y atravesar los médanos de arena caliente sin sandalias.

Hasta que un día me di cuenta cuántas cortezas uno ha ido formando en la vida, nacidas para defendernos de algo externo que nos podía dañar, pero que luego se vuelven inútiles, apenas testimonio de épocas duras.
Nunca son fáciles los cambios. En mi caso, con la dureza de mis pies, recién cuando fui a estudiar a la Universidad y tenía que vestirme de “ciudad”, me compré un par de botas y no me quedó otro remedio que terminar con esa costra y empezar a cuidarlos.
Casi siempre uno no cambia porque es bueno el cambio sino porque no le queda otro remedio, porque aquello que sirvió en el pasado se vuelve un obstáculo en el presente. Decía al principio que cada uno tiene una idea de lo que es la gente. Yo, al contrario del señor de las manos callosas, siento que dependo totalmente de la ayuda de los demás, que nada me sale bien estando sola y, en cambio, compartiendo soy Gardel. Puedo buscar un libro durante horas o días enteros, pero hasta que no se lo cuento a alguien no me acuerdo a quién se lo presté o donde lo puse.
Sin más, hace poco viajé a Francia, donde quedaron ancladas mi prima y su familia cuando la dictadura los obligó a irse de Argentina. Mientras estuve con ella no tuve problemas, pero me di una escapada para conocer Roma, la cuna de nuestra cultura y de la civilización occidental, y ahí todo se transformó en caos.
Mi drama comenzó cuando llegué, de noche, en un coche que había alquilado con unos amigos y yo quedé en devolverlo en la ciudad mientras ellos seguían viaje, en tren, a Nápoles.
Di tantas vueltas en la autopista para poder entrar al centro, que me sentía como una rata de laboratorio en un laberinto y siempre que quería salir aparecía en el lugar equivocado.
No podía preguntarle a nadie en la autopista y cuando ya parecía que la ciudad se terminaba, entré en un lugar similar a una estación de ómnibus. Allí, al pie de la vereda, una pareja estaba charlando junto a su coche. Me detuve y les pregunté.
El hombre, muy amable, me explicó todo; es más, tomó papel y lápiz y me dibujó un precario plano con el nombre de las avenidas, la forma de tomarlas, la dirección hacia la que debía ir y al final, cuando puso el punto de llegada me miró y dijo “no va a llegar nunca”.
Era absolutamente cierto. No tenía idea de lo que me estaba diciendo.
Algo consultó con su mujer y acordaron que la dejaría en el trabajo y me llevaría hasta donde yo tenía que ir, no lejos de su propia casa, en pleno centro de la ciudad.
Yo solo entendí que me guiarían hasta mi destino. Y los seguí ciegamente: eran mi única esperanza de salir algún día de la autopista.
En un momento pararon en un bar de la carretera y pidieron tres capuchinos. Yo cerré los ojos y me entregué. O llegaba a casa o había caído en manos de la mafia.
No era la mafia. Se habían detenido para despedirse.
Era Antonio, Antonio Loiacomo. Su padre se había ido a la Argentina muchos años atrás y había fundado El palacio de la Pizza. No

pregunté, pero me parece que nunca más lo vio. Así que, en lugar de hacer un rapto *express*, escribió una esquela en una servilleta para que se la entregue a Javier, el marido de su sobrina, cuando llegue a Buenos Aires.
Guardé el papel, que llegó a Buenos Aires arrugado y con algunas manchas de una que otra lágrima que se me cayó en el camino. Me emocionan las idas y vueltas de inmigrantes y exiliados. Cuántos le habrán dado una mano a su padre para poner la pizzería en Buenos Aires y ahora, su hijo me daba una mano a mí, una noche oscura de octubre en Roma, sintiendo, de alguna manera, que ese gesto era como un abrazo que llegaba a su papá, del otro lado del Atlántico.